JUAN LEÓN MERA

MIEMBRO CORRESPONDIENTE QUE FUÉ DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

La escuela doméstica

Articulos publicados en **EL FÉNIX**.

MADRID

EST. TIP. DE RICARDO FÉ

Calle del Olmo, núm. 4

1908

LA ESCUELA DOMÉSTICA

JUAN LEÓN MERA

MIEMBRO CORRESPONDIENTE QUE FUÉ DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

La escuela doméstica

Articulos publicados en **EL FÉNIX**.

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

15, Puerta del Sol, 15

1908

Es propiedad.—Derechos reservados.

MADRID, 1908.—Imprenta y estereotipia de Ricardo Fé, Olmo, 4.

LA ESCUELA DOMÉSTICA

Si estos articulejos,
Lector querido,
Te dan lo dulce á gotas,
Lo amargo á ríos,
No te enfurruñes,
Pues lo amargo aprovecha
Más que lo dulce.

I

IDEAS PRELIMINARES

Hay quienes ven la civilización en los triunfos de las ciencias naturales y exactas, en el gran cúmulo de conocimientos prácticos que de ellas emanan, en el aumento de comodidades para la vida y de placeres para los sentidos, en aquel exuberante brillo que rodea por todas partes y con rapidez vertiginosa á los pueblos y naciones, en todo aquel ruido, en fin, que los ensordece y atolondra, amén de la indiferencia de la fe religiosa ó del combate contra ella, combate que es para algunos precisa condición de

las luces del siglo y de sus agigantados pasos camino de la perfección indefinida. *¡El siglo marcha! ¡El siglo triunfa!* exclaman contentos y satisfechos los afilosofados idólatras de los modernos adelantos.

Pero hay también quienes, rechazando absolutamente las ideas antireligiosas como opuestas á todo orden y á toda organización social, como asesinas de todo bienestar individual ó común, privado ó público, hacen consistir la civilización en la armonía de las ciencias, de los conocimientos útiles, de las comodidades de la vida y hasta de los placeres, con la moral; mas no con la inventada por la filosofía humana que, como humana, mezcla frecuentemente errores en sus obras, ó las produce inseguras y deficientes como ella misma, sino con la moral hija del Evangelio, pura y santa como verdadera, y como verdadera fecunda en buenas ideas, buenos sentimientos y buenas acciones. Los que así piensan y sienten, no ven la *marcha triunfante del siglo*, sino el antagonismo de las luces con la moral, la riña de muerte del principio religioso con el principio revolucionario é impío, la ceguera de los hombres á quienes éste embauca, y el rodar y precipitarse de la sociedad á los abismos de la barbarie.

¿Son ilusos los primeros? ¿son pesimistas los segundos? ¿quiénes tienen razón?

El examen de estas tres preguntas, para ver de contestarlas satisfactoriamente, da materia para más de un libro, y yo no tengo la vanidosa pretensión de escribirle; sólo quiero dejar correr la pluma en una serie de breves artículos destinados á *El Fénix*, tras una de las causas del malestar social que se siente cada día mayor á pesar de la tan decantada civilización moderna.

A fin de cumplir mi propósito he menester solicitar la venia de mis compatriotas para meterme en sus hogares, y después acompañarles por calles y plazas, templos y paseos, visitas y negocios, y ver cómo andan sus familias, llamar á juicio á los padres de ellas, y si fuese necesario... ¡Oh, señores! perdonadme; pero juzgo que no faltan entre vosotros quiénes merezcan las ásperas caricias del rebenque...

Y hablo de mis compatriotas, porque para ellos busco el bien. Deseo hacer una obrilla local para que aprovechen de ella los ecuatorianos. Los que no tengan los hábitos viciosos, los que se hallen exentos de los defectos que en ella me propongo vituperar, claro se está que pueden decir á boca llena: «Estos artículos no son para nosotros.» Y es verdad: por ventura ¿*escribo* yo para personas y familias de costumbres intachables? ¿quiero acaso propinar la medicina á corazones sanos y almas robustas?

Pero ¡válgame Dios! es indudable que tene-

mos muchos enfermos: si el lector se propusiese observar nuestra sociedad, ya vería que hay más de cuatro casas que parecen manicomios ú hospitales.

En el orden material el mundo contiene mucho bueno; y no he de ser injusto negando que el orden moral no ha desaparecido de entre los hombres; pero desgraciadamente lo malo sobreabunda, y sus semillas hallan el corazón humano más fecundo, que no las de la virtud, para las cuales es con harta frecuencia ingrato pedernal.

Si es consoladora verdad que la antorcha de la fe derrama luz abundante y viva en muchas inteligencias, y que la mano de la virtud cristiana labra corazones para Dios y la humanidad, triste verdad es asimismo que en mucho mayor número de inteligencias imperan densas sombras ó arde siniestra luz de volcán, y que en millones de entrañas ha arraigado el cancro de la corrupción; es innegable también que en medio de la libertad y del derecho mal comprendidos ó profanados cae postrado el deber, se enerva de muerte la conciencia, se pierden las nociones de la justicia y del honor, huyen y desaparecen las buenas costumbres, y lo que se llama civilización no es otra cosa que la corteza de oro que envuelve el carcomido tronco de la enferma humana sociedad.

Los que se dejan seducir por el brillo de la corteza, ríen, cantan, beben y brindan en ruidosos festines en honra del *dichosísimo porvenir*. Los que penetran, siquiera sea una línea, bajo la corteza, y ven las llagas, y perciben la fetidez, y sienten el anhelar y los irregulares latidos del corazón de la desdichada sociedad, se entristecen y lloran.

A éstos me inclino, ó más propiamente, de éstos soy. No hallo causas para reir y cantar, á menos que sea la risa á que, aun en medio del dolor, suele provocar la ridiculez de muchos prójimos, y el canto de Juvenal que era y es todavía como un bramido del Cotopaxi; hallo, sí, causas para la aflicción y el lloro.

¿Sabéis lo que es el *matapalo* de nuestras selvas? Es planta parásita que, de semilla traída por el viento, nace en la parte superior de un tronco lleno de vida y hermoso; crece; sus débiles ramas descienden á manera de jarcias rotas, tocan en tierra, echan raíces; y lo que bajó flexible y pobre mimbre, sube convertido en árbol, enlaza y ahoga el tronco que le sirvió de cuna, arrimo y fuente de nutrición, y encumbra su soberbia copa sobre los demás árboles. Las malas doctrinas son los *matapalos* de la sociedad, los pueblos son los árboles que les dan arrimo y savia para luego ser sus víctimas y perecer entre los férreos lazos de los monstruos. La única di-

ferencia está en que el verdugo de los árboles, después de su crimen, es provechoso para muchos objetos; pero los verdugos de los pueblos jamás han servido ni pueden servir para otra cosa que para ir matando cuanto cae bajo su infernal influjo.

La semilla del mal que ha prendido en el corazón de los pueblos, parásito fecundo, se ha inclinado á la tierra, ha echado raíces, ya es árbol, ya da frutos abundantes—¡frutos de maldición!

La barbarie cunde, pues, por el mundo; y es barbarie, como lo nota un célebre orador francés de nuestros días, que brota del seno de la civilización divorciada de la moral evangélica, como brota la mala hierba en un jardín abandonado del jardinero; barbarie más feroz que la de los Vándalos y Hunos, más devastadora que la de los Tártaros y Mogoles del siglo XIII; barbarie que en lo material tiende á no dejar huella ninguna de los triunfos de las Artes, y en lo moral é intelectual ni un solo rayo de luz, ni una leve ráfaga de aire vivificador; barbarie sin ejemplo en la memoria de los siglos.

Quienes de exageradas ó falsas tilden estas apreciaciones, apresúrense á borrar de la historia contemporánea los hechos que las justifican, y que son como los primeros movimientos vitales del monstruo que amenaza á la sociedad; prueben asimismo que las causas esencialmente

malas producen buenos efectos, y que un mal que ha venido á pleno desenvolvimiento, como el mal social del siglo XIX, puede contenerse ó desaparecer sin causa opuesta que le combata y contrarreste; nieguen, por último, que un mal es mucho más terrible mientras más se haya internado en el corazón. La barbarie de Atila y Genjis-Kan puede decirse que roía la carne de los pueblos; pero la barbarie del liberalismo, del comunismo, del socialismo les pudre las entrañas, les corrompe el alma.

Hombres de talento y saber se han dedicado á estudiar el deplorable estado de la sociedad en nuestros días, y con frecuencia nos la han presentado desnuda de los atavíos con que los utopistas gustan de engalanarla. El diagnóstico está hecho, la medicina no es desconocida; mas por desgracia, los que conocen la enfermedad son pocos, los que saben cómo y con qué debe curársela, poquísimos, y en menor número todavía los dotados de buena voluntad para aplicar el remedio.

En efecto, aunque se cuenta gran número de católicos, es muy corta la porción de los que ven el abismo abierto á los pies de la sociedad, por que tienen pereza, miedo ó indiferencia de estudiar y meditar; cortísima la de quienes, no ignorando el mal, tampoco desconocen que ha de remediarle la práctica de los principios religio-

sos, y exigua, relativamente, la de los que, desnudos de respetos humanos, firmes en sus creencias, resueltos en sus buenos propósitos, nobles en sus aspiraciones, se entregan á esa práctica.

Y cuando hablo de ésta, no se entienda que me limito á los actos de pura devoción, ó al cumplimiento de aquellos deberes que más íntimamente se relacionan con el futuro destino del alma; quiero hablar de la doctrina católica aplicada á la vida política y social, á la vida del mundo en todas sus ramificaciones; á esa vida que se mueve, se agita y hierve en las grandes ciudades, las aldeas y los cortijos, en los salones y en los almacenes, en los centros de la industria y en los talleres de los menestrales, en las plazas, en los caminos, en todas partes en donde Naturaleza da morada y elementos de desarrollo al ser racional; á esa vida cuyas raíces están en el hogar, cuya forma es modelada por las manos de los padres de familias y bajo la influencia de su voz, miradas y acciones; á esa vida, en fin, que partiendo de lo doméstico é íntimo se derrama por todas las vías abiertas al movimiento y actividad humanos.

Quizás no falte quien observe, especialmente cuando lea algunos artículos posteriores, que las cosas en ellos examinadas poco ó nada tienen que ver, pues son completamente domésticas, con las graves cuestiones sociales que entrañan

el liberalismo, el comunismo y el socialismo que he mentado; pero quien haga tal observación advierta desde ahora que no es mi ánimo el de raciocinar acerca de ellas, sino sobre la organización viciada y los defectos de muchas familias, de los cuales son responsables sus padres; vicios y defectos que si no traen consigo el mal social que deploramos, es innegable que le preparan el camino. Difícilmente hay vicio de familia, por insignificante que parezca, que no sea transcendental y no llegue á la larga á producir frutos de perdición y muerte.

La familia es la escuela primaria de la sociedad; en esa escuela hacemos desde la cuna estudios buenos ó malos, según sean nuestro padres y la gente de que se nos rodea. Si en la familia falta moral, lo que para nosotros equivale á falta de religión ó á descuido en esta materia; si no hay buen ejemplo, si no hay cordura y tino de parte de los encargados por Dios del magisterio del hogar, de ese como sacerdocio de la paternidad, de la *escuela doméstica* y encarnados en sus discípulos saldrán siempre en su mayor parte los males que apestan la sociedad.

De la escuela doméstica sin regla ni orden, irreligiosa, inmoral ó cuando menos viciada de indiferencia en materia de fe y costumbres, provienen la demagogia turbulenta y el apostolado de las ideas antisociales; de allí el material é in-

fame sibaritismo y la ignorancia que abre cátedras para enseñarse y difundirse; de allí el vicio y la prostitución que apestan el mundo; de allí la pereza para todo lo bueno en lo intelectual, y para todo lo que constituye el tesoro del alma y el corazón, los afectos puros y nobles y las austeras virtudes; de allí los matrimonios satánicos, los padres que no saben ser padres, los hijos que no saben ser hijos, los ciudadanos que ignoran sus deberes ó que no gustan de cumplirlos, los sacerdotes que se olvidan de las cosas del cielo y adoran las de la tierra, los empleados ineptos para sus cargos y hábiles sólo para el despotismo y el latrocinio, los pueblos, por último, que no aciertan á ser virtuosos y libres y, tolerantes con el desorden, la maldad y el crimen, inclinan el cuello á cualquier yugo, y prostituyéndose y envileciéndose preparan la *marcha del siglo*... no, á fe mía, al Paraíso, obra de Dios, sino al desquiciamiento, al desbarajuste social, al abismo, obra del diablo.

Cuando veáis un pueblo de costumbres corrompidas, decadente y miserable, tened seguridad de que en él abundan los malos padres de familias. Cuando véis un árbol cuyos frutos son raquíticos, y cuyas hojas palidecen y caen antes del invierno, ¿no tenéis por cierto que está enfermo el tronco ó que las raíces están podridas?

Paréceme ver que muchas cabezas se inclinan

en señal de aprobación, y que no pocos labios aplauden, aun *à priori*, mis razonamientos.—¡Bien! ¡muy bien! esa es verdad tamaña; esto es incontestable; tiene usted muchísima razón. Trata usted de corregir nuestras costumbres; ¡oh qué buena, qué santa obra! Pero ¿darán algún fruto positivo mis reflexiones, censuras y advertencias? ¡Dios lo sabe! Los mismos que hoy me dan la razón y quizás aplauden mi buen propósito, mañana no recordarán jota de lo que han leído, y exclamarán satisfechos y ufanos:—*¡El siglo marcha!* ¡la *perfectibilidad humana* no descansa! ¡qué bueno va el mundo!

Y con todo, allá va algo de lo que yo quisiera y pudiera decir: la materia es tan copiosa como importante. Padres de familias, con vosotros me atrevo á hablar. ¿Sois sordos? pues irá á más mi atrevimiento: os gritaré. Pero ¡oh, qué lástima! hay entre vosotros muchos cuya sordera está en la voluntad. ¿Qué haremos para curaros de tan funesto mal? ¡Dios tenga piedad de vosotros y de mí!

II

LA FAMILIA CATÓLICA

Don Severo Catalina, en *La Mujer*, ha escrito: «Si un poeta latino dijo: *cave de nuptiis*, mil poetas anteriores, coetáneos y posteriores han dicho que el buen matrimonio anticipa en la tierra la felicidad del cielo.»

Hay algún exceso de poesía en estas palabras: pero creo que en verdad la mayor dicha que hay en la tierra está en el matrimonio formado y mantenido por el amor y la virtud, así como no hay desgracia comparable á un matrimonio acompañado de vicios y coronado por el odio recíproco de los cónyuges. En el primero, si no está la felicidad del cielo, está algún reflejo de ella; en el segundo se percibe el olor de pez, se siente el escozor del fuego infernal, se entrevé la cara del diablo.

Un buen matrimonio agrada á Dios, se atrae

el respeto de la sociedad, y su ejemplo suele ser á veces provechoso para los que no le dejan pasar desadvertido. Es sensible que se trasluzca menos la dicha de una familia virtuosa que la desgracia de una en la cual faltan la moral y las buenas costumbres. El velo doméstico se alza más fácilmente con el soplo del vicio que con el hálito de la virtud.

¿Quieres, lector mío, ver un hogar en que la felicidad gusta de vivir como en su casa, halagada y seducida por la práctica de las virtudes cristianas y por las costumbres que, en consecuencia, son modelo de sencillez y pureza? te lo voy á enseñar.

Héle aquí:

Es un matrimonio coronado por numerosos hijos: la bendición de Dios ha caído de lleno en él.

Los padres ven en sus hijos no tanto á los herederos de su nombre y bienes de fortuna, sino de su fe y virtudes. Los crían y educan para un doble fin: cristianos, para el cielo; ciudadanos para la patria. El primer fin asegura el segundo: es bien difícil que un verdadero cristiano sea falso patriota. Por esto se empeñan tan cuerdos padres en que los deberes religiosos sean desempeñados de preferencia por sus hijos.

En esa familia el catolicismo no es, pues, simple teoría, ni es recordado solamente en unos

pocos actos de la vida, y sólo por pura fórmula. Allí los deberes de la paternidad, considerados santos en presencia de Dios y honrosos y provechosos á par de imprescindibles en la de la sociedad, son escrupulosamente cumplidos.

Los padres leen el Evangelio con frecuencia y meditan en sus santos preceptos y consejos. Gustan aprovechar también las lecciones de la sabiduría de los hombres emanada de aquella fuente divina. He oído al padre recordar estos pensamientos de Portális: «La moral no es ciencia especulativa: no consiste únicamente en el arte de pensar bien, sino en el de obrar bien... Las buenas acciones sólo se preparan por medio de las costumbres arregladas, y practicando la virtud se aprende á amarla.»

Esos excelentes padres madrugan, se asean, oran, arreglan casa y familia, y luego se entregan diligentes y contentos á sus ocupaciones. No hay para ellos hora mal empleada. La ociosidad les es desconocida, y se admiran de que haya seres racionales desafectos al trabajo, que no sólo es fuente de bienes, sino uno de los beneficios mismos que la Providencia ha concedido al hombre: el mayor infortunio pierde la mitad de su fuerza, cuando su víctima puede oponerle el remedio de una honrada ocupación.

Los hijos tampoco gustan dejar fermentar la sangre bajo las cobijas, ni que la inteligencia

pierda su elasticidad y brillo, ni que se relajen los resortes de la salud del cuerpo á fuerza de abusar del sueño y darse al ocio: tempranito están en pie, se asean, oran... imitan á los padres.

Estos se aman con la ternura de la pasión, como en las vísperas de su enlace, y han resuelto el difícil problema de fijar la luna de miel en su *cenit.* ¡*Cuál se* consideran mutuamente! ¡cómo se ayudan! ¡qué empeño ponen en estudiar la manera de complacerse!

Si alguna vez el esposo, justa ó injustamente, monta en cólera, la amable cordura de la esposa le devuelve la calma; si se entristece, ella es el ángel del consuelo que le levanta y avigora el ánimo.

Si alguna vez la esposa deja asaltar su corazón por el enojo ó la aflicción, allí está el esposo para curar esos males con la extrema prudencia y las atinadas reflexiones.

Ambos se corrigen, se aconsejan, se inspiran uno á otro, se enseñan con amor, disimulan si es preciso disimular; y cuando después de alguna falta les viene el arrepentimiento, ninguno busca la atenuación en las acusaciones contra el otro, que suelen prolongar el disgusto y malestar entre esposos mal avenidos.

Su amor á sus hijos es á un tiempo tiernísimo y mesurado. Creen con razón que el arrebato de

este afecto, el más profundo y poderoso de los que dominan el corazón humano, lleva á extremos dañosos al mismo objeto amado. El amor paternal, amor purísimo y santo, necesita ser gobernado con tino y prudencia. Más niños ha perdido el desatentado amor de padres imprudentes y débiles, que la tibieza de esta pasión en corazones desnaturalizados. Sólo el necio rigor de algunos padres es más pernicioso que el amor loco de otros.

Los padres en quienes vengo ocupándome ponen escrupuloso cuidado en no decir ni hacer en presencia de sus hijos cosa alguna, por insignificante que parezca, que pudiera estar fuera de las leyes de la virtud y la urbanidad, ó lastimar la honra propia ó ajena, ni que fuera capaz de manchar la inocencia de aquellos pedazos de sus entrañas, de aquellos ángeles que su amor ha traído á la tierra; ni menos que pudiera entibiar su fe naciente ó amenguar su sencilla piedad. Por lo contrario, sus palabras y obras, ajustadas á la moral evangélica, son la lección constante que dan á hijos y domésticos.

¡Oh, el buen ejemplo! Las enseñanzas de palabra se pintan en el corazón, pero las del ejemplo se graban en él profundamente.

Los padres gustan de purificarse en la fuente sacramental de la penitencia y de recibir en su corazón el Divino Pan, y los hijos los imitan,

fortificándose desde niños para los combates contra el mundo.

Los padres perdonan generosamente al enemigo y le tienden mano protectora, si de protección ha menester, y los hijos guardan esta lección para practicarla cuando en el camino de la vida tropiecen con la enemistad y la persecución que á nadie les falta.

Los padres dan limosna, y se complacen en poner en manos de sus pequeñuelos el pan que ha de servir para la santa imitación que no se hace esperar. ¿Hay cosa más encantadora que un niño que, en vez de llevar á su boca el pedazo de pan que se le ha dado, corre á ponerle en la temblosa mano del mendigo que en nombre de Dios se le pide desde el umbral?

Los padres pagan con exactitud al jornalero, tienen horror á la usura y á la mala fe en los negocios, y los hijos se habitúan desde temprano á la honradez y á la delicadeza de conciencia que rechaza inexorable todo beneficio que viene con detrimento ajeno, y acaso humedecido por las lágrimas de algún infeliz.

Del labio de los padres jamás se escapa mentira ninguna, y los hijos van aprendiendo á amar tanto la verdad, que ya se sorprenden de que haya sér racional capaz de ultrajarla, ni aun cuando se trate de cosa que pudiera abochornarle.

En el aposento de esos buenos padres se conservan con veneración las imágenes de Jesús y de María. Los hijos han querido también tenerlos en los suyos, y el amor filial y el buen gusto les han hecho añadir los retratos del querido papá y de la querida mamá, y algún bello y risueño paisaje de los Andes.

El padre tenía en su biblioteca algunos libros cuya lectura pudiera ser nociva á sus hijos; mas cuando éstos supieron leer, no dejó en los plúteos ni un solo libro de ambigua moral ó de doctrina sospechosa.

Ni padres ni hijos son exigentes, caprichosos, fáciles de lengua ni violentos de manos. Su consideración y porte con los criados corresponden á la idea que, según la enseñanza evangélica, tienen de la humanidad, sean cuales fueren las condiciones en que sus diversos *miembros estén* colocados. Edúcanlos para su estado, sin olvidar que su alma inmortal tiene iguales derechos que la de sus amos á la felicidad infinita.

En esa familia la noche corresponde al día. ¿Quieres, lector, un cuadro más bello é interesante que los que del sencillo y pacífico hogar de los antiguos árcades nos pintan los poetas? Abre con tiento la puerta de la pieza en que está reunida aquella dichosa familia, y obsérvala con el silencio y respeto que merece la virtud y la sencillez de las costumbres domésticas.

El padre dedica una hora á examinar á los hijos más creciditos sobre los estudios que han hecho ese día; la madre enseña y explica á los más chicos algún punto de religión ó de moral acomodado á sus cortos años y á su inteligencia que comienza á vivir. Otra hora se dedica á una recreación honesta, y los padres toman parte en ella junto con los alegres y bulliciosos niños. A veces la mitad de ese recreo consiste en la lectura de un cuentecito ó en la declamación de algunos versos impregnados de dulce poesía ó saturados de inofensivo chiste. Síguese la frugal cena, se rezan las oraciones de costumbre, los hijos se postran ante los padres, reciben su bendición, besan la mano que acaba de dársela y se retiran á entregarse al sueño en brazos de la inocencia y la paz.

En esa familia los niños son verdaderamente aprendices de hombres. Con el *Catecismo católico* en la mano, y delante el buen ejemplo paterno, se preparan á ser ciudadanos y patriotas, libres y honrados.

En esa familia las niñas aprenden la ciencia de *la mujer fuerte*. La maestra es la madre y el texto el *Catecismo*. Sólo este pequeño libro enseña aquella ciencia que hermana en la mujer lo delicado con lo vigoroso, lo bello con lo bueno, lo amable con lo austero, y la prepara así para el matrimonio y la laboriosa maternidad, como

para la vida del claustro, de soledad y oración, ó para el celibato en el mundo, menos fastidioso y triste de lo que se piensa, cuando una atinada educación ha preparado al alma para avenirse á cualesquiera condición de la vida.

En esa familia los padres, fiadores para con Dios y la sociedad de la conducta de los hijos, y para con su propia conciencia de la futura suerte de ellos, llevan vida de inquietud, observación y vigilancia; sus oídos y ojos nunca se cierran para las cosas que atañen á la educación moral de la familia; su inteligencia y corazón no duermen; la primera pide constantemente al segundo el apoyo de sus afectos para hacer más aceptables y eficaces sus enseñanzas; el corazón pide á la inteligencia el auxilio de sus luces para guiar los afectos que le agitan.

Los consejos de esos padres, obra de prudencia y sabiduría y siempre oportunos, tienen para sus hijos sabor de panal y olor de rosas, y nunca son desechados; sus reprensiones y castigos, que tienen sello de justicia y llevan tino por guía, jamás son estériles, y lo que enderezaron una vez casi siempre enderezado se queda.

En esa familia, en fin, el desorden no enseña jamás su cara de loco, el desaseo no pone sus manos inmundas en personas ni cosas, el trabajo es fecundo, la economía de hoy previene la necesidad de mañana, el honor y la dignidad pre-

siden todos los actos de la vida social, la paz gusta de sentarse junto á los padres y de acariciar á los hijos, y todos la aman, el recreo es siempre honesto, la alegría, como hija de la virtud, verdadera, expansiva y durable, y hasta el dolor, este huésped inexcusable y frecuente del humano corazón, no penetra con tanta vehemencia en esos corazones aleccionados por el Evangelio.

Mírese lo que es la familia católica, si bien el boceto que acabo de trazar apenas alcanza á dar breve idea del original. Pero ¡qué! si un cuadro de la cultura y felicidad de un matrimonio bendecido por Dios, porque quienes le componen han sabido alcanzar esa bendición, puede ser superior hasta para un docto pincel, ¿cómo ha de ser fielmente copiado por chapucero lápiz del desgaire movido?

Con todo, puede la imaginación pasar de la copia al original, y puedo preguntar: una familia virtuosa y culta ¿no es cosa encantadora? Si lo es ¿por qué no tratamos de que nuestras familias se parezcan á esa familia? ¿Por qué no trabajamos lo posible por alcanzar esa felicidad por medio del cristianismo práctico?

Lo posible: ahí está el cuento.

¡Oh! es tan difícil que arranquemos de nuestro corazón las pasiones viciosas, de nuestra inteligencia las ideas erróneas, de nuestras costum-

bres los defectos groseros y ridículos, cuanto menos aquellos que tienen apariencia de cultura y que se han impregnado en nuestra naturaleza como las esencias olorosas en nuestra ropa! ¡Es tan difícil que podamos trocar la educación que hemos recibido ó que nos la hemos forjado, por la que conviene á nuestra propia felicidad y la de nuestras familias! ¡Es tan difícil que podamos meter nuestro corazón en molde nuevo! Somos débiles, somos cobardes para emprender una reforma. Nuestra voluntad, tratándose de las ideas que han arraigado en nuestra alma, y de los hábitos en que nos hemos criado, es algo así como un copo de lana tirado en un desierto: las ráfagas del miedo, el impulso del humano respeto, el frío soplo de la desidia, la mueven y arrebatan á su antojo. El carácter individual falsea y decae, porque la fe se amortigua en el corazón, y la inteligencia va cubriéndose de sombras; y corazón é inteligencia están achacosos, porque no está sana la atmósfera del hogar. Hay padres de familias que no lo son verdaderos, porque no son verdaderos hombres. ¡Qué! si les faltan las tres cuartas partes de las condiciones morales necesarias para serlo! Hay *familias que son una* amenaza para la sociedad: criaderos de víboras que han de morderle el seno y envenenarla. Muchas veces los padres ó los que dirigen esas familias, no caen en la cuenta de los defectos y gér-

menes de vicios que en ellas van desarrollándose; mas suelen fijarse en la censura y los consejos que se les dirigen. Quizás estos padres lleguen á sacar algún fruto de mis artículos. En cuanto á los que no están todavía en pleno camino de perdición, tengo más fundadas esperanzas: si en ellos hay buena fe, abrirán ambos oídos á mis palabras.

Pero tales esperanzas ¿no son por ventura hijas de la vanidad? ¿Qué podrán mis palabras? Nada, ciertamente.

Mas ¿acaso el fundamento de mis esperanzas son las palabras, sino la verdad que ellas encierran? Las palabras son el arco y la cuerda, la verdad es el dardo que hiere. Errores, vicios, defectos, vosotros sois el blanco, y no podréis huir de ese dardo.

III

DENTRO DE CASA.—CARACTERES OPUESTOS

QUIEN conoce una familia organizada conforme á los preceptos evangélicos, conoce todas las que se han asentado sobre iguales bases. Puede haber algunas diferencias, y las hay, en efecto, pero nunca en lo substancial: la virtud puede vestir distintos trajes, mas no cambiar de forma; puede ser aquí calmada, allá vehemente, acullá mesurada; en unos risueña, en otros seria ó melancólica; mas su fin es uno solo—buscar la felicidad encaminándose á Dios, y este fin constituye su esencia.

No sucede lo mismo con las familias viciadas y perdidas para Dios, para la humanidad y para sí mismas. Es sorprendente *la variedad de fases* que enseñan, de donde proviene la dificultad de estudiarlas y retratarlas con bastante exactitud.

Creo que la razón de tamaña diferencia es harto clara: el que aspira á subir al cielo no tiene

sino un código, al cual sujeta todas sus pasiones —el código, de la virtud inmutable como la verdad; mas el que no teme precipitarse al abismo, acepta multitud de códigos—tiene uno en cada pasión, y le obedece ciego y sumiso.

Hay quienes se entregan á un vicio ó adquieren un defecto sin advertirlo, y éstos no oponen á las veces gran resistencia á la corrección; pero hay también quienes (y son los más) buscan el vicio y el defecto para entrarlos en casa y hacerlos sus camaradas y comensales, y éstos son tenazmente incorregibles.

Hay padres que miran á sus hijos como una bendición de Dios, y no obstante los pierden, porque el exceso de amor los llena de ilusiones y anula el contrapeso de la autoridad. Los hay para quienes los hijos son carga odiosa y un castigo del Cielo; padres blasfemos que contrarían la naturaleza y viven deseando que *sus angelitos se vayan al cielo*, no por bien de éstos, sino por *alivio* propio. Los hay que aman á su prole; mas que, persuadidos de la necesidad de sobreponer la autoridad al amor, se convierten en tiranos de seres tiernos y delicados, para cuya educación se necesita combinar con prudencia amor y autoridad. Los hay, en fin, dominados por glacial indiferencia, y que dejan crecer los hijos entregados á sus instintos y pasiones, buenas ó malas, y á salga lo que saliere.

Estos caracteres se subdividen, multiplican, modifican y ponen ó quitan matices á los cuadros domésticos, produciendo aquella variedad de fases que ya indiqué.

Mas ya es tiempo, querido lector, de que hagamos algunas visitas domiciliarias.

—¿Por qué casa empezamos?

—¿Te viene en gracia que sea la de don Homobono de la Paz?

—Pero hombre, si no tengo conexiones con él.

—No importa.

—¿Y si se enoja?

—Que se enoje. Te diré de paso que, en los tiempos que alcanzamos, y especialmente tratándose de política, la única libertad positiva es la de enojarse y desenojarse, y de cantar alabanzas hoy al mismo á quien ayer ahogábamos en un mar de vituperios. La misma boca y la misma pluma sirven para ambas cosas. No haya, pues, miedo, y *hóspite insalutato*.

Estamos en casa de don Homobono y de su legítima esposa doña Paciente Manso de Paz.

¡Qué bueno es don Homobono y qué pasta la de su esposa! Este par de medias naranjas se juntaron admirablemente: ni se faltan ni se sobran; donde la una es algo deprimida, lo es también la otra; para la protuberancia de la una ahí está la protuberancia de su compañera. Se quieren y se consideran; el agasajo del marido es pa-

gado con usura por la mujer; ambos son diligentes en el trabajo; ambos aman mucho á sus hijos...

¿Los aman mucho, mucho? Aquí me viene una sospecha: ¿si sabrán ser padres como saben ser esposos?

Item; les falta piedad, aquella piedad ilustrada, que no es otra cosa que el verdadero cristianismo práctico. Tanto peor; ahora sí digo sin miedo de equivocarme, que don Homoboño y doña Paciente, con toda su bondad, no viven como convendría que viviesen, ni van camino recto hacia la felicidad doméstica. Su desatinado porte como padres anula su buen comportamiento como esposos, y la desgracia golpeará las puertas de la casa y se meterá dentro, cuando los hijos dejen de ser niños.

A don Homobono le gusta la religión en teoría; cuando se trata de la práctica, da un paso atrás, tuerce el hocico, pliega el entrecejo y dice que es enemigo del fanatismo. Oye misa los domingos sólo por bien parecer á la sociedad en que vive; durante ella no sólo no muestra devoción ni recogimiento, sino que hace ostensibles su fastidio y el ningún respeto que le merece el acto divino á que asiste. Ha llevado con él á sus hijos, y la lección de desacato que les da no cae en suelo estéril: las infantiles miradas no se han detenido en el altar, sino en los adornos del templo y en las caras de los circunstantes; las tiernas

rodillas no se han doblado sino un brevísimo instante; los inocentes corazones no han recibido del paternal corazón ninguna inspiración devota. D. Homobono, vuelto á casa se queja entre serio y burlesco del fraile que ha dicho una misa eterna. Los hijos han oído la queja y repiten: «¡Cáspita! ¡qué misota la del fraile! Papá, no volvemos más á estas misas que nos dejan sin rodillas.»

Doña Paciente, á fuer de mujer más que de cristiana, acostumbra rezar maquinalmente tal cual oración mañana y noche; pero la oración en familia, esa oración en que todos los corazones se juntan para elevarse algunos minutos al cielo, ese rocío divino que refresca las almas abrasadas por el fuego del mundo, ni por pienso. No hay ni una breve aspiración hacia Dios, ni una mirada de compasión para el alma, ni una frase de gratitud para la Providencia. Don Homobono, aunque cristiano según su decir, mira el rezo como una vulgaridad. «¡Esos rosarios! suele decir; me admira la paciencia de nuestros abuelos que los aguantaban.»

Falta á esos padres valor para oponerse á la voluntad de sus hijos, y mucho más para reprenderlos y aun castigarlos cuando conviene: así no hay niños más mal criados, impertinentes é insufribles que esos niños.

D. Homobono es de aquellos padres que se

ponen en cuatro pies y sufren gustosos el taloneo de tres chicos que, jinetes en todo lo largo de la columna vertebral paterna, se imaginan que lo que tienen debajo es realmente un caballo. Cuéntase que así se divertía un rey de Francia; mas tengo para mí que por gran rey que haya sido, tratándose de sus hijos ha de haber tenido bastante de Homobono. Celebren otros esa muestra de amor paternal, que yo no lo puedo: vive Cristo que no me gustan los papás que se dejan cabalgar y espolear por los hijos. Ámeselos mucho, pero exíjase amor y veneración de parte de ellos; dénseles diversiones, mézclense los padres en sus inocentes juegos, pero guárdense de amenguar la dignidad y la decencia que han de ser espejos en que se miren sus propios hijos. La dignidad se hermana muy bien con la ternura; pero si ésta se sobrepone absolutamente á aquélla; ¡adiós autoridad paterna y adiós familia!

Los hijos de don Homobono tienen siempre la casa alborotada; no dejan mueble entero, limpio ni en su puesto; la ropa que se pusieron ayer hoy está puerca y despedazada; en la mesa echan á rodar platos y vasos y hacen ruido infernal con los cubiertos, de los cuales se sirven para hacer casitas, arcos y puentes; gritan como unas cabras; se emberrinchan y ponen la cabeza bajo los manteles cuando no se les sirve lo que piden, y no es raro verlos alzar los pies

sobre la mesa mientras tiran el cuerpo atrás, desequilibrando la silleta, cuyo espaldar cruje lastimosamente en los últimos momentos de su existencia. Entre tanto don Homobono y doña Paciente, siempre con cara de Pascuas, porque no tienen otra para sus alhajas pimpollos, los ven, los oyen y... alaban tanta viveza. «Si no fueran vivos no fueran traviesos,» repiten con frecuencia. Pero

«Tuvo un hijo no más tonto y travieso,»

dice Quevedo en el proceso *del hombre que ha de ser canonizado*.

Hay veces, y no raras, en que los más crecidos se airan y hay cachetina y arañazos; otras, por simple antojo, calientan las manos dándolas contra las mejillas de los criados, que se las ponen como ascuas; pero don Homobono, que está presente, echa su pulgarada de *macubá*, y chitón que chitón: nunca se digna abrir los labios para dejar escapar siquiera un frío é insustancial «Chicos, ¡qué es eso!»

Se les ha permitido completa familiaridad con los pajes de la casa, y han aprendido de ellos lenguaje vulgar y viciado, y unas maneras tan zurdas y ruines, que no pueden presentarse delante de gente culta, sin que maneras y lenguaje sean fea acusación contra quienes debieron cuidar de ellos y no cuidaron.

Un día, por casualidad, que no sé á qué atribuir, los felices cónyuges trabaron este corto diálogo:

—Homobono?

—Paciencita?

—¿No sabes que pienso una cosa?

—¿Qué piensas, hijita?

—Que es menester alguna reprensión para los chicos.

—¿Qué locura dices? ¡bah! ¡cállate, mujer!

Eso de atar corto á los niños pasó con los godos. Hoy se los educa é rienda suelta. Mira, mi Perico es idéntico á mícuando estuve en su edad, y cuando veo á Geroncico, me parece que veo á mi hermano Emeterio. Los niños cambian de suyo con el curso de los años. Niños traviesos fuímos mi hermano y yo; ahora, ya nos ves, ¿no es verdad que somos verdaderos hombres? Trabajadores, honrados, formales...

Hasta mañana, don Homobono.

*
* *

—Y esta casa ¿de quién es?

—De don Severo Cascaragria.

—¡Fo! aquí se huele el mal humor de sus dueños desde el zaguán.

Don Severo es el reverso de don Homobono. Su esposa.... No sé qué decirte, lector. En fin, es

su esposa. Me aseguran que cuando se casó doña Odalisca no era mala mujer; pero el mal humor es contagioso como la lepra, y hoy la esposa de don Severo debería llamarse Severina, Acibarina ó Iracundina.

Sin embargo, este matrimonio se conserva y hasta puede decirse (¡cosa rarísima!) que no lo pasa muy mal, porque en medio del constante nublado del ánimo descompuesto, si no amor, hay recíproca estimación, y cierto tino para jugar al *tira* y *afloja*.

Pero, ¿y los hijos?; pero, ¿y los criados? Para ellos nunca hay el *afloja*, sino siempre *tira* y más *tira*.

Echa el ojo por ahí: ¿ves? por la abertura de esa puerta asoman las rubias cabecitas de un par de niños. En vez de ser sus caritas redondas y coloradas como manzanas del Paraíso, son largas y amarillas como huevos de pato; ellas manifiestan que esas tiernas é inocentes almas, no son halagadas por el amor paternal, que carecen de la vida y animación de la niñez, que padecen y suspiran con frecuencia. Los padres dicen que el amor á los hijos no es amor, si no se les va en todo á la mano, si no se elimina en ellos la voluntad y si no se les tiene frecuentemente bajo la acción de un rigor saludable. En el semblante de la mamá han visto los pobrecillos frecuentes sonrisas, pero tan pasajeras y de

tan mala gana, que á veces casi no las han advertido. En el del papá no las han visto nunca, ni de sus labios han escuchado jamás una palabra cariñosa. Lo que ven y oyen á cada momento son caras de vinagre y roncas! por quítame esas pajas: si juegan, roncas; si se ríen, roncás; si piden pan fuera de ciertas horas, roncas, pues son unos glotones; si no madrúgan, roncas, pues son unos haraganes. ¡Y qué lenguaje el de esas roncas! No pocas veces éstas vienen acompañadas de acciones dolorosamente ofensivas. Ayer uno de los chicos tropezó, cayó y rompió los pantalones en las rodillas. La madre tronó, y con el trueno cayeron tres rayos en forma de nalgadas sobre el infeliz.

En casa de don Severo, como en otras partes, la tarifa de los látigos ordena números fijos y consagrados por la costumbre: tres, seis, doce. ¿Has oído, por ventura, que algún maestro, capataz ó padre *acapatazado* dé cuatro, siete ó trece latigazos? No, que eso sería contra rito.

Los niños de don Severo buscan escondites para jugar, y como juegan donde nadie los mira, hacen cosas que delante de gente no harían; ríen rara vez, y su risa tiene no sé que expresión desagradable: tal vez proviene de que al reirse piensan que hacen mal y tratan de reprimir aquel natural movimiento del alma que se escapa por labios, ojos,... por todo el semblante;

han aprendido á mentir, porque temen que la verdad les traiga cuando menos una de aquellas consabidas roncas; la hipocresía se les ha convertido en hábito y bajo la férula de sus propios padres y á la sombra del miedo como los venenosos hongos á la de un sótano, van germinando en sus pechos vicios y defectos que no muy tarde serán la vergüenza de la familia, el escándalo del pueblo y la irremediable desgracia de aquellas contrariadas y martirizadas criaturas.

Mira á esos chicos en la mesa: se sientan á ella temblando, echan oblicuas miradas y permanecen mudos y *taciturnos cual si estuviesen* en derredor de un difunto. Míralos cuando el padre les hace algunas preguntas acerca de sus lecciones de escuela: antes de contestar se estremecen. Míralos cuando la madre los llama á sí para las oraciones de la noche: tiemblan también. Todo es temer y temblar para quienes reciben el pan de una errada y necia educación envuelto en acíbar.

Y ¿qué diremos de los infelices criados de don Severo y doña Iracundina? Para ellos jamás las roncas vienen solteras ni viudas, sino con su compañero don látigo. Ronca y látigo por sus pecados, ronca y látigo por los ajenos, ronca y látigo por la mañana, ronca y látigo por la tarde. Suele suceder en ocasiones que el látigo tres, seis ó doce veces sacudido, descansa; ¡pero las

roncas! ¡Dios me asista! Cuando la señora esposa del señor Cascaragria suelta la sin hueso para maltratar los oídos y el alma de sus criados.... ¡Oh! sólo el diablo á fuer de diablo, y los criados á fuer de criados pueden tolerarla. Ni el tambor y pito de fiesta de indios fastidian más que ese incesante y monotono chorro de palabras descompuestas. Doña Severina se pinta sola en lo de inventar apodos denigrantes; no se quedan sin ellos ni cabeza ni pies, ni manos, ni corazón, ni tripas, ni alma, ni inteligencia, nada. El nombre bautismal de un criado es cosa repugnante para la buena señora: ha de llamarse con el que ella le ha puesto, y este nombre ha de ser precisamente de aquellos que lastiman el amor propio del infeliz. El despecho sobreviene; se fuga. Los amos acuden á la policía para hacerle aprehender y castigar, ó prescinden de ella y obran de propia autoridad. En todo caso *tienen razón*, y el *pillo del criado* se lleva su ración de ronca y látigo para las vísperas y la fiesta, como suele decirse.

¡Y esta clase de amos y señores son los que más se quejan de que hoy en día el servicio doméstico está perdido!...

Y esta clase de padres, anacronismos humanos que ya no se puede tolerar en estos tiempos en nada parecidos á los del feudalismo, no son capaces de advertir que, aun prescindiendo de

su desatinado y salvaje porte para con sus hijos, en el maltratamiento á los criados les dan funestísima enseñanza. Ese hablar sin cordura ni término contra éstos en lenguaje inculto y percuciente, ese vibrar el látigo por cualquier simpleza, ese llamarlos con sobrenombres tan feos como irritantes, son cosas que malean el alma de los niños y enturbian en su corazón la fuente de los nobles y delicados afectos.

IV

SIGAMOS DENTRO DE CASA.
OTROS CARACTERES

Veo que usted va pintando padres vulgarísimos, sin educación, de esos padres que no respiran el ambiente de las clases civilizadas, que no comprenden la vida ó la comprenden al revés.

—¡Ah, lector mío! en estas clases... en eso de padres de familias...

—¿No hay mucho bueno?

—Hay algo bueno, algo regular, mucho...

—¡Calle! va usted á decir una barbaridad.

—Pero, hijo, si te tomases el trabajo de escudriñar un poco nuestra sociedad... Voy á decirte al oído—cuenta con que nadie lo escuche ni tú lo revéles—salvo error ú omisión, que podrán corregir á su antojo los que sepan la cuenta mejor que yo, por cada buen padre de familias hay

diez Homobonos, ó Severos, ó Braulios, ó Plácidos, y por cada buena madre tres por lo menos cortadas por el patrón de las Pacientes y Odaliscas. Agrádame ser justo, y en ello hasta tengo mi punto y coma de orgullo: las buenas madres propasan en número á los buenos padres; á ellas debemos en la mayor parte la conservación de la moral de nuestras costumbres. Dotadas de admirable juicio y delicadeza de afectos, sinceramente piadosas y celosas de su honra, ellas son las más de las veces quienes á pesar de los vicios ó de la incuria de los maridos, organizan la familia y la guían por el sendero de la virtud. Ellas constituyen también una de las pocas esperanzas de salvación para el futuro que se deja entrever nada halagüeño. Es frecuente ver un hijo colocado entre el buen ejemplo de la madre y el pésimo del padre: tírale aquél por el buen camino, éste le atrae al precipicio: mas la buena madre tiene en su ayuda la ternura aliada con la piedad, cierta maña instintiva, para apoderarse del corazón del hijo, cierto suave poder para sujetarle y dominarle, y al fin alcanza completo triunfo. El hogar ordenado y dirigido por una madre cuerda y virtuosa es fortaleza de difícil conquista para el vicio, por más que éste se meta dentro como los enemigos de Troya en el seno del famoso caballo. Alguien lo ha dicho ya: «Queréis salvar la socie-

dad? multiplicar las madres virtuosas con más empeño que el que ponéis en mejorar directamente la condición moral de los hombres: de lo primero vendrá lo segundo.»

Pero nos olvidábamos que tenemos que visitar otras familias.

Don Braulio de las Luces lleva un apellido que ni hecho adrede para lucir en el siglo en que vivimos. Ha olvidado completamente lo pasado, y todo su pensamiento son la cultura moderna, las ideas modernas, el progreso moderno, y dice que su sueño celestial es la educación de sus hijos á la moderna.

Especie de don Homobono, sólo se diferencia en que éste deja á sus hijos crecer y formarse á todo viento, á salgan lo que salieren, en tanto que don Braulio, *homobonamente* blando con los suyos, procura no obstante amoldarlos al bello ideal que se ha formado de la educación. Lástima que este ideal tenga bondad y belleza sólo relativas, y acomodadas únicamente al gusto del señor de las Luces!

Piensa el bueno del hombre que la educación debe florecer en la cabeza y no en el corazón, y que para la cabeza todo cultivo es excelente, así como para el corazón todo cultivo es nulo ó indiferente, con tal que no se descuide el primero. Juzgo á veces que así como el famoso *Médico á palos* ponía el hígado bajo la costilla izquier-

da, don Braulio cree que el corazón está en la cabeza, y que los latidos del pecho son solamente obra del sistema nervioso, tan á la moda en días de vivos.

El señor de las Luces descuida, pues, por completo la educación moral y religiosa de sus hijos. Dice que es católico, porque en materia de religión debe seguirse la de los padres; y aunque á su lucida prole quiere dejarle el tesoro de la libertad de conciencia, le hace de cuando en cuando la indicación de que sería conveniente que en esto le imitasen como en otras cosas.

No está demás el advertir que los cuatro pimpollos de la familia Braulia no son ya ni de á calzonarios las niñas ni de á chupetín los hombrecitos: la menor de aquéllas está en la edad en que se arrinconan las muñecas de trapos, por que se ve moverse en la calle algún muñequillo de carne y hueso,—los catorce años; la mayor está en los rosados y felicísimos en que de los muñecos animados se forjan novios,—los dieciséis. Entre los jovencitos apenas hay la diferencia de dieciocho meses, y el primero espera ser ciudadano del Ecuador (¡qué ganga!) á la vuelta de un año.

El luminoso papá no ha querido ponerlos en ningún colegio, porque no se dañen y obscurezcan con el contacto de jesuítas y monjas, que imbuyen á sus discípulos de doctrinas ultramontanas

y *terroristas*. Gusta, eso sí, de que se instruyan, y les ha proporcionado maestros y libros; pero si nunca se ha fijado en que los primeros sean idóneos á pedir de boca, en cuanto á los segundos, los ha puesto de todo color, olor y sabor en manos de sus hijos. D. Braulio, no obstante sus ideas acerca del ultramontanismo y *terrorismo*, profesa el raro y curioso principio de que todo cuanto está en letra de molde es bueno, que no hay escritor despreciable, y que el pensamiento, por absurdo que sea, merece respeto. Habla con frecuencia de *la idea*, aunque, á decir verdad, no sabe lo que habla. Tanto le ha gustado el vocablo, que le encanta; pues ¡no le ha de encantar, cuando le oye tan repetido por *los pensadores modernos!* Para él todo es *idea:* la esposa es *idea*; los hijos, *idea*; el alazán en que monta, *idea*; el pan que come, *idea*. ¿No sería mejor que se llamase don Braulio Idea? Pero no: ¿dónde hay apellido más lindo ni más propio que el *de las Luces?* en él hay un millón de ideas, que no es bicoca.

Ya se vé, nuestro hombre, modelo de papás á la moderna, no es para consentir en su familia ningún motivo de fanatismo ni obscurantismo; así, pues, ha desterrado de sus aposentos toda imagen piadosa y las ha sustituído con cuadros y estatuítas profanas. Sus hijas tienen en el dormitorio litografías que representan escenas de

novelas, y junto al devocionario, objeto de puro lujo, se entiende, en su cuarto de estudio conservan un rico álbum con retratos de antiguas cortesanas y de modernas cantatrices y bailarinas. En las piezas de los hijos abundan los Cupidos y las Venus, y en vez de los retratos del papá y la mamá, los de Voltaire y Rousseau, Proudhon, Mazzini, Garibaldi y *otros grandes re-generadores de la humanidad*, en el sentir de nuestro don Braulio y de todos los don Braulios.

Abre con frecuencia su salón á la tertulia; pero no admite en ella sino hombres de mundo y del siglo; beatos y rezadores, ni por pienso. Gusta de que sus hijos no pierdan ni una sola palabra de la conversación de las *ilustraciones del país* que le rodean (¡tiene tan buen chocolate y tan excelente café!). Estas *ilustraciones*, después de escanciar gaznate adentro sendas tazas de aquellas deliciosas bebidas con sus bizcochos y bizcochuelos, y transformada cada una en un Ermeguncio digno de la musa de Inarco, encienden su habano (*habano-idea* de don Braulio), y entre nubes de humo comienzan á discurrir sobre política, sobre religión, cuestiones sociales y económicas, cuestiones literarias é históricas, sobre cuanto hay bajo el sol y sobre el sol. ¡Qué sabiduría de hombres! ¿dónde han aprendido tantas cosas y tan bien, por Dios santo? ¿Enséñaselas por ventura en el circo de gallos, en el

billar, en la mesa del monte, en los paseos, en los bailes de candil? ¿Estúdiaselas durmiendo de las cuatro de la mañana á las doce del día? ¿Cómpraselas en los mostradores ó las esquinas de plazas ó calles? Don Braulio está encantado y hace algunas señas á los hijos para que estén colgados de los labios de los tertulios, para que beban de ese torrente de luz que atraviesa de un extremo á otro del salón...

¡Para que beban ponzoña entre el fango de dos mil y más necedades!

Pero don Braulio de *las Luces completa la enseñanza* destapando á su turno su depósito de majaderías de reserva: vése alcanzado de lengua, luego que se han ido sus amigos, al hacer el elogio de su inteligencia, juicio y conocimientos enciclopédicos. ¡Hombres maravillosos!

> Grandes hombres, á fe mía,
> Pozos de sabiduría,
> Genios de la actual edad,
> Respeto, pasmo, alegría...
> —De los don Braulios? verdad.

El par de señoritos de las Luces, que ya se creen par de estrellas, y no de las de ínfima magnitud, que pocas horas antes ojearon acaso un mal autor, que han escuchado á los amigos del papá, que han oído los hiperbólicos elogios de éste á las *ilustraciones* que se han dignado ir á derramar esplendorosos rayos sobre la familia, esos

jovencitos, digo, han dado tres largos pasos hacia la perdición de su alma, corazón é inteligencia.

¡Oh, don Braulio, don Braulio, qué tonto y qué criminal es usted!

Mas esto no es todo: pues ¿y las hijas? Tiernas y preciosas jovencitas, que nacieron para cautivar corazones con el atractivo de la virtud unido al hechizo de la belleza, su padre desvirtúa los dones con que Dios las enriqueció: so pretexto de educarlas á la moderna las rodea de dañado ambiente, las arrastra y entrega al torbellino del mundo y las asegura un desgraciado porvenir. Les ha metido en la cabeza cuatro flores intelectuales, no bien escogidas, y les ha hecho aprender un par de habilidades de manos; quiere que sepan mostrarse mujeres de *gran tono*, y ha fomentado su inclinación á las extravagancias de la moda y á la vanidad del lujo; quiere que sean desenfadadas, listas, pizpiretas, y obliga á la mamá á que las lleve consigo á todas sus visitas; cuando éstas vengan á casa, ahí han de estar á recibirlas, sirviendo de acólitos á la señora de las Luces, y cuenta con que olviden lo que tanto les han recomendado el papá y la mamá: no se han de estar como estatuas ni como si no tuviesen lengua; quiere don Braulio que agraden y diviertan y sean señoritas en quienes chisporrotee el buen humor; para el caso ¡qué

cosas más apropósito que la música, y el canto, y el baile, y la charla picante y la maligna murmuración! sin todo esto, que tienen que lucir *vélis nólis* hasta delante de visitas cubiertas de luto y con los ojos colorados de haber llorado, no hay gente de mundo, no hay señoritas de *buen tono*; imposible que las haya; quiere, en fin, que no sean beatas ni llenas de vulgares preocupaciones, y desde chiquititas las ha hecho leer novelas románticas y *realistas*, y versos de fábricas *byronianas* y *espronceníanas* y periódicos que tratan de *levantar á la mujer á la altura de sus derechos y de su misión.* Además, no lleva á mal que sus hijas se dejen ver frecuentemente en el balcón; que acepten y contesten con despejo y gracia los requiebros y piropos de los pollos de pluma nuevecita; que en el templo no se tapen la cabeza, y al salir de él distribuyan sonrisas y guiños á los que pongan en ellas los ojos; que en el paseo se cuelguen del brazo del amiguito que se digne acompañarlas, y hasta que no rehusen adelantarse de la mamá cien pasos con él, y voltear alguna esquina, si es en la ciudad, ó dar vueltas á escondidas por entre los árboles, si en el campo ó en algún huerto. Para educar niñas, dice don Braulio, no hay como la libertad *á la yanke*: con ella todo se asegura, hasta la moral y el honor.

¡Vamos! aquí es menester una corrección al señor de las Luces, pues para educar niñas no

hay como la libertad *á la espartana*: deberíamos empeñarnos en tener un *Platanisco*, donde las doncellas luchasen desnudas con los jóvenes. Eh, don Braulio, así se coronaría su obra conforme á las avanzadas y luminosas ideas de usted ¿no es verdad?

¡Pobres de las niñas que tienen padres que comprenden la educación de la mujer á la manera de don Braulio! ¿qué será de ellas cuando sean mujeres, cuando sean esposas, cuando sean madres, cuando se vean solas, cuando las visite el dolor, cuando se mueran? ¿Qué será de los infelices que lleguen á hacerlas reinas de sus afectos y partícipes de su suerte? ¿Qué será de las familias con tan fundamentales raíces enfermas y podridas? ¿Qué será de la sociedad que cuente con familias educadas *á la brauliana*?

—¡Oh don Braulio, don Braulio, qué tonto y qué criminal es usted!

Pero dejemos al señor de las Luces, y vamos con otro.

«¡Alegre estoy, vive Dios!»

Y yo también sin ser don Baltasar de Alcázar ni hallarme en estado de ver candiles duplicados. ¿Cómo no he de estar alegre junto á don Plácido de los Gustos?

Todo materia y sensualidad, hombre que jamás ha pensado en otra cosa que en divertirse,

en gozar, en reirse, en los paseos, los fandangos y comilonas, en el juego, el galanteo y la murmuración, don Plácido se casó juzgando que el matrimonio era también diversión, y el hogar sala de baile y los hijos música. No hay que decir si las cuentas le salieron erradas como las de rindente que no gusta de rendirlas... Mas esto ¿qué importa? veterano en las campañas de guitarra y botella, podrá morir en su puesto como un bravo de la Guardia, pero rendirse ¡jamás!

Tiene unos cuantos hijos, las dos terceras partes menudos inocentes, un mocetonzuelo ya pecador y dos pichonas como dos amores, tentación de más de catorce pichones, ó más propiamente gavilanes, que les hacen la rueda seis horas por día los ordinarios y doce los domingos y días de fiesta.

Nunca.ha pensado en que Dios y la naturaleza le han impuesto el deber de educar á sus hijos y procurar el bienestar de la familia; jamás ha meditado en que el ejemplo de su mala conducta puede ser el demonio que, metido en el hogar, acabe con esposa, hijos y domésticos; menos ha abrigado ni por un instante el buen propósito de abandonar el camino torcido que lleva y entrar en el recto de la moral, el buen juicio y el decoro. Cree que esa vida le conviene, que esa es la mejor vida del mundo, y que para ella nació. Pasa la mayor parte del día buscando noticias

de corrillo en corrillo, mintiendo y haciendo mentir acerca de revoluciones y política, deleitándose en la crónica escandalosa, hincando el maligno diente hasta la raíz en la honra del prójimo, y forjando con sus compinches planes de juegos y *parrandas.*

—Don Plácido ¿en que para aquello del desafío?

—¿Del desafío de gallos? está arreglado: los jugaremos en el pueblo N. para la Pascua.

—¡Magnífico proyecto!

—Tendremos cuatro peleas *de tapada* y cuatro *de á pico.*

—¡Soberbio!

—A nuestra vuelta, por la noche... Ya conocen ustedes el caminito de la casa del amigo Rufo.

—Bien ¿y qué tenemos en ella?

—¡Uf! lo que ustedes quieran: tresillo, monte, dados...

—¡Viva don Plácido! usted es el hombre de los grandes proyectos. Pero ¿y para cuando dejamos la...?

—¿Van ustedes á hablarme...?

—De aquella proyectada *parrandita.*

—Todo está arreglado. ¡Si yo no me duermo! El domingo á las ocho de la noche, sin falta. ¿Conque pensaron ustedes que me había descuidado? ¡Bah! eso es no conocerme.

Don Plácido se acuesta á las cuatro ó cinco de la mañana, duerme roncando hasta las doce del día ó dos de la tarde el pesado y porcuno sueño del embrutecimiento, y almuerza cuando su familia merienda. ¡Qué rica vida!

Su esposa es una buena mujer; le ha reconvenido con dulzura mil veces, se ha enojado otras tantas, se ha quejado, ha derramado ríos de lágrimas; todo en vano. Cansada al fin le deja en el despeñadero, é inclina la abatida cabeza (cana antes que fuese tiempo de estarlo) al peso abrumador de la enemiga suerte.

Sus hijos, que le ven poco durante el día, y por milagro alguna vez por la noche, saben que bebe, que juega, que mantiene amistades ilícitas, que se deja arrastrar por el cieno de los vicios—todo lo saben. Cuando le ven, le ven abotagado, soñoliento, rojos los párpados, torpe el gesto y pesados los movimientos. Cuando le oyen, le oyen la voz anhelosa y ronca, las palabras vulgares y mal concertadas, la risa que semeja un graznido repugnante.

¿Este es un hombre? ¿Este es un padre? ¡Qué dechado el que tienen delante esas infelices criaturas!

¿No he dicho bien cuando he dicho que esta laya de padres no son padres, porque no son hombres?

Son las doce del día. El señor de los Gustos

acaba de dejar el lecho, y con la cara amoratada, revuelto el cabello, y embozado en la capa hasta las narices, da un par de idas y venidas por el cuarto.

—¿Y mi hijo? pregunta luego.

—No está en casa.

—Estará en el colegio.

—No ha mostrado la cara por aquí, dice la mamá, desde ayer tarde en que salió contigo.

—Tá, tá, ya me acuerdo, repone don Plácido, y sigue yendo y viniendo, á paso de burro cansado, á lo largo del aposento.

Se acuerda, en efecto, que la tarde anterior llevó consigo á su Astolfito al circo de gallos; que el alhaja chiquito apostó y perdió, pero que obtuvo entusiastas aplausos por lo bien que ató la navaja al *malatova*. Por la noche estuvo el *guapo chico* junto al papá en la mesa de juego; al retirarse de ella le pidió algunas pesetas para reembolsar las pérdidas en los gallos y... no se acuerda más. Sin duda Astolfito dió con algunos amigos y habrá pasado divertido. Tiene unos cuantos amiguitos que... ¡Ni escogidos por Barrabas! ¿Qué dice de ellos don Plácido? Nada; pues ¿no son sus compinches que ni escogidos por el diablo?

Que se divierta, pues, Astolfito; que de la mesa de juego pase á la tertulia de las mozas alegres, y con ellas, entre cenar el *ají de queso*, echar

copitas y bailar el *amor fino*, pase cuatro largas noches.

Que se divierta, pues, Astolfito; váyase con veinte amigos de su tercio y pluma y con algunas pichonas de buen humor al paseo dispuesto para hoy; allí habrá carne de vacona, empanadas de viento, tamales exquisitos, frutas en abundancia, chorros de cognac, tempestades de risa, huracanes de insolencias y blasfemias; allí el juicio y la razón, allí las leyes del pudor y la modestia no tendrán cabida. Para qué han de llevar consigo tan molestos compañeros esos jóvenes, hijos mimados del placer y la voluptuosidad?

Que se divierta, pues, Astolfito; estamos en Carnaval: que juegue, se empuerque, beba... ¿No ha hecho siempre, no hace todavía cosas iguales don Plácido, y no las hará mientras tenga embutida el alma en las carnes?

La pobre mamá, para quien no es un enigma la triste futura suerte de la familia, llora y se queja; don Plácido ríe y la dice: ¡Vamos, mujer! cálmate; tú no entiendes de educar muchachos; sabe que mi hijo va criándose todo un hombre. Ya verás, andando los años, cuánto figura en la República y aun fuera de ella.

Son las doce de otro día. El señor de los Gustos acaba de dejar el lecho, se emboza en su capa, acerca un sillón á su esposa é hijas mayo-

res que cosen junto á una ventana, y se repantiga en él. Las chicas á corta distancia juegan con sus muñecas. Don Plácido echa dos largos bostezos. Quiere hablar y el tercer bostezo se lo impide.—Sabes, hija, dice á su mujer, que a-a-a-yer tarde (¡qué mal dormí anoche!) Te decía que ayer tarde, en un círculo de amigos, me contaron unas co-o-o-sas (¡Vamos! estos bostezos no me dejan.) ¡Oh don Plácido, don Plácido! ya sé qué cosas son esas. Bostece, por Dios, bostece eternamente y no las refiera en presencia de sus hijas. ¡Qué ha de contenerse el bárbaro! Entre bostezo y bostezo cuenta una historieta escandalosa, en la cual figura el desliz de una joven, la infamia de un marido, los celos y las imprudencias de una esposa ofendida; y la cuenta sin omitir las circunstancias más repugnantes ni los pormenores más ofensivos al pudor. ¡Bárbaro! ¡bárbaro! ¿qué ha hecho usted? Ha emponzoñado el corazón de sus hijas; sus palabras han caído en lo íntimo de esas almas, cuya pureza y candor debería cuidar usted como celestial tesoro. Las grandes lo han escuchado todo, y sonríen con malicia: acaban de saber cosas que no sabían: se ha levantado para ellas más de la mitad el telón del teatro de los escándalos é iniquidades del mundo. Las chicas, que no tienen toda su atención en las muñecas, han escuchado también gran parte de la relación: don Plácido,

usted les ha dado las primeras lecciones de prostitución.

¿Este es un hombre? ¿Este es un padre?

Son las ocho de la noche. Suena música en casa del señor de los Gustos.—¿Qué hay allí? —¿Qué ha de haber? *Tambarria*. Es día de San Plácido. Imposible que en este día pase en silencio la casa de nuestro héroe, especialmente desde que dos de sus hijas son ya señoritas, y tan bellas y graciosas. Los numerosos amigos de don Plácido, que se traga esa amistad como un confite, sin embargo de que apenas el *uno por* ciento de las atenciones son para él y que todas las demás se llevan sus dos hijas, han querido festejarle en su cumpleaños. Allí están todos, y el buen humor rebosa y se desborda de sus corazones como de las copas el hirviente y espumoso *champagne*.

¡Viva mil años *el santo*! ¡viva!

¿Y qué hace *el santo*? Bebe y baila, no obstante sus cincuenta San Plácidos, ó Navidades ó abriles. El hombre está hecho un océano de delicias. ¿Qué hace la madre? Arrastrada por el torbellino, bebe y baila también no obstante sus lágrimas de ayer y el haber llegado, gracias á la edad y hermosura de sus hijas, á ser perfectamente idónea para el cargo de abuela. ¿Qué hacen las lindas jovencitas? Beben y bailan; enlazadas las cinturas por los brazos de los

tunos, galopan y saltan que es una gloria, y oyen los incendiarios galanteos, y en cada copa que se echan á pechos se tragan juntamente un bocado de engaño y seducción, y en cada pirueta y en cada voluptuoso remolino se les cae del alma un retazo de inócencia, otro de pudor, otro de dignidad. ¿Qué hacen las niñas? Mezcladas en esa tempestad mundana y corruptora, van dejando de ser ángeles para convertirse muy pronto en mujeres vulgares, y esto si salen bien libradas y no dan en cosa peor que la vulgaridad. ¿Qué hace Astolfo? ¡Oh! Astolfito, además de que imita al papá, se ocupa en acarrear botellas, en distribuir licor, en no dejar respiro á los músicos y en animar la danza. No falta quien, al observar á tan guapo muchacho, diga al papá:—Hola, D. Plácido, mire que su hijo va resultando más hombre que usted: su chico vale un Potosí.

El señor de los Gustos suelta una retumbante carcajada, estrecha la mano al amigo que le ha hecho observación tan justa como halagüeña, y da un par de cariñosas palmaditas al hijo que comienza á figurar tanto y honrarle. ¡Vaya que el pichón es ya más que una esperanza!

V

TODAVÍA DENTRO DE CASA.
MAS CARACTERES

¡Celos! terrible mal que asuela el alma en que penetra. Se diferencia de la elefancia en que no es contagioso, pero se le asemeja en lo incurable.

«Vituperad en hora buena al celoso, dice un escritor francés de nuestros días; pero compadecedle: es más desgraciado que culpable».

Añade el mismo autor que, si se analiza la pasión de los celos, se hallan elementos que honran el alma que tan fiera dolencia padece.

Puede ser verdad. Este monstruo que, en el decir de Shakespeare, se engendra á sí mismo y de sí mismo nace (1), no respira sino junto al nido del amor.

---

(1) .....Tis á monster Bogot upon itself, born en itself.—*Othello.*

Recuerdo este par de versos de Sor Inés de la Cruz:

«¿Hay celos? luego hay amor,
¿Hay amor? luego habrá celos.»

En lo primero tiene razón la sabia monja, pero no en lo segundo: no todo amor vive en consorcio con la locura para dar prole de celos.

Hay un amor juicioso sin dejar de ser apasionado y tierno, este amor no es capaz de concebir sospechas injuriosas á la fidelidad y virtud del objeto en quien y por quien vive. Tales sospechas llevarían en sí la idea de que amor tan cabal y encumbrado había puesto los ojos en un ser cuyo carácter y conducta no deberían infundirle confianza, lo cual argüiría contra ese mismo amor: ya no podríamos considerarle ni muy juicioso ni muy cabal.

Sólo el amor insano, y con frecuencia necio, engendra y produce aquel estado del corazón que atormenta, á un mismo tiempo, al que lo padece y al objeto por quien padece; estado de sospechas que se multiplican sin cesar, de inquietud y zozobra que no se calman de día ni de noche, de bilis negra y crespa, de punzadas dolorosas y ocasionado á la injusticia y al crimen.

¡Ay del hogar y de la familia cuando el amor desjuiciado y necio es quien lleva á los cónyu-

ges al pie del altar! Y mucho más si ese amor, de parte de uno de ellos, no halla en el otro cordura, calma, tino que sirvan de contrapeso á su dañosa acción.

Amor loco y tontería
Contrajeron matrimonio;
Cuando los casó el demonio
Su ganga en ello tendría.

Hubo un suegro y yerno á cual más celosos. El suegro que sospecha de su mujer y el yerno de la suya, ármanse una noche y se ponen en acecho cada cual por su lado. *Distínguense mu*tuamente á la débil claridad de la luna, pero no se conocen. El suegro juzga que el amante de su vieja es el yerno que viene por ahí; éste toma al suegro por el amante de su propia hija, y ciegos de furor y estoque en mano, se acometen. Felizmente, al cruzarse las primeras estocadas, se ven las caras, se hablan y esta circunstancia evita que el sainete concluya en tragedia.

En materia de celos uno de los cónyuges es comunmente la víctima y el otro el verdugo; la víctima, si es inocente, es siempre digna de lástima; el verdugo lo es á veces; pero aun cuando tenga justicia no puede evitar la aspersión de ridiculez que la malignidad humana le echa encima.

Suele acontecer que los celos infundados

obran en ocasiones de manera que llevan á la víctima al despecho, y de éste á crear motivos que los justifican.

También es común ver al celoso culpado de la falta que sospecha en su víctima. Esto es añadir á la injusticia la infamia.

No es raro, por último, hallar quienes se celen mutuamente y sean ambos, á un tiempo, verdugos y víctimas. En este caso, la pasión de los celos se encumbra á la última perfección; los toques que el uno olvida se los da el otro; éste corrige los rasgos errados por su compañero, y el monstruo queda cabal y contorneado en todas sus partes.

Platón deseaba que los borrachos se viesen en un espejo, esperanzado de que se enmendarían con la contemplación de su propia deformidad. ¿No sería buena la receta para los borrachos de celos? Quizás, si acaso un celoso pudiese ver; pero desgraciadamente no hay celos que no causen optalmía, y con mayor frecuencia cataratas.

En todo caso, donde imperan los celos, sean ó no fundados, no hay paz ni hay orden, ni respeto á la moral y la inocencia, ni escudo que resguarde la honra, ni un granillo de incienso que arda en aras de la virtud.

D. Floripando y doña Simpliciana representan los celos mutuos en estado de ignición perma-

nente: son el Sangay de los celos, y sus fumaradas obscurecen el cielo del hogar, y su lava quema y ensucia cuanto los rodea.

Para el marido no hay en la mujer pensamiento, palabra ni acción inocente cuando la ve ó supone en presencia de varón ó animal macho. Para la mujer no hay en el marido pensamiento, palabra ni acción inocente cuando lo ve ó supone en presencia de cualquier ser animado perteneciente al género femenino.

Cuéntase que una vez el primero mató un infeliz gato que roncaba descuidado en las faldas de doña Simpliciana, y que ésta torció el pescuezo de una gallina, porque D. Floripando le pasó cariñosamente la mano por las plumas.

Imagina, lector, cómo andará la familia de ese par de perencejos. Las trifulcas son, cuando muy tardías, semanales, pero las tronadas diarias. Sospechas sacadas á luz, recuerdos de faltas de otros tiempos, reconvenciones que son venablos, acusaciones que son cañonazos, injurias que se pegan al alma como fuego griego, calumnias tamañazas como Chimborazos..... todo hay en esa fiesta doméstica preparada por la locura y la necedad y ejecutada por el enojo y la violencia.

Cuando por casualidad se establece alguna tregua, las caras de esos benditos esposos per-

manecen hoscas como la de Judas al colgarse del lazo, aunque no muestran señales de arrepentimiento, sino de disposición para volver al combate: sesga la mirada, plegado el entrecejo, los labios entreabiertos y húmedos con la hidrofóbica baba, guardan silencio;—silencio miedoso como el de la nube tempestuosa próxima á descargar los rayos, granizo y ondas diluvianas que oculta en su seno.

¡Pluguiese á Dios que esa fiesta infernal no tuviese espectadores! Pero los tiene; y no son los vecinos, que hubieran bastante de qué reir: son los hijos y domésticos, que hallan mucho malo que aprender. Observémoslos: niños y niñas, criados y criadas han sometido á examen y discusión cuanto han visto y oído. Éste recuerda y repite un sucio dicterio que lanzado por boca del padre, estalló como una bomba en los oídos de la madre; aquél comenta la acusación que ésta dirigió al marido; el otro imita el gesto de Iscariote, el de más allá quiere saber la causa del silencio amenazador; lo que uno olvidó está fresco en la memoria de otro; el niño fulano vió tal cosa; á la niña zutana enseñó la mamá tal otra; la criada hace una observación maliciosa, el criado la corrige y añade una circunstancia desvergonzada. Todos ellos han recibido entre el fragor de las contiendas paternales las mismas ó peores lecciones que los hijos de Don Plácido

de los Gustos entre risas, chorros de licor y remolinos de valses y polkas.

Pero dejemos á los Floripandos y Simplicianas, y bosquejemos otros caracteres conyugales: examinemos nuevas lecciones que, con admirable provecho... de Satanás, se dan en la escuela doméstica.

Grande es el número de familias desgraciadas porque el aliento del mal moral ha soplado sobre ellas por boca de sus mismos padres; pero, según creo haberlo indicado ya, aunque el mal es uno solo en el fondo, hay multitud de pequeñas circunstancias que en la forma lo diversifican por extremo. Querer no olvidar ninguna seria cosa extraña á la índole de estos articulejos, que han de ser siempre cortos, cuando la materia da para abultados tomos, y quizás un Tostado y un Lulio fueran vencidos por ella.

¿Conoces á don Nemesio? zorra vieja en eso de buscar lo mejor para la vida, nunca emprende negocio al cual no haya precedido larga meditación. Con todo, en el matrimonio le salió el tiro por la culata. Después de diez años de voltear en torno de algunas novias, se fijó en la famosa doña Terencia, y creyó haber hallado en ella un tesoro. ¡Infeliz don Nemesio! Terencita es de aquellas mujeres que se asemejan á la moneda falsa: con poco que se las manosee asoma el cobre. Don Nemesio es bastante irascible;

pero de carácter noble y generoso, habría sido excelente marido con una mujer inteligente, cuerda, virtuosa y dulce de palabras y maneras. Doña Terencia no ha sabido aprovechar las buenas prendas del esposo, y sí es una maravilla para echar combustible en la hoguera de su mal genio: de genio agrio también, delicada, quisquillosa, amiga de averiguar cuentecillos y mentiras, ha sido, y es y será, hasta que la muerte se compadezca de don Nemesio, la causa de la discordia permanente en su casa.

Don Jocundo, por el contrario, tiene una bonísima esposa; pero tonto, malo y caprichoso, ha hecho de ella una mártir. Todo él es puro enojo y bravatas; gruñe, grita y patea porque la mujer dijo una palabra más, porque dijo una palabra menos, porque tosió, porque estornudó, porque pensó que pensaba mal, porque pensó que pensaba que él pensaría... ¡Voto á quién! ¿no merece este don Jocundo que se le rajen á latigazos esas carnes de lechón? Pero mírale, ahora está enojado como nunca; ¡qué alhaja! tuerce los ojos por no ver á la esposa, alza los hombros, se encaja el sombrero hasta las cejas, toma sus maletas y se larga de casa. Jura que no ha de volver á ella y que su ruptura con esa mujer tal y cual es eterna é irremediable. Pero no ha de ser así: los parientes y amigos de él y de ella han de anular ese juramento, que es el

milésimo de los hechos por el buen don Jocundo, y han de remendar por la centésima vez tan lindo matrimonio. Ya me parece ver la escena digna de don Ramón de la Cruz: una comadre conquista á la esposa; la infeliz no necesita que la tomen por fuerza, se enjuga un par de lágrimas, suspira y accede. El cura zapa y abre una brecha en la fortaleza de don Jocundo, que al fin cae en poder del conquistador; pero ¡qué lluvia de quejas contra la mujer! ¡cuántas protestas de que él no ha tenido la culpa! Resignada la mujer, inclina la *frente y calla; el marido como* que quiere y no quiere sonreirse, se le acerca, trátala de *hijita*, añade alguna frase de mentido cariño, y arranca nuevas lágrimas á su víctima, en cuya memoria se agolpan los recuerdos de los ultrajes de ayer. Los oficiosos restauradores de la paz conyugal se retiran; pero esa paz, feble como pompa de jabón, se romperá de nuevo al menor soplo del enojo de don Jocundo, y don Jocundo amarrará también de nuevo sus maletas y se largará de casa otra vez, jurando no volver más á ella ni ver ni oir á esa *tal* y *cual* de su esposa.

El marido de doña Benedicta no es de lo peor; mas la tal doña Benedicta posee gracia especial para tornarle pésimo, á lo menos en el concepto de cuantos escuchan sus quejas. Doña Terencia, aunque harto insufrible por su carácter pueril y

quisquilloso, no extiende la acción de su lengua resbalosa y movediza fuera de los muros de su casa: dentro de ella tirotea al pobre de don Nemesio, y éste, una vez fuera, descansa; pero doña Benedicta, que casi siempre delante del marido no es sino rostrituerta y suspiradora, en ausencia de él y fuera de casa es la pregonera de los vicios y defectos maritales, y de cuanto malo ocurre en el hogar. Recibe y hace visitas sólo por tener ocasión de desahogar las mil y más quejas que guarda apretadas en el pecho; no hay vecina que ignore las fechorías, reales ó supuestas, del desdichado esposo; no hay comadre en cuyo seno no haya depositado los más recónditos secretos de la familia, y, por su puesto, no hay secretos menos secretos en el pueblo; no conozco amiga de la quejicosa Benedicta que no le haya enjugado el llanto diez veces, y dícholе cien docenas de frases consoladoras, y animádola á sufrir con resignación la vida de martirio á que está sujeta con esposo y con hijos. El esposo, que no se queja pudiendo hacerlo, pasa por un ogro, y más de una beata de las que han consolado á su mujer, le hacen cruces de rebozo y le echan un *Santo Dios*, *Santo fuerte*, *Santo inmortal*, cual si viesen al demonio.

Mas, créeme, lector carísimo, que me voy cansando de esta galería de matrimonios que en nada corresponde á los fines que Dios se propu-

so al instituir la familia; y temo asimismo que llegues á fastidiarte de tanto marido perro, de tanta mujer perrengue, de tanto hogar en que se sazonan frutos para el infortunio y la deshonra en la tierra y para los festines del diablo en el infierno.

Quédese, pues, sin nuestra visita doña Pelerina, la gazmoña por excelencia, el escrúpulo encarnado, que halla culpa mortal hasta en la encantadora sonrisa de su niño de pechos y en el bostezo de la *china* que la sirve, tormento del marido, penitencia de los hijos, desesperación del sacerdote que la confiesa y lucha en vano por meterla al camino de la verdadera virtud.

No nos vea á sus umbrales el avaro don Silverino, que no da á sus hijos otras lecciones que las de la codicia y la mala fe, para que le reemplacen en el oficio de sorberse el sudor, las lágrimas y la sangre de los hijos del pueblo, con la usura, la trampa y el robo. Tengo miedo, por otra parte, que al acercarnos á su casa nos lleguen algunas chispas de los ayes y maldiciones de los prójimos arruinados por él.

No nos aguarden los padres haraganes, que cansados de charlar ó dormitar en los mostradores y trastiendas de mercaderes ó taberneros, ó de fumar cigarrillos en las esquinas, se recogen á casa á seguir durmiendo ó fumando en medio

de sus hijos, á quienes inician en el difícil arte de no hacer nada.

No tengan ni aun tarjeta de parte nuestra aquellas madres desjuiciadas que mantienen á las hijas desde sus más tiernos años cubiertas de polvo de arroz, albayalde y carmín, forradas en terciopelo y raso y pensando en la moda y el lujo, más que en cultivar las virtudes de la mujer; que las llevan al templo, al teatro y al paseo como llevan á la exposición sus obras los pintores y escultores; que las hacen asistir á los bailes, sacrificando en agraz el tesoro de su inocencia, á fin de que pasen por bonitas y encantadoras.

Menos nos tengan en su casa esotras madres de cascos preñados de novedades, investigadoras diligentes de ajenas vidas, forjadoras de cuentecillos y chismes, fáciles de lengua para no excusar en otras personas defectos que en ellas sobreabundan, enojadizas por causas que sus propias habladurías é imprudencias crearon, y que hacen participantes de sus necias historietas y torpes escándalos á hijas y criadas.

¿Y esos maridos exigentes y descontentadizos que atormentan á sus mujeres pidiéndolas más atenciones y servicios de lo que ellos se merecen y ellas pueden darles? Siempre sultánico el gesto, sesga la mirada, áspero el lenguaje, no ven en la esposa la compañera y amiga, sino la esclava destinada á satisfacer todos sus caprichos y su-

frir todas sus impertinencias. Los hijos, acostumbrándose á ese lenguaje, mirada y gesto, la rebajan en la medida de su afecto y llegan á confundirla con la cocinera y la lavandera: las lecciones de los padres han hecho que los hijos sean insensibles para con el amor más noble y tierno que abriga el corazón de la mujer, el amor maternal.

¿Y esas mujeres que diz que son todo nervios, y que no son más que puro embuste? ¿Esos juguetillos de vidrio en mala hora metidos en el oficio de esposas para tormento de los maridos? ¿Ese melindre encarnado, esa queja materializada, ese suspiro en forma de mujer, que obliga al esposo á tragarse las píldoras que á ella recetó el médico, y que no acepta ni aun el clíster sin que preceda experimento en la persona del cónyuge para todo? ¿Ese pedacillo de hembra humana con un poco de neblina por alma, que en brazos del marido sube al lecho, y en brazos del marido baja del lecho, y por mano del marido lleva el bocado á la boca, y á la cual el marido sirve hasta de voz para hacerse entender? ¡Válgame Dios! y el bueno del angelito con toda su flacura y nervios, muy bien pudiera hablar duro, masticar, andar, acostarse y levantarse, evitando así duras pruebas de amor conyugal á don Súfrelo-todo y enseñanzas nada buenas á sus hijas. Estas la observan, y como lo que

ven es de cada día, y cada hora y cada momento, llegan á creer que así como la mamá, ni más ni menos, deben ser todas las esposas. Miren ustedes por ahí se divierte una de las niñas con sus muñecas, y practica en chanza cuanto, gracias á la mamá, dentro de breves años practicará seriamente. Una muñeca, atada la cabeza y con tamañas ojeras, yace inmóvil en su lecho; se acerca el muñeco marido, la dirige palabras de compasión y dulzura, tómala en brazos y, pasito á paso, la traslada al estrado y la reclina entre almohadas. ¡Ay qué enferma, qué mal está la señora muñeca! ¡le dan unos ataques nerviosos...! ¡Jesús, qué pena da el verla! ¡pobrecita

VI

NIÑOS Y JÓVENES

Sector, ¿has pensado alguna vez en la niñez y en la juventud? Sin duda que sí: no te supongo (y si te supusiera claro se está que no me dirigiría á tí) de aquellas almas de trapo que pasan junto á un grupo de niños hermosos y vivarachos ó de jóvenes gallardos y alegres, cual si pasasen junto á un montón de piedras.

¡La niñez! de mí sé decir en puridad, que nunca pienso en ella, que jamás la contemplo sin sentir dentro de mí, á par de viva ternura, cierta respetuosa inclinación hacia la edad en que imperan la inocencia y la pureza, aromas del alma tan gratos á Dios.

Los niños, encarnación del amor, sin el cual no habría vida en el cielo ni en la tierra, son la humanidad simiente; la humanidad vástago, con paternal cuidado por Dios preparada para lle-

nar el vacío que va dejando la muerte en su incesante afán de poblar la eternidad.

Los niños, han dicho con razón los poetas, son hermanos de los ángeles: con éstos mantienen estrechas conexiones, con éstos hablan, con éstos ríen, con éstos se van.

Más espíritu que materia, poco dan que hacer á la muerte cuando quiere enviarlos con sus hermanos: sopla levemente y la cuna queda vacía.

La muerte, siempre de gesto horrible con el hombre, sonríe al arrebatarse á un niño.

El niño cuasi no muere: en verdad que no es morir eso de ser trasladado en brazos de ángeles del regazo de la paternidad terrena al regazo de la celestial paternidad.

¿Por qué y cuándo llora un niño?

Llora cuando las necesidades de la vida material superan á los pacíficos gozos de su condición de ángel; llora porque ha vislumbrado acaso algun relámpago lejano de la vida del mundo. ¿Quién es capaz de penetrar lo que siente y piensa un tierno niño que después de una misteriosa caricia de parte de los espíritus con quienes habla, percibe el suspiro de la madre que le besa y medita en el futuro destino de ese pedazo de sus entrañas?

A medida que crece el niño se va el ángel y viene el hombre; se cierra el cielo y se abre el

mundo; huye el placer inocente y se acerca el dolor precedido del goce culpable.

El niño ha desaparecido; he aquí el hombre. La parte espiritual ha menguado, la material ha crecido y ostenta robustez y fuerza. El cortejo de ángeles del niño se ha trocado en cortejo de pasiones del hombre; y hay pocas sonrisas porque falta inocencia, y hay muchas lágrimas porque el vicio ha invadido el corazón, y hay tedio en el alma porque se acuerda más de la tierra que del cielo, su patria.

Es muy raro que en la juventud se conserven las prendas espirituales de la infancia: los Luises de Gonzaga y las Marianas de Jesús son milagros de la Providencia. La edad en que esos santos fueron todavía niños, es para el común de las almas el punto más reñido y peligroso de la batalla de la vida: las que no perecen en él salen gravemente heridas, y ¡cuánto tiempo de penitencia, cuántos dolores, cuántas lágrimas no han menester para cicatrizar sus llagas y mostrarse á Dios sanas y dignas de su amor y de su recompensa!

La niñez ha sido amada y santificada por Jesús; gustaba de que se le acercase: «Dejad á los niños que vengan á mí», decía á sus discípulos que los alejaban con aspereza, y añadía que el reino de Dios era para los que se asemejasen á los niños. Los discípulos representaban las cos-

tumbres antiguas respecto de la infancia, mal comprendida y peor tratada hasta que vino el Salvador á hacer de la inocencia, sencillez y pureza, los principales títulos para la admisión del hombre en el reino del cielo.

Y Jesús aún hacía más que complacerse en que los niños se le acercasen, pues quería que fuesen respetados.—¡Los niños respetados! ¿No basta que se los ame?—No, porque si ellos son imán de la ternura del corazón, tienen asimismo cierto derecho sobre la conciencia, fundado en su propia debilidad, en su inocencia é ignorancia, en sus necesidades morales y materiales, y, en fin, en las esperanzas que en ellos vinculan patria y sociedad. Sabido esto, no es difícil comprender la profundidad de las siguientes palabras de Cristo:

«El que escandalizare á uno solo de estos pequeñitos que en mí creen, mejor le fuera que colgasen á su cuello una piedra de molino y lo arrojasen con ella á lo profundo del mar.»

«Tened cuidado de no despreciar nunca á ninguno de esos pequeñuelos, porque os declaro que en el cielo sus ángeles ven sin cesar la faz de mi Padre celestial.»

He allí la ley del respeto á la niñez; cristianos, ¿cómo os atrevéis á quebrantarla?

Adán y Eva, cuando eran como niños, poseyeron el Paraíso; pecaron, dejando de ser niños

y lo perdieron. Su descendencia quedó sin derecho á él, y Jesús vino á devolvérsele; pero es menester que el hombre vuelva á la infancia, esto es, que se purifique y santifique, renuncie á todo lo que mancha y degrada su naturaleza moral y torne á ser perfecta imagen de Dios.

«La infancia explica al hombre», dice un autor francés; y esta frase sugiere muchas reflexiones. Prescindo de ellas aquí, porque tengo de limitarme á mi tema; hágalas el lector si gusta y puede, y le anuncio desde luego que le rodeará grata luz de cristiana filosofía.

¡La juventud! y ¿qué diré de la juventud? Quien no siente simpatías por ella, quien no la ama y considera, da idea poco favorable de las condiciones de su alma y corazón.

En la juventud acaba la suave luz de la vida que inunda la niñez, y arde el sol de las pasiones en toda su plenitud; muere el céfiro de la mañana y sopla el aquilón del medio día; el arroyo es transformado en torrente. La juventud no conoce compás ni medida para nada: ¿cómo ha de conocerlos si es una embriaguez continua y la fiebre de la razón? (1) Pero ¡qué irresistible es la vivacidad de su afecto! ¡qué sincera su generosidad! ¡qué espontánea y absoluta su abnegación! ¡con qué fácil vuelo se encumbran sus

(1) La Rochefoucauld.

ideas sobre las pequeñeces y miserias de la tierra! y cómo hasta sus ilusiones y delirios llevan cierto sello peculiar suyo que los hace gratos y seductores á las demás edades.

La juventud es toda amor, esperanza y locura; el amor le da poder, constancia la esperanza, audacia y temeridad la locura, que á veces la arrastra lejos de lo justo y honrado. En la juventud se traba aquella guerra civil entre la razón y las pasiones (1), de cuyo desenlace depende la suerte de la edad viril y la vejez.

La juventud es toda poesía; pero su pensamiento, que tanto gusta de las regiones de lo ideal, cae con frecuencia tristemente arrastrado por el peso de las pasiones que tienden á lo material y terreno. La poesía para vivir y triunfar necesita de la alianza y armonía del pensamiento, rey de la cabeza, con la pasión reina del corazón.

La juventud es toda vida y entusiasmo. Créese dueño absoluto de estos dos tesoros y abusa de ellos: gasta la vida sin temor y el entusiasmo sin prudencia.

Niñez y juventud necesitan enseñanza y dirección. Yerra quien piensa que la educación queda perfecta al cerrarse el tiempo de la infancia. En este tiempo se aseguran los cimientos y

(1) Pascal.

elevan los muros del edificio; en la juventud se le da remate, amuebla y adorna. Cuando aquéllos han sido mal construídos, es difícil el remate: no admiten peso para el cual no han sido preparados, y la fábrica se viene al suelo.

La educación es fácil en la niñez, con tal que los encargados de ella empleen tino y prudencia: á un niño se le guía con riendas de seda, y se le limpia de los defectillos inherentes á la edad como de polvo el vidrio, con sólo pasarles la suave esponja de la reprensión paternal, y á veces sin más que oportunos consejos y el constante buen ejemplo. El excesivo mimo, la falta de cordura en dar cebo á los caprichos, la necia tolerancia de las faltas, por leves que sean, con que un chicuelo va demostrando su índole propensa al mal, van transformando ese polvo en lodo, y llega á ser difícil limpiar el vidrio.

La dureza es mala con los niños: detesto á esos padres brutales que piensan, en materia de educación, hacerlo y conseguirlo todo con el látigo. No puedo perdonar todavía á cierta madre que al llevar á su hija á la escuela, presentó á la maestra un azote adornado de cintas y lazos, como quien le decía: Sustituya usted esto al método, al tino y la paciencia. Pero es mucho más nociva la dureza cuando se la emplea de sobresalto, después que se ha dejado crecer al niño en medio de condescendencias y adulaciones, y sin

oponerle obstáculos ni reprensiones de ninguna clase: tal proceder exacerba su ánimo, aviva su orgullo y da firmeza al vicio ó defecto que se pretendió extirpar. El niño consentido y mimado llega á persuadirse que no hay autoridad que pueda ni deba oponerse á su voluntad; sus caprichos toman vigor y vuelo extraordinarios, y cuando halla una mano que le reprime repentinamente, el orgullo y enojo, superiores casi siempre á su edad, le llevan al empeño de obrar con arrebato en todo cuanto suele hacer con absoluta libertad: opone fuerza á fuerza, se ingenia arbitrios para salirse con la suya, hermana la astucia con la violencia, y al cabo en este choque el carácter del pequeño déspota adquiere nuevo temple en vez de doblegarse.

Sin embargo, en medio de tamaño mal el niño presenta asideros á la esperanza: puede alcanzarse su corrección: el hacerle penetrar mañosamente la belleza y dulzura de la virtud, la deformidad y daños del vicio, lo feo y terrible de la deshonra, suele traer buenos resultados; pero tratad de alcanzar la conversión de quien ha llevado á la juventud los vicios que entre flores y miel germinaron en la infancia, ó que adquirió entre las ráfagas de fuego de aquella edad, y á fe que habréis emprendido cosa imposible para esfuerzos puramente humanos.

La niñez suele viciarse y corromperse gra-

dualmente, y en tanto no ha llegado el mal á cierto grado de intensión, remedio admite. La juventud no así: la corrupción suele venirle con la rapidez que la putrefacción al cadáver en los climas ardientes y húmedos: en ocasiones basta un día, menos de un día; una hora basta para que pierda todo el tesoro de inocencia y virtud de una niñez bien dirigida, y le pierda para siempre, á no ser que sobrevenga especial auxilio de la gracia de Dios. Juzgo que tal diferencia proviene de que el niño recibe el germen del vicio y le deja desarrollarse y crecer; pero el joven, á quien no bastan ya las sencillas distracciones de los primeros años, ayuda á aquel desarrollo y crecimiento. Poned cualquier líquido á un elevado grado de calor, y hervirá; así también es imposible que no hiervan las pasiones al fuego del corazón del joven, cuando ha perdido el elemento moderador de la moral y la religión. De la pasión al vicio no hay más que un paso; del vicio al delito ó al crimen, otro paso. En el joven, á la exuberancia de fuerzas vitales corresponden la exuberancia de sensibilidad, la vehemencia de los deseos, el vigor de la voluntad; sus necesidades, así en el orden físico como en el moral, rechazan siempre toda moderación y templanza: no le habléis de que es preciso satisfacer esas necesidades con el uso de lo que han menester, pues os contestará prácticamente lan-

zándose en el abuso. Con tales condiciones, dígase si el germen de cualquier vicio, fecundo por sí mismo, tardará mucho en llegar á ser el soberano del corazón del joven.

Para la juventud corrompida las lecciones de la moral son inútiles, la filosofía palabra sin sentido, la fe lámpara muerta, mudo el buen ejemplo y estéril el castigo. Y ¡qué horrible cosa para un padre ver que el hijo ha llegado al extremo de corrupción en que es inútil todo remedio! ¡en que le ve dado á la embriaguez, al juego, al ocio, á la lascivia, degenerado en su inteligencia, inmundo de corazón, insensible á la vergüenza y desnudo de todo sentimiento de honor y dignidad! ¿Puedes imaginar, lector mío, las angustias y tormentos del corazón de ese desventurado padre? Difícil es; pero recorre la siguiente carta; recórrela despacio, medita sobre su contenido, y si no sientes estremecido de espanto tu pecho, de mármol le tienes:

«¡Mi hijo! todavía pronuncio este dulcísimo nombre, querido amigo: ¡mi hijo! ¿Qué impresión de ternura y desagrado siento al mismo tiempo al pronunciarle? Amor, esperanza, aura de vida que rodea mi corazón, fundamento de mi dicha, origen de mi orgullo, todo fué mi hijo; ¿y ahora?... ¡Oh! compadézcame usted, compadezca á este padre que encierra en su pecho toda la angustia y desesperación de un condenado!...

pero no, no me tenga compasión: ¿la merece por ventura quien tiene la culpa de su propia desgracia? Yo aleccioné á mi hijo en el vicio unas veces con el ejemplo, otras con la tolerancia, y en ocasiones con el aplauso. Sus palabras y acciones cuando niño, revelaban con frecuencia su propensión al mal, pero eran para mí otras tantas gracias y muestras de viveza que me encantaban; cuando comenzó su juventud, aquellas pueriles manifestaciones de un corazón que se inclinaba al vicio iban tomando carácter más grave y alarmante; pero juzgábalas yo cosas propias de la edad y que fácilmente se corregirían con solo el transcurso de los años. ¡Qué necedad la mía! el tiempo ha transcurrido y usted conoce á mi hijo: está perdido, y perdido sin remedio! La gangrena que prendió en su alma y que debí cortar en cuanto se mostró, no ha dejado en ella punto sano. ¡Oh cuán tarde he abierto los ojos sobre su suerte y la mía! ¡cuán tarde, y sólo para ver el profundo abismo á que ha corrido desbocado, para verle precipitarse en él, y luchar por detenerle, y no poder, y desesperarme, y sentir el retorcerse de mi corazón como un precito que sabe que su mal no admite reparo y es eterno! ¡Pobre hijo mío! los vicios han llegado á ser ya una como necesidad de su naturaleza; él mismo quisiera también sacudirse de ellos, y no puede: conoce su te-

rrible desgracia y la imposibilidad de combatirla: aquella funesta necesidad tiene el invencible peso del destino, y superior á toda la fuerza de su razón y á todo el ardor de sus buenos deseos, le tiene completamente vencido y postrado; parece haber escrito en lo íntimo de la conciencia del infeliz, su sentencia en una sola palabra: ¡imposible! Yo también la veo escrita en la mía: ¡imposible! El mal está consumado, no tengo hijo que realice mis ilusiones y esperanzas, que enaltezca mi familia, que dé lustre á mi nombre; no tengo hijo para la patria, no le tengo para Dios: he criado un corazón para depósito de inmundicias y un alma para presa del infierno... ¡Oh! ¡qué escena la de ayer! Yo, por conveniencia personal y como un medio de atraer á mi hijo á camino de salvación, he hecho un esfuerzo heroico y he mudado de costumbres (no había llegado, es verdad, al extremo del vicio que hace al hombre insensible al llamamiento de la gracia). He refrenado, pues, mis pasiones, he sujetado á orden mi conciencia, he subordinado mis pensamientos y acciones á las reglas de la moral evangélica; me he constituído luego en misionero para con mi propio hijo: le he buscado con infatigable tenacidad en todos los caminos de perdición, le he predicado con la palabra y el ejemplo, he empleado toda la dulzura del amor paternal

y hecho uso con prudencia de los resortes de la autoridad que Dios me ha dado sobre él; no he olvidado ningún arbitrio para dispertar la llama de su inteligencia, avivar en su pecho el fuego de las nobles pasiones, tan poderosas en la juventud y muchas veces origen de elevadas virtudes, hacerle avergonzar de sí mismo, hacerle orgulloso ya que no virtuoso, pues el orgullo es, á lo menos, resguardo de la honra. ¡Inútiles tentativas!... Ayer, después de largos días pasados en toda especie de desórdenes, vino á casa y se encerró en su aposento. Fuíme á verle, y ¡cómo le hallé! ¡oh Dios mío! ¿ese era mi hijo? La belleza, propia de sus veinte años mal cumplidos y debida asimismo á los raros dones corporales de que le dotó Naturaleza, había desaparecido devorada por la lascivia, la crápula y las vigilias del garito; la muerte de sus prendas intelectuales estaba asomada á sus ojos sanguinolentos y opacos; por sus labios, secos y agrietados por la fiebre del vicio, se escapaba la fetidez de la podredumbre del alma. De los míos, pálidos y trémulos, acertaron á salir frases elocuentes: hablaban el amor y el dolor; parecía que en mis palabras salían pedazos de mis entrañas; vino el llanto en auxilio de mis supremos esfuerzos; hice más: caí de rodillas y abracé las de mi hijo; sentí que temblaban; abrí mis ojos y hallé los suyos arrasados de lágrimas.

Una ráfaga de esperanza penetró en mi espíritu y lo reanimó: todavía hay sensibilidad en ese corazón, pensé, luego todavía hay remedio... ¡Ilusión!—Padre, me dijo en voz ronca, conmovida y confusa, padre, cuanto usted me dice es indudablemente cierto; lo es también que sus quejas y su llanto son justos; pero... esta vida que llevo... esta vida arrastrada é infame... ¡oh! es mi vida y no puedo dejarla! Siento dentro de mí un ser extraño que me agita, me vence, me domina; es el demonio del vicio que ha reemplazado á mi alma. Yo no tengo alma; años ha que la perdí; si la tuviese podría usted mantener esperanzas de regenerarme; sólo me anima un soplo infernal que me hace desear placeres, cualesquiera que sean, embriaguez constante, murmuración, detracción, desórdenes, impresiones violentas y aturdimiento. ¿Sabe usted lo que nos conviene á los dos? Que usted deje las predicaciones y lloriqueos y me olvide para siempre. Yo no soy su hijo: ¿qué tengo, desde hace mucho tiempo, de hijo de usted? Soy perdido para usted como para la sociedad y para Dios. Olvídenme Dios, la sociedad y usted; si les place maldíganme; pero no se opongan al torrente de la fatalidad que me arrebata.—Al terminar estas horribles palabras se deshizo violentamente de mis brazos, salió y desapareció. Sólo oí que al descender la escalera sol-

taba una estrepitosa carcajada; era, sin duda, el demonio que reía en mi hijo después de su último triunfo. Quedé mustio y helado. Tras aquella espantosa carcajada me pareció que sonaban en torno mío la voz airada de Dios que me pedía el hijo que me había dado para que le condujese al cielo, la voz de la sociedad que me reclamaba uno de sus miembros, la voz de la patria que también me le pedía, la voz de la familia que igualmente me preguntaba por él, ¡y no eran sino los gritos de mi corazón atormentado por la conciencia!»

A estas frases síguense en la carta otras más desesperadas y hasta impías, que no copio, lector, porque sé que no te agradarían, y porque bastan las que acabas de ver para materia de larga meditación.

Pero no he de terminar este artículo sin añadir una reflexión más acerca de otra fuente de corrupción de la juventud—la política, ó más bien el abuso de la política.

Bueno es que los jóvenes la estudien, conozcan y tomen parte en ella. Especialmente en naciones como la nuestra, regidas por el sistema republicano, y en las que todos tienen necesidad y deber de concurrir á la formación del gobierno, á la defensa y conservación de las instituciones adoptadas, y á promover por todos los medios legítimos y honrados el adelantamiento mo-

ral y material del pueblo, la juventud tiene que lanzarse temprano á la vida pública y activa: su indiferencia ó apatía serían censurables. Las virtudes cívicas como las religiosas se forman y desarrollan con la práctica; de aquéllas, cuando viven tan sólo al calor poco activo de la teoría, puede decirse lo que el apóstol Santiago decía de la fe: *Fide sine operibus mortua est.* En efecto, patriotismo sin obras, es patriotismo sin vida. Hay más: la virtud religiosa, cuyo principio y fin están en Dios, puede encerrarse entre cuatro paredes ó habitar un desierto, en tanto que la virtud cívica halla sus elementos vitales donde hay sociedad, intereses comunes y recíprocos, libertad bien entendida, y movimiento y actividad emanados de ella.

Esta virtud llega á tener en los jóvenes el arrebatado entusiasmo de la pasión, y los lleva á emprender y coronar grandes y árduas empresas, casi siempre superiores á las fuerzas del ánimo y la voluntad, gastadas por los muchos años y el continuo tráfago de la vida. Si la política en manos del despotismo es esclavitud y muerte, el patriotismo de la juventud es temible para los déspotas. Pero éstos no siempre comprenden el peligro de tener en contra suya tal patriotismo, ó bien le toman por una de las fuerzas comunes de la oposición, en lo cual padecen tamaño error: la fuerza de la oposición, en la que entra como

principal elemento el vehemente amor patrio de la juventud, comparada con la fuerza de una oposición en que ese elemento es secundario, es como la dinamita comparada con la pólvora común. Cuando los déspotas comprenden aquel peligro, suelen volverse enemigos de la juventud y tratar de aplastarla; pero la violencia suele también hacer crecer muy pronto la cabellera del Sansón de la humanidad, y cuando éste sacude las columnas del palacio, ¡ay de los filisteos! Otras veces, ¡diabólica astucia! no la aplastan, sino que la corrompen rodeándola de halagos y seducciones, y entonces sí es bien difícil salvarla: el Sansón postrado por la corrupción no se rehabilita jamás, y si le quedan algunas fuerzas, á fe que no las emplea en derribar palacios de filisteos, sino en despedazar leyes y ayudar á los enemigos de la patria en su obra de destrucción. El despotismo que corrompe, es más temible que el despotismo que mata. Jóvenes, entre el cadalso á donde podáis subir con la virtud entera y la honra inmaculada, y el festín de un tirano al cual se os invite y debáis concurrir, sin honra ni virtud, no cabe que vaciléis: ¡al cadalso!

Pero no solamente el despotismo corrompe la juventud y le desnuda de todo carácter de nobleza, de todo patriotismo abnegado y fecundo, y la arrastra al deshonor y á la vileza; corrómpen-

la asimismo algunos demagogos, jefes de partido, que buscan en ella poderoso apoyo, más que para hacer triunfar ideas y principios, para llegar al logro de planes de ambición personal. Las épocas de nuestras luchas domésticas, bien se muestren con el carácter pacífico del ejercicio de un derecho, como las elecciones, bien con el de revolucionarias, en las cuales casi siempre todo derecho es atropellado, son principalmente las épocas de perdición para los jóvenes. Tomando parte en esas contiendas pueden lucir su talento, virtudes cívicas, actividad y valor; pueden hacer su estreno en la política, aplicándola á su objeto, cual es el bien de la patria; pero la egoísta ambición de los que, constituídos jefes de bando, los dirigen, llévalos como atraillados y por torcidas sendas al punto que les conviene. Entonces se aumenta la actividad de la prensa y en su febril delirio echa á volar las doctrinas más erróneas y absurdas, arroja lodo al más legítimo mérito, búrlase de la moral, y las cosas más santas son por ella menospreciadas y denigradas; entonces se establecen sociedades patrióticas, democráticas, ó de otros nombres pomposos, en cuyo seno se encienden y atizan pasiones diabólicas y urden planes impíos y bárbaros; entonces se dispiertan odios antiguos y surgen otros nuevos, y las innobles venganzas hallan medios de saciar su hambre, y todas las mi-

serias del corazón y del alma creen oportuna la ocasión para mostrarse á la luz del medio día audaces y desvergonzadas; entonces los charlatanes, á guisa de misioneros del embuste y la mentira, andan catequizando jóvenes, embaucando menestrales y obreros y reclutando mozos hasta en los cortijos, para llevarlos á las mesas electorales ó á los campos de batalla, á que prostituyan su conciencia ó derramen su sangre sin saber por qué ni para qué. Por supuesto, en estas fiestas de la ambición y la locura, que no siempre del patriotismo, que así celebran los agentes de gobiernos sin conciencia ni honor, como la turbulenta demagogia, se hace tomar parte á la juventud; sin ella serían fiestas descabaladas, frías, infecundas. ¡Oh, qué triste es ver perderse en agraz las esperanzas de la patria!... Los jefes de partido, los gobiernos en los cuales me ocupo, no ilustran á los jóvenes á quienes toman por instrumentos de sus manejos políticos—los ciegan; no los guían—los precipitan; no tratan de hacer de ellos ciudadanos honrados y virtuosos—bástales convertirles en agentes serviles que coadyuven á la consecución del objeto tras el que andan solícitos y fatigados. Conocen que la juventud es naturalmente inclinada á los placeres, y á ellos la impelen, aunque sean de los opuestos á la moral. Saben que gusta de ilusiones, y la rodean de cuanto puede fo-

mentarlas, no obstante que las ilusiones en política son en toda ocasión perniciosísimas. Cónstales que las ideas de libertad hallan en su seno fácil incubación, y se las confían sin enseñarle á discernir la libertad verdadera de la licencia que le roba sus atributos y la suplanta en el mundo. Hemos conocido demagogos que han arrastrado á los jóvenes hasta las aras de Baco, y en medio de indecentes orgías los han incitado al delito y á la depravación: los hemos visto rodeados de ellos recorrer las calles derramando miedo y escándalo, ahuyentando á la gente pacífica y honrada, y vitoreando la libertad que en ese mismo acto bárbaramente ultrajaban.

Y ¡cuán pocos son los jóvenes que, después de haber descendido por aquel despeñadero, por culpa de ciertos jefes de bando, se han levantado avergonzados y arrepentidos, y han buscado rehabilitación labrando méritos tanto más apreciables cuanto más difíciles y caros á causa de un pasado nada favorable á la virtud y al honor.

¡Oh! befa y maldición de parte de la sociedad para los corruptores de la juventud!

VII

FUERA DE CASA.—VARIOS GRUPOS

Nos hemos atrevido á penetrar en lo que se llama, á veces harto indebidamente, santuario del hogar, y hemos hallado cosas que no tienen nada santo, ni siquiera medianamente bueno. Si algunos hogares de los que hemos visitado merecen tal nombre, tengo para mí que no es en sentido cristiano; pues ¿cómo ha de serlo si está allí derribada la cruz, apagada la lámpara de la fe y holladas las virtudes? Llámense templos de Momo, de Baco, de las Euménides, de la Discordia, según los casos, y se estará en lo cierto.

Ahora vamos á dar unas cuantas vueltas por plazas, calles y paseos, buscando, á la luz del sol, los efectos de la escuela doméstica; nos los enseñarán sus alumnos quieran que no quieran; pues ¿por ventura lo que se aprende del zaguán

adentro, sea bueno ó malo, ahí se queda encerrado? Si bueno, afuera se viene cual humo de exquisito sahumerio; si malo, en público nos invade como las emanaciones de una curtiduría ó de una cloaca.

—¿Adónde vamos?—Nos hemos puesto camino de la *Alameda*, y ¿qué cosa mejor podemos hacer que irnos á ella?

—Pero mire usted, íbamos á dejar pasar desadvertidos esos niños y niñas que en animado y pintoresco grupo digno de Murillo ó de Correggio, vienen por ahí.

—Yo diría, al ver sus angelicales rostros, no solamente que son dignos del pincel de esos insignes maestros, sino que parece acaban de alejarse de Jesús que los atrajo con su dulcísimo *sinite parvulos venire ad me*, y les colmó de bendiciones.

En efecto, ¡qué lindas y simpáticas criaturas! Vestidas con aseo y modestia, no las pueden reclamar para sí ni el lujo corruptor ni el repugnante desaliño; en sus frescos y rosados rostros se reflejan la pureza del alma y la alegría del corazón; parece que rodea sus cabezas aureola de inocencia, que sus negros ojos despiden luz de pudor, que sus labios animados de encantadora sonrisa van á decirnos algo del cielo. Su andar tiene los movimientos del arroyo que se desliza por suave declive; su mirada

se dirige con franqueza á las personas que las hablan, y no huye inquieta y sesga cual la de quien teme revelar en ella secreta culpa; sus palabras, sin carecer de viveza y animación, son concertadas y no exceden hasta rayar en fastidiosa charla, cosa á que la niñez es muy ocasionada cuando no hay quien la dirija bien. Esos niños modelos se prestan mutuas atenciones sin exageración y frecuentemente dan muestras del amor y armonía que reina entre ellos; saludan á sus iguales sin cortedad y con amables y naturales maneras, y con respeto á las personas de mérito por su saber ó virtudes; abren paso al anciano, no menosprecian al pobre ni le atropellan. Ellos van también camino de la Alameda, como nosotros; sus padres han querido que vayan á recrearse allí. El sol poniente arroja desde las cimas del Pichincha sus postreros vivísimos rayos, y las torres del magnífico Observatorio astronómico tienden sus prolongadas sombras sobre los jardines del lado occidental. Los cedros de la avenida *del centro* dan asimismo las suyas sobre otros árboles menores, y reciben al pie de sus troncos las de los que tienen delante. Bajo uno de aquellos cedros rodeados de bancos de fresco césped se detienen nuestros niños; allí ó en las avenidas inmetas saltan, corren, gritan con la libertad y soltura de ánimo y de cuerpo necesarios á su edad, y

que no es posible gocen completas en el encierro de la ciudad. Campo, árboles, agua, sol, aire puro, retozos, gritos, todo eso necesita la infancia, so pena, en caso contrario, de verla flaca, pálida, triste y expuesta á sucumbir á cualquier enfermedad, por leve que sea. Fatigados y sudando por el saludable ejercicio, toman los niños la vuelta de su casa, y una vez en la ciudad, recobran sin esfuerzo su anterior compostura. La libertad y la travesura se han quedado tras el portón de la Alameda; dentro de casa volverán á encontrarlas, aunque no tan expansivas como sobre la grama y bajo los árboles del paseo. Durante éste su porte ha sido tal, en decir de su conciencia, que se presentan satisfechos á sus padres, sin temor de que el viejo criado que los acompaña ni los amigos de la familia, con quienes se encontraron, los acusen de ninguna falta contra la virtud ó la urbanidad.

Pero ¡qué casualidad! por ahí asoman unos dos hijos de Homobono. Hoy han salido de casa temprano para concurrir á la aula de gramática: así lo dijeron á su papá; mas lo cierto es que sólo han concurrido á jugar bolas y cruces con una docena de desarrapados pilluelos en calles algo apartadas, ó han pasado largas horas en la misma compañía, saltando tapias, hurtando frutas ó apedreando á las pa-

lomas y los gorriones en los tejados. Cansados de tanto *estudio* van ahora á solazarse en el paseo. ¡Feliz resolución! necesitábamos un toque de sombra bastante obscura para que resaltase mucho más el grupo de niños que acaba de deleitarnos.

Los Homobonitos son una maravilla; ¿no crees, lector, estar viendo en ellos un par de *sans culottes* en almácigo? Desgreñados y sucios de pies á cabeza, el sombrero ladeado sobre un haz de enmarañados cabellos, los botines, rotos y torcidos como cuernos, se van por el centro de la calle á paso acelerado y batiendo los brazos cual si fuesen aspas de molino de viento. En su rostro destituído de toda gracia infantil, está pintada la insolencia; sus ojos que persiguen con sesgos vistazos á las personas que encuentran al paso, revelan pensamientos culpables; la prematura malicia les ha prestado sus siniestros fulgores; sus labios son ya canales por donde corren libres la blasfemia, la injuria y los vocablos obscenos. Dirígense también á la Alameda; han dado sopapos á varios chicos del pueblo, complaciéndose en verlos llorar; á la entrada del paseo dan un empellón á una mujer, silban al oído de un anciano y le dirigen una torpe interjección, y con el césped húmedo que arrancan al paso, echan al suelo el sombrero de un joven que no repara en los

imberbes diablillos. Ya están dentro; tiran piedras á los árboles, tronchan unas flores, derriban un seto... La devastación siguiera adelante, si dos agentes de policía no se apresuraran á sacarlos á la calle, no sin murmurar á una:—Estos hijos de D. Homobono son una peste; ¿qué hará el viejo de Judas que no los corrige con una soba por la mañana y otra por la tarde? ¡Cáspita! de buena gana le diéramos á él la azotaina que no gusta de dar á estos mal criados!

—¿Y esas niñas?

—¿Quiénes son?

—¿No las conoces? Fíjate un poco en ellas; no ha mucho estuvimos en su casa.

—No van mal vestidas; pero ¡qué amarillas y rostrituertas! ¡qué mogigatas! Andan con el paso tímido é irregular de las raposas y miran con mal disimulada curiosidad por el vértice del ojo por no volver la cabeza á un lado ú otro. A esas niñas les han quitado la modestia y trascienden á hipocresía. Quisiera ponerles corbatín de vaqueta como á reclutas, para obligarlas á tener el rostro levantado.

—Y ¿todavía no las conoces?

—¡Ta, ta! ya estoy: ¿no son las hijas de don Severo?

—Las mismísimas. Pero lo dices porque has visto á diez pasos detrás de ellas al viejo con su

mujer. Ambos observan los más insignificantes movimientos de sus hijas, y echan también vistazos á los extraños que se detienen un momento á mirarlas; creen que éstos van á hacerlas pecar, y se estremecen, y se espeluznan y hacen gestos de disgusto. Vueltos á casa, difícil es que no hallen motivo para un santo sermón y una saludable felpa.

—¡Pobres chicas! ya van tocando á los umbrales de la peligrosa pubertad; cuando los hayan pasado ¿qué será de ellas?

—¿Qué? si llegan á casarse han de ser malas esposas y madres pésimas; si se meten en un monasterio, monjas renegadas; si ni uno ni otro, y se libran de las seducciones del mundo y no dan en la vida airadá, lo cual será milagro, ten por seguro que han de llegar á ser del número de aquellas pobres mujeres que viven royéndose de envidia las uñas y destilando hiel por ambos colmillos.

¿Quieres ver otras muestras de la escuela doméstica á la diabla?—Sí, por cierto.—Alza tus pecadores ojos á ese balcón: allí están los dos jovencitos hijos de don Braulio de las Luces. Es preciso que el público sepa cuán amantes son de la lectura y cuán ilustrados, y el uno tiene un libro en la diestra, en tanto que con la otra mano, arqueado el brazo, se apoya en el antepecho del balcón; su hermano, arrimado de espaldas

en el larguero de la puerta-ventana, hace como que recorre un periódico. Apuesto diez contra uno á que libro y periódico son malos. Pero sean éstos lo que fueren, estudiemos aquellos tipos—aquel tipo quiero decir, pues si bien está dividido en dos, es uno solo su carácter, uno su instinto, uno su pensamiento, una su pedantería, una su vanidad; y una sola es también la antipatía que infunden en el ánimo de quien los observa. Son hijos de dos ventregadas, y no obstante parecen dos gemelos de alma y corazón. Ya hemos visto las lecciones que han recibido y reciben del padre y sus amigos; esas lecciones bien aprovechadas lucen muy más fuera de casa que dentro de ella. Cada uno de esos jóvenes se cree tan adelantado en materia de instrucción, que á la vuelta de un año nada tendrá que aprender, y sí mucho que enseñar. Para el caso piensan fundar un periódico. Y no será, por cierto, el primer periódico que tengamos barbilampiño, hablador de cosas que no sabe, con sus arrebolillos de libre pensador, maziniano y garibaldino, y asaz chinchosillo y fastidioso por dentro y fuera, de pies á cabeza y del pecho á la espalda. Esas *ilustraciones* del país, deleite de don Braulio, carecen, sin embargo, de retorcidos bigotes y de la frente un tanto calva; ¡qué lástima! Con todo, el pecho levantado, la siniestra mano de revés en la cadera y en la diestra un papel con letras

de molde, fruncido el entrecejo, anteojos sujetos de un cordoncillo cuyo cabo remata en el ojal del chaleco, cigarro de á tercia entre los dientes,... todo esto ¿no suple bastante aquellas faltas y da aspecto de sabios á cualesquiera muchachos? ¿y no suple además, (y aquí está lo mejor), por la despejada inteligencia y por todo lo que no se aprendió en el colegio ni en la universidad? ¡Cómo no ha de suplirlo! Lo más notable de este siglo de las luces, es que las adquirimos sin gran trabajo, á las veces sin que las busquemos; llevamos en nuestra naturaleza cierto poder mágico, ó hablando lenguaje vulgar, cierta brujería que trueca en resplandores hasta las mismas tinieblas que nos rodean. En ocasiones aquel poder está en la ropa y en los remilgos. Pocos han probado estas verdades más lucidamente que los chicos Braulios. Parece que, si Sócrates solía repetir: Todo lo que sé, es que nada sé; ellos gustan de decir alzando la frente con grande orgullo: Nosotros sabemos que lo sabemos todo. Y así debe ser, y de allí proviene, entre otros privilegios de que gozan, eso de mirar á todo el mundo con soberano desdén, y de no prestar ni la más leve atención al mérito, ni tocarse siquiera el sombrero, cual suele usarse en tiempos de urbanidad, en señal de acatamiento á la vejez honrada y digna, al sacerdocio ilustrado y virtuoso, á la autoridad me-

recida, al saber laborioso que se emplea en provecho de la patria, á la noble virtud de la matrona, á las prendas morales de la señorita.... Puede usted encerrar en sí muchos títulos que le hagan acreedor á las consideraciones de sus compatriotas; mas de nada le servirán ante la majestad de esos muchachos, en cuyo cerebro se les ha encajado toda una Minerva con más facilidad que salió de la cerviz del padre de los dioses.

Por Dios, amigo, baja la vista de ese balcón antes que se te ponga la bilis como cabeza de negro: ¿no sientes que se te va encrespando? ¡Oh! baja la vista, te digo, y para refrescar la sangre pon atención en aquel jovencito que asoma por ahí. Es hijo de familia distinguida por su honradez y virtudes; inteligente, estudioso, de creencias religiosas ilustradas y firmes, no es menos estimable asimismo por su moralidad austera, su modestia sin sombra ninguna de simulación y sus maneras á un tiempo cultas y desenfadadas. Le he visto en los actos públicos del colegio arrebatarse los primeros premios y ser aclamado entre los mejores; le he visto en la Universidad conquistar honrosos diplomas, después de haber conquistado el aprecio de sus profesores y la simpatía de sus condiscípulos; he visto también al padre derramar lágrimas de gozo al presenciar los triunfos del hijo. Y este

joven lleno de tantos méritos, duda si los tiene; posee conocimientos nada comunes, y piensa que nada sabe, que es inmenso el campo de las letras y ciencias que tiene de recorrer, y que es deber ineludible en él estudiar con afán y tesón inquebrantable. Obsérvale: ha pasado por bajo de aquel balcón en que hemos visto el par de figuras antitéticas, y éstas se han sonreído desdeñosamente al verle. Quizás ha nacido ese gesto de ver que nos ha saludado con atención, cediéndonos el paso con gracia nada afectada.

Y no pienses que no tenemos que hacer más hoy día con la familia del señor de las Luces; si tal piensas, engañado vas, pues sabe que sus hijas, que han pasado largas horas en otro balcón charlando y murmurando de cuantos y cuantas van y vienen por la calle, acaban de salir de casa con la mamá. Dicen que van á hacer de una vía cuatro cosas: comprar telas en el comercio, ver á la modista, pagar unas visitas y echar un paseíto. A fe de quien soy, no he de perderlas de vista, y conmigo te vendrás, lector amable, pues quizás tengamos algo de que reirnos.

Están en el almacén del señor N. Durante cien minutos, cada uno más largo que una hora, á juicio de los desdichados dependientes, ponen á prueba la urbanidad y paciencia de éstos, haciéndoles bajar y subir piezas de varias telas, y

desenrollarlas y arrollarlas de nuevo. Al fin cuatro criadas van tras la ama y las niñas hipando con el peso de las cachemiras, los ruanes, las gasas, pañolones, cintas, pasamanerías, etc. Y las *cholas* no llevan seguridad de descansar luego en casa: ¡quiá! si tienen de volverse con las dos terceras partes de lo que llevan, pues las bonitas Braulias saben entre otras gracias la de disgustarse en la casa de lo mismo que las agradó en el mostrador del comerciante, y por ende de devolvérselo, aunque trine, y zapatee y se tire de las barbas.

Del almacén á casa de la modista. ¡Pobre madama Chervaillant! sus parroquianas, que gastan confianza con ella, hojean la *Moda Elegante*, revuelven patrones y figurines, desdoblan, manosean y ajan la ropa de las perchas, se hacen tomar medidas veinte veces cada una, combinan cortes y adornos; opinan sobre esto, murmuran de aquello, charlan, ríen, gritan. Madama Chervaillant está aturdida, caricolorada, trasudando; hásele agotado todo su repuesto de zalamería francesa, y su habitual sonrisa apenas brilla ya intermitente como luz de lámpara que consume las últimas gotas de aceite. Al cabo las señoritas tienen que hacer unas visitas y se van. ¡Se van! Madama levanta ojos y manos al cielo y exclama—*¡Merci, mon Dieu!* Y volviéndose á sus obreras, que han errado más de una puntada á

causa de la visita, añade moviendo la cabeza y enjugándose la frente:—¡Oh! las petites Braulies mucho bonitas, pero mucho importunes, mucho fastidieuses! ¡Oh! que no venir más acá!

La tercera diligencia que las sacó de casa, y para la cual se arrebolaron y emperejilaron más que angelitos de nacimiento, hánla desempeñado con maestría: las visitas han sido como lo requerían las circunstancias. Las señoritas N. N., que, á fe mía, saben serlo de muy buena ley, pues son amables y delicadas sin afectación, no hablan demasiado, porque son verdaderamente ilustradas, y en nada se les puede tildar de vanidosas, pues uno de los tesoros de su alma es el buen juicio; esas señoritas, digo, no son para detener junto á sí á gente frívola y de lengua con exceso movediza: las niñas de las Luces se están con ellas tan cortos momentos, que ni cierto médico á la cabecera de enfermo pobre. Al salir del portón, como sus lenguas se hallasen algo más resbalosas que de costumbre con motivo del escozor causado por la ajena superioridad, traban este breve diálogo:

—¡Qué visita tan eterna! ya me iba fastidiando.

—Y ¿quién no se ha de fastidiar? ¿has visto jóvenes más frías ni más insulsas?

—Calla, si las infelices son unos bancos.

—No tienen ninguna educación.

—No saben nada.

—Son *chagras* á las derechas.

—Trascienden á campo de pies á cabeza.

—¡Jesús,, qué atraso! ¿se ha de tolerar que hasta la edad que tienen no hayan leído ni siquiera *El Judío Errante* ni *Los Tres Mosqueteros?*

La mamá cierra el diálogo, pues viendo con indecible satisfacción ya á una hija ya á otra, como quien no acierta á cual dar un tantito de preferencia, dice en voz de clarinete:—Ahí tienen ustedes, vidas mías, los frutos de la educación ordinaria y vulgar. Por la Vírgen Santísima, no me sean ustedes mogigatas y mudas: preséntense ante todo el mundo con la cara bien levantada, los ojos bien abiertos; sean vivas y alegres, conversen harto, ríanse duro, luzcan lo que saben, canten, bailen, no huyan de los jóvenes y déjense querer. Su papá y yo nos desvivimos por educar á ustedes a la *derneré* y hacerlas señoritas de mundo, que es lo único que vale en estos tiempos.

Las señoritas de mundo han entrado en casa de sus amiguitas *ZZ*. Con ellas sí ya es otra cosa: como las *ZZ*. son lo menos con un quinto inferiores á las Braulias, pueden éstas descerrajar las lenguas á mansalva y permanecer dos horas como dos minutos asombrando á aquellas bobaliconas. Pues mire usted si no son una maravilla: hablan de todo y hablan como veinti-

cuatro habladoras: picotazos á una señora, papirotes á otra; para este amigo una mentira que raya en calumnia, para aquél un elogio menos aceptable que una injuria; coscorrones á la historia, puntillazos á la geografía, zurribanda al arte. ¿Qué no? ¡bah! si no hay más que oirlas: Gengiskan hizo guerra á Pío IX; Prusia, capital de Pekin, tiene una torre edificada por Carlomagno; la *habanera* más bonita es obra del maestro Bellini; para probarlo la ejecutan á cuatro manos en el piano, y el pobre instrumento queda enfermo de resultas de la *brauliada*; pero las amiguitas *ZZ.* menos sensibles que su piano, aplauden á las artistas y confirman su antigua opinión acerca de ellas: son admirablemente educadas—educadas á la *dernière*, ó *derneré*, según la consabida mamá.

La última visita es para tía Mencia, inocente admiradora de sus sobrinas. Cree que las atrae el cariño filial que las ha infundido; pero no les ofrezca confites ni mistela siempre que van á verla, y... la beata se queda sin sobrinas. Aquí hay bastante charla también; pero la visita no dura sino lo que duran las *cosas secas* y la exquisita crema de almendras.

Última diligencia: el paseo. ¿Ves esas dos parejas que se van por ahí á paso de ataque? Las Braulias son. Cada una colgada del brazo de un Adónis moderno, va escuchando unas cosas y

contestando otras cosas... que no son para dejar madurar la inocencia y la virtud en juveniles corazones. ¿Ves esa señora que va á cien pasos atrás de las susodichas, la sonrisa en toda la cara, pues se sonríe hasta por las orejas, y jadeando, y limpiándose de cuando en cuando el sudor con el pañuelo bordado, y seguida sólo de una criada medio zonza que se mueve como un ganso y lleva abrazado el quitasol? Es la mamá. ¡Qué mamá tan excelente!...

Hasta mañana, amigo lector.

VIII

SIGAMOS FUERA DE CASA. — OTROS GRUPOS

La civilización moderna, para justificar los elogios que se le tributan, ha debido echar lejos de sí ciertos resabios y vicios que han sido feas manchas de otras civilizaciones pasadas de moda, y quedarse sólo con lo bueno que ha conquistado y va ganando aún en su carrera de combates y victorias diarias; pero es preciso convenir, con la venia de sus adoradores, en que es algo desjuiciada y no muy cuidadosa de las cosas que le convienen. De aquí provienen los varios cargos que le hacen á una religión, filosofia y buen sentido común; cargos que no contesta razonablemente. Acúsasele, por ejemplo, de haber erigido altares á un monstruo voraz y cruel, y de sacrificar en ellos el fruto del honrado trabajo y el bienestar de las familias; esto sin entrar en cuenta el funesto daño moral que esos

sacrificios ocasionan, porque ¿quién ignora que son fomes de malignas pasiones y corrupción de las costumbres así domésticas como públicas?

Ese monstruo es el lujo.

Se ha discurrido mucho sobre él; se le ha combatido vigorosamente; mas no le han faltado defensores. No hay que sorprenderse de ello: ¿acaso no los tiene también en la India el ídolo Jagrenat que despachurra bajo las ruedas de su carro á sus propios adoradores? El lujo, encastillado en la vanidad y el orgullo, triunfa siempre contra las poderosas armas de la razón y la moral, y sigue dueño del mundo civilizado, llevando por todas partes á su esposa, la caprichosa moda, y á sus deformes hijos, el despilfarro, la quiebra, el fraude, la miseria, el despecho, el desconcierto conyugal, etc.

Hay quienes, después de condenar el lujo en los pobres, han dicho que en los ricos es casi un deber. Los que tal dicen tienen sin duda sus razones más ó menos plausibles, pero á fe que no han de ser razones muy cristianas. Yo, que gusto de arrimarme á un criterio hijo de espíritu de caridad, pienso que el deber de los ricos es emplear su oro en aliviar las necesidades, cuitas y dolores de tanto infeliz como á cada paso hallan en su tránsito por este mundo. Nadie obliga al acaudalado poderoso á vaciar sus bolsas en el almacén de ricas telas, ni en la joyería, ni á dar

espléndidos festines, ni á colgar de sus ventanas cortinas de seda y oro y de sus techos arañas de magnífico cristal; pero Dios y la conciencia, intérprete de la ley de Dios, le obligan, bajo ineludible responsabilidad, á vaciarlas en el hospital, donde el dolor y la angustia han hecho su nido, y en el frío hogar en que la viuda y el huérfano padecen hambre y desnudez, y en la escuela donde se educan los niños del pueblo, casi siempre desvalido, y en las manos de la honradez y la virtud expuestas al peligro del vicio por falta de cristiano amparo, y en manos de la inocencia y la pureza, tras las que anda la prostitución cuando las ve acosadas por la miseria.

También la caridad tiene su lujo; pero lujo que se oculta de la luz del mundo y busca sólo la del cielo y la satisfacción de la propia conciencia. Ricos, gastad este lujo con la profusión que podáis, y seréis felices, no con la felicidad que da el oro, sino con la que labra el buen empleo del oro.

Dos jóvenes recientemente casados, ricos é idólatras del lujo, envueltos en seda y oro y resplandecientes de magnífica pedrería, se encuentran en la acera de una calle con una mujer desarrapada, flaca y pálida, quien más que con los labios les pide limosna con la expresión del angustiado semblante. Los esposos tienen asco de ella, y con gesto imperioso é insultante la orde-

nan alejarse y dejarles libre el paso. La riqueza consagrada al servicio del lujo, y el lujo enemigo de los generosos afectos, han corrompido esos corazones; el lujo ha devorado el pan que en toda justicia correspondía á esa hambre ambulante, y en vez de pan la ha dado un insulto; el lujo ha defraudado á esos jóvenes la íntima satisfacción de la práctica de un acto virtuoso.

La misma infeliz iba á pasarse de largo junto á una joven modestamente vestida. Esta, en vez de huir de ella, se le hace encontradiza, tócale la mano y le suelta al disimulo en la palma una gruesa moneda; de sus labios de rosa caen al mismo tiempo en el corazón que no en los oídos de la pordiosera palabras que valen más que la moneda. La joven es rica también; pero rechaza cuerda la vana satisfacción del lujo, que pasa dejando desabrimiento en el ánimo, y busca la de la caridad que deja en él permanente dulzura. ¡Mil veces bendita joven! el lujo de tu virtud hace sonreir y batir palmas á los ángeles. ¿Quién te enseñó tan piadoso y noble proceder? Tus cristianos padres. Y á esos otros jóvenes ¿Quién les dió lecciones de vanidad y dureza de entrañas? Sus padres, que no tienen de cristianos sino el recuerdo de haber sido bautizados. El ostentoso lujo y la humilde cruz son mortales enemigos, y quien quema incienso al primero, mal puede ufanarse de ser discípulo de la segunda.

Pero verdaderamente repugna más el lujo en las personas de medianos haberes, y hasta irrita en las pobres. Si los ricos sacrifican á la vanidad lo que en ley cristiana y en recta conciencia deben á la caridad, aquéllos se defraudan á sí mismos y labran de seguro la miseria de sus hijos. El lujo asesina el alma de los ricos, pero los pobres se suicidan con él. En el rico la vanidad es culpa; en el pobre es además ridiculez. En aquél se la perdona alguna vez; en éste nunca. Culpa con ridiculez arrastra infaliblemente al infierno del desprecio.

Esta mañana fuí á misa de diez á la iglesia de mi parroquia. Es preciso confesar que va paulatinamente desterrándose el lujo de las personas en el templo; señoras y señoritas van acostumbrándose á ir á él sencillamente vestidas de negro. Esta costumbre, á par de armonizar, á mi juicio, con la dulce y grave piedad católica, armoniza también con la cultura y virtudes sociales. Hay todavía, es cierto, quienes vayan á las funciones de Jueves Santo y otras solemnidades cual si fuesen al teatro y al baile; mas ya no es común, especialmente en la capital, ver escotes voluptuosos y colores chillones, más propios de arlequines que de señoras. Esas muestras de irreverencia que ofende á Dios y de mal gusto que provoca la murmuración de los hombres, van quedando como propias sólo de gente va-

na y no muy adelantada en buena educación.

Sin embargo, entre multitud de cabezas cubiertas de mantos negros como alas de cuervo, de pechos ocultos bajo honestos pliegues, de cuellos sin perlas y manos sin diamantes, hacíase notar en el templo un grupo de tornasolados colores y brillantes reflejos, como una montaña de seda cuajada de piedras preciosas: era la familia de doña Rosinarda. Esta buena señora cree que su familia estaría bajo cero en la graduación social, que no sería familia de gente, si no se presentara en templo, teatro, visita y paseo, esclava de la moda y ¡víctima del lujo. Parece que, en el sentir de doña Rosinarda, la inteligencia y el saber están en los copetes y rizos, y la educación y la virtud en los collares y pulseras y trajes de rasc chino cortados según los últimos figurines de París. Y, en efecto, si á sus bellas hijas y á ella misma se les quitaran los adornos del cuerpo, no tendríamos otras prendas que apreciar.

Doña Rosinarda no es rica, todos lo sabemos; pues ¿de dónde ó cómo tanto lujo? Ahí está el motivo de nuestra admiración. Se hacen comentarios, se echan cuentas, se murmura, se critica; pero todo termina sin resultado satisfactorio en uno como misterio y dejando en claro tan sólo la evidencia del lujo y vanidad que viven aferrados al cuerpo y al alma de madre é hijas. Estas nunca se han contentado con ser modestas flores,

y han querido mostrarse siempre luceros; ó más propiamente es la madre quien ha pretendido que esto sean y no aquello. Para conseguirlo más fácilmente les ha dado ejemplo en sí misma, satisfaciendo á un tiempo de este modo su propio deseo de lucir. Doña Rosinarda no quiere apearse de la constelación: ni la viudez, ni los años, aquélla no de ayer y éstos no escasos, han sido bastante poderosos para arrancarla de su cielo, y como las hijas se arrebola, y como ellas se hace rizos y echa promontorios en la cabeza, y como ellas rompe costosas telas, luce ricos pendientes, usa escote y manga que no alcanza á cubrir la cicatriz de la vacuna, y se descadera á meneos, entorna los ojos con languidez, se sonríe y enseña los dientes de marfil cuando, por casualidad, los pollos ponen los ojos en su (para ella) aún seductora belleza. Ya que no le es posible, ni por manera alguna le convendría, hacer subir á sus hijas á la altura de su edad, ella se baja al nivel de esas niñas. Quiere parecer su hermana, no su mamá, y nunca ha sombreado su magín el mal pensamiento de asentar el juicio ni de renunciar las alegres ilusiones de la juventud. Si se presentara un novio indeciso entre ella y una de sus hijas, de seguro que se le atrajera para sí.

Confieso que, á causa de doña Rosinarda y sus hijas, no oí la misa con devoción, así como tampoco la tuvieron ellas á causa de sí mismas;

¡qué! si todo era sangolotearse en sus reclinatorios y hacer esfuerzos por ser vistas y admiradas. Yo ¡pecador de mí! mientras tocaban Santos, tenía fijos ojos y pensamiento en las susodichas, y en tanto que el sacerdote comulgaba, hervía en mis labios el acíbar de la murmuración. Pero no ha sido todo el pecado mío: no se me ponga delante gente como esa, y, claro se está, soy otro cristiano.

Y, no cabe duda, como mi excitación no era así cualquier cosa, ni capaz de calmarse en un tris, una vez fuera del templo mi lengua se habría tomado bastante libertad; pero de tal pecado vino á salvarme un amigo de los más noticiosos y comunicativos que Dios me ha dado. Con ojos desortijados y brillantes y boca tamaña que derramaba malicia á borbotones, antes de decirme ni una sola palabra me anunció que tenía que contarme algo importante y nuevo.

—¿Ya sabe usted? me interrogó al fin.

—¿Qué tengo de saber?

—Los sucesos de anoche.

—¿Qué sucesos?

—Parece que ha pasado usted roncando en la luna, cuando no tiene noticias de las desgracias de don Plácido de los Gustos.

—He dormido en mi cama, pero le juro que nada sé. ¡Pobre don Plácido!

—Terribles cosas le han sucedido.

—Han de ser de aquellas que él se las busca, ¿eh? ¡Pobre señor de los Gustos! su conducta ¿es por ventura para labrar dichas?

—En efecto.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—¡Qué ha de suceder! Astolfito, el hijo del buen don Plácido, que le acompaña en las diversiones y el juego, ó los busca ya por su propia cuenta y riesgo; ese mancebillo de dieciocho años con más malicia que catorce viejos sobados por el mundo, y á quien su mismo padre le suelta pesetas en los bolsillos, y aun da botellas de *cognac* y de *anisado*, para que en las *parrandas* se desempeñe como joven de pecho levantado y digno de la sangre de los Gustos; Astolfito, digo, salía anoche del baile de botón gordo habido en casa de las N. N, tan famosas por lo airado de su vida como por las rosas gálicas que les revientan hasta por los talones; más que achispado, ebrio, turbios los ojos, torpes los labios y el cuerpo que no podía tenerse en su natural equilibrio, se encontró por desgracia con el estimable joven C..., á quien quiso obligar á echarse gaznate adentro media botella de *cognac*. Rehusó C...; insistió Astolfito; C... tornó á negarse á la barbaridad, y entonces el hijo de don Plácido le asestó con la botella tan fiero golpe en la cabeza, que le tendió sin vida á sus pies.

—¿Qué dice usted?

—Lo que usted me oye.

—¿Es posible?

—¡No lo ha de ser!

—¡Esto es horrible! Pero de un solo botellazo...!

—¡Qué! si le ha dejado los sesos como una papilla. Y no paran en esto las escenas de anoche.

—¿Puede haber cosa más grave?

—Júzguelo usted... la hermana menor de Astolfo y la más bonita...

—¿Ha hecho otra muerte?

—No, señor.

—¿Ha muerto la pobrecita?

—Algo peor que morirse.

—¡Acabe usted!

—Pues, señor, se ha fugado con aquel oficialillo de ejército, tan afamado por sus cotidianas pillerías y su corrupción, y que sin embargo era amigo y tertulio de don Plácido, y uno de los más ardientes promovedores de las ruidosas *tambarrias* de casa de éste.

—Triste cosa es la que usted me cuenta; pero no me causa ninguna sorpresa: en esto habían de parar las lecciones que don Plácido ha dado á su familia: ya tiene, pues, un hijo reo de homicidio y una hija lanzada á los abismos de la prostitución. ¡Pobres jóvenes! con otros padres que hubiesen sabido criarlos en la virtud y el

honor avivados y fecundados por su propio ejemplo, ¿habrían cometido estos crímenes? Sin duda que no. Y es muy de temerse que los demás hijos del señor de los Gustos sigan la misma ruta; en ellos la enseñanza de familia y la lección práctica que acaban de recibir difícilmente podrán ser estériles.

Fuí sin duda de los últimos en imponerme de aquella página de crónica escandalosa, pues no había corrillo en que no se hablase del homicidio y del rapto, añadiendo mil circunstancias inverosímiles, derramando venenosas mentiras, haciendo comentarios en que la honra, no sólo de los hijos de don Plácido, sino de otros jóvenes y señoritas era revolcada en el fango de la maledicencia. La maligna murmuración es como el incendio que, cuando no se le opone obstáculo, no se limita á destruir la casa en que primero se cebó, sino que devora las vecinas, y sus lenguas llevadas por el viento dan sobre lejanos edificios y los reducen á cenizas.

Pero comienzan á salir del templo las familias que han concurrido á misa; muchos jóvenes y niños, y muchos viejos entre ellos mezclados, como frutas arrugadas por el exceso de la madurez entre las tersas y verdes ó entre las que apenas han terminado su sazón, se apresuran á formar calle; por medio de ésta se ven obligados á desfilar infantiles *calzonarios* y talares faldas,

soberbios pañolones de burato y graves mantas de negro merino, modestas crenchas y encumbrados copetes, el pudor que baja la frente teñida de carmín, la coquetería que la yergue buscando conquistas, la dignidad que menosprecia las miradas de importunos curiosos, la indiferencia que se alza de hombros y va su camino cual si anduviese por un desierto. Los hombres cuchichean, se codean, dánse de ojo, señalan á esta ó aquella señorita con el dedo, y ni aun caen en la cuenta de que están haciendo papel de insignes mal criados. Las mujeres, unas tiran el borde del manto hasta cubrirse las narices, y salen veloces más que gato con sonaja de aquel callejón de Momos y Sátiros; otras por el contrario dejan caer con gracioso descuido el pañolón á la nuca y vuelven la cara á derecha é izquierda buscando salutaciones y contoneándose á paso de ganso; quien reparte sonrisas *gratis* á moros y cristianos; quien tiesa y doblada atrás como cimitarra turca y mirando sólo para delante se larga sin hacer caso de nadie; hay, en fin, no pocas que con oblicuos vistazos y mordiéndose los labios cual si temiesen adelantar en la calle la murmuración que ha de ser su regalo en casa, examinan de pies á cabeza á la señora zutana, á la joven fulana, á la niña perenceja, al mozuelo mengano, al viejo tal... En suma, si en muchas se observa la compostura y porte que denotan

verdadera virtud y muestran que han concurrido á la iglesia con espíritu piadoso, todavía no escasea bastante el número de las que ostentan mundana frivolidad, falta de cultura y dignidad, y sobra de propensión á ocuparse más en daño de otras personas, que en bien de sí mismas.

Pero alejémonos del atrio del templo, donde bulle aquel oleaje humano que se desparrama y pierde por los cuatro vientos hundiéndose gradualmente en casas, tiendas y chiribitiles. Delante de nosotros va la familia de

«Mousiño—Peralvilla—Sousa y Puente,
De marqueses y condes descendiente.»

Sin duda á causa de tanta aristocracia, que no ha perdido ni medio quilate en el fandango democrático á que venimos asistiendo ha más de medio siglo, esa gente se cree exenta de toda ley de urbanidad y autorizada á menospreciar á todo el mundo. Es de verse cómo esa mamá y esas niñas (al papá y sus pimpollos ni aun hay que mentar) cobran con mirada y gesto la salutación, pero no la pagan jamás; no usan siquiera, cual otras damas graduadas de vanidad, aquel meneo de cabeza, como si les diesen un golpecito por detrás, con el cual piensan que hacen mucho favor, y se pasan de largo, erguidas las frentes como un reloj de sol y los labios que ni ensam-

blados con cola fuerte. En su casa, creerían renunciar los fueros mujeriles si se pusiesen en pie para recibir ó despedir á un hombre: sea éste quien fuese, muestras le han de dar de la poca estimación en que le tienen y de propia superioridad, quedándose repantigadas en sus asientos, y dirigiéndole de mala gana un par de frías frases de antiguo rito para el caso. Parece que esas niñas han recibido lecciones en un harem, y nos tratan á todos como á esclavos. Algo han oído tal vez de aquello de la emancipación de la mujer, que tanto calienta hoy en día el magín de algunos escritores, y las pobrecillas se entran por la manga y salen por el cabezón emancipándose de la buena crianza.

¡Vamos! ya que ellas torcieron la esquina, paz y olvido de parte nuestra. Pero ¿y esotro grupo? Allí van la movilidad, la risa y la malicia. ¿Qué más va allí? ¿alguna prenda moral, alguna...? ¡Las picaronas! nos dejaron en el prólogo del comentario y se metieron en su casa. Mas ¿qué apuesto contigo, lector, á que me trasformo en *Diablo Cojuelo* y me zampo tras ellas umbral adentro? Al hecho. Invisible y sutil como el ala del céfiro, he seguido á la madre y las hijas, y zás, estoy en medio del hogar, donde al quitarse los vestidos de calle han desembarazado la lengua de todo freno. ¡Qué fastidioso, qué insufrible es tener que callar cuando hay tanto que se

presta á una legítima murmuración! Así piensan las susodichas.

Por supuesto, la primera página recorrida, anotada y comentada por ellas, es la del homicidio de Astolfo, y, sobre todo, la del rapto de su hermana. ¡Qué circunstancias añaden tan falsas y calumniosas! ¡qué comentarios tan atroces! ¡qué fallos tan satánicos! ¡cómo se extienden las suposiciones malignas á las hermanas de la víctima y hasta á la madre! ¡qué insultantes carcajadas á cada nefasto recuerdo, á cada vil mentira, á cada sangriento mordisco! Y no hay en ningún labio ninguna palabra de defensa, ni en ningún semblante el menor signo de lástima, porque tampoco hay en ningún corazón ni siquiera breves huellas de haberse hospedado en él la caridad. Esta hija de Jesucristo jamás puede tener aras, ni por un instante, donde la maledicencia las ha erigido á la murmuración y la detracción.

Una niña de cinco á seis años viene á doblar la hoja relativa á la hija de Don Plácido. Goza fama de vivísima en concepto de sus padres y hermanas mayores, y la corriente de su libertad no conoce diques. Se ha puesto traje de cola y el manto de la mamá, y moviéndose á lento compás y gangueando al saludar, se presenta en el salón.

—¡Já, já, já! ¡qué remedo tan excelente!

—¡Ay, me muero! si es la misma doña fulana!

—¡Jesús! de veras: traza, meneo, voz, todo es igualito.

—¡Ay no, qué lindura!

—¡Si esta chica es un diantre!

—¡Si está de tragarla vivita!

—Ni papá cuando está de buen humor remeda tan á la perfección á las personas. Linda, ven te comeré á besos.

Doce brazos rodean á un tiempo al femenino bufoncillo, que casi le ahogan, seis puntiagudas bocas se estampan en frente y mejillas, mientras el papá, entre sorprendido y orgulloso, moviendo la cabeza exclama:—¡Oh! ¡qué inteligencia de niña! es preciso que hagamos los esfuerzos posibles para cultivarla, y ya verán qué gran mujer nos sale.

—Pero, por Dios, papá, añade una de las pollas más alzadas y rubias de cresta, no piense usted educarla con madres monjas; éstas enfrían el talento de las niñas.

—Tontera imperdonable sería, agrega otra; viera usted si después de un año de colegio esta chiquita hiciera un remedo como el de ahora, que nos ha encantado.

—Yo pienso como mis hijas, termina la mamá en tono magistral. Ellas no han necesitado colegio para ser lo que son: las lecciones de la madre...

—Mamacita y nosotras, la interrumpen á una las pollas, y basta, y no hay que acordarse de monjas.—Además, sigue una de ellas con pícara sonrisa que todos aplauden, ¿no hemos visto á más de cuatro niñas que han entrado al colegio baúles y han salido petacas? Miren ustedes si el cambio es para codiciado.

Dóblase también la hoja tocante á la prodigiosa niña, y mientras tienden los manteles para el almuerzo, comienza, media y finaliza el siguiente caritativo y edificante diálogo.

—Adina estaba en misa junto á nosotras; ¿han visto ustedes muchacha más fea?

—Horriblemente fea.

—Se le han colgado los cachetes cosa de espanto y tiene una nariz como un promontorio.

—¡Y que Otón se haya prendado de ella!

—¡Y que haya pedido su mano!

—Pero ¿qué quieren ustedes? tal para cual: si ella es fea como un bagre, él es tonto y pesado como un borrico.

—Y ¿qué dicen ustedes del traje con que nos ha salido Estelina?

—Que es antiguo y ridículo.

—Hijitas, sabrán ustedes que la tela de ese traje fué saya de la abuela de Estelina en la época de los *chiguaguas*.

—Yo, á la verdad, me fijé más que en el traje, en la cara de su dueña.

—¡Buen estómago el tuyo, hermanita! ¿no se te revolvió al ver cara tan pecosa y repulsiva?

—¡Vaya! en lo de repulsiva no hay que hacer tantas alharacas, porque no hay cosa parecida á la mujer del petimetre Medoro...

—Ahora que me acuerdo, quise hacer notar á ustedes las ojeras verdinegras de nuestra vecina.

—Ojeras postizas; cree hacerse interesante con ellas.

—¿Postizas? no sabes lo que dices.

—Creo que lo son.

—¡Inocente!

—¿Piensas que son consecuencia...?

—¡No he de pensarlo! ¿Te has olvidado de aquella historia medio misteriosa que nos contó la tía Pancracia?

—Sí; pero... ¡qué maliciosa eres!... En fin, sea de ello lo que fuere, el pañolón de cachemira que llevaba era magnífico.

—Riquísimo; mas lo mejor que tiene es que la lana...

—Es muy fina, en verdad.

—Y la ha dado cierto cordero que conocemos; ¿entiendes?...

—¡Cállate! ¡qué deslenguada eres, Ave María!

Los padres tercian en el diálogo, y aun añaden algunas reflexiones, cual si dijésemos pimiento y vinagre para que la sazón sea completa.

Pero yo no pasaré adelante; ¿acaso es mi intento poner colorada á más de una lectora y hacerle tirar lejos este librito?

¡Oh cultura cristiana del hogar! ¿por qué te has trocado en el bárbaro pasatiempo de la murmuración? ¡Oh caridad! ¿por qué se te ha desterrado de la mayor parte de la sociedad moderna? ¿dónde estás? ¿en qué choza te ocultas? ¡Oh, delicados afectos de la niñez y la juventud! ¿quién os ha envenenado? ¿quién os ha cubierto de la túnica de Neso para que os troquéis en los furores de la maledicencia?

Revolviendo dentro de mí tales quejas volvíame camino de mi posada, cuando, al doblar una esquina, doy de súbito con mi compadre Bartolo arrimado al portón de su casa. Metido el sombrero hasta las cejas, envuelto hasta la barba en la capa, el infalible *papelillo* entre el dedo largo y el índice de la mano siniestra que sacaba por sobre el embozo, un vellón de humo recientemente escapado de los medio abiertos labios, parecía un si es no es mohíno y avinagrado.

—Buenos días, compadre mío, le dije con todo el cariño que le tengo.

—¡Qué han de ser buenos, compadre! me contestó con muestras de un *spleen* más que británico.

—¿Qué sucede, compadre? Está usted con una cara!...

—*De aburridísimo.*

—¿Es posible?

—¿No lo ha de ser? Le viera á usted con una mujer como la mía.

—Me viera usted contento. Su mujer tan buena...

—En muchas cosas muy buena, cierto; pero ha dado en la *misa-manía* más intolerable, y mientras ella se está desde las cuatro de la mañana hasta las doce del día asistiendo á cuantas misas rezadas y cantadas se celebran en nuestra iglesia, el demonio se mete en casa á desorganizarlo todo y á poner la familia que ni fandango de negros. ¿Oye usted adentro? gritos y lloro de niños, destempladas voces de *chinas*, ruido de carreras y golpes, estridor de platos y vasos, cuyo mortal choque es una triste notificación al bolsillo del amo... ¡Quién no diría que mi casa es un manicomio sin director! Entretanto, aquí me tiene usted bostezando de hambre, porque mientras la señora está reza y más reza en el templo, en casa no hay almuerzo, como no hay tampoco orden ni economía en nada. Y véame usted sin rasurarme las barbas ni mudarme camisa, pues se ha llevado las llaves del lavatorio y del ropero; y considéreme usted con veinte visitas que debo hacer y que no podré hacerlas, y...

—Pero, compadre, le interrumpo prescindiendo de las últimas quejas y preocupado de la bu-

lla de la casa; pero, compadre, ¿no podría ser usted en ausencia de su esposa, el director y ordenador de esa leonera?

—Yo qué sé de lidiar con chiquillos y criadas y con asuntos de cocina. Si mi mujer no se olvida un poco de sus eternos rezos para consagrarse algo más á sus deberes de madre y esposa, mi casa está perdida y yo ahorcado.

No repliqué. Bartolo se metió al zaguán sin despedirse, y continué calle abajo para mi casa, diciendo para mi capote: Sóbrale razón á ese buen hombre, y son bastante comunes las mujeres que, como la suya, á fuer de devotas é *iglesieras*, quebrantan las leyes de la virtud. Recen, oigan misa, confiésense, comulguen, muy bien está, pues no hay cosa más repugnante y, quizá deba decirse, hasta antinatural que una mujer destituída de piedad; pero adviertan que también es virtud, y virtud de las más gratas á Dios, el cumplimiento del deber en el santuario de la familia. Y cúmplele la mujer que cuida del orden y moralidad del hogar, faltando de él lo menos posible; cúmplele la que introduce economía en los gastos, y no rompe la bolsa para derramar desatentada su contenido en compras innecesarias y vanas frivolidades; cúmplele la que visita despensa y cocina todos los días, y no las deja sólo en manos de despilfarradas y sucias domésticas; cúmplele la que no abandona el ropero al

repugnante desarreglo ni se desdeña de hacer personalmente cortes y costuras que las ricas ociosas confían sólo á la modista y la costurera; cúmplele, en fin, la que estudia las condiciones de su estado para sujetarlas á las reglas de la prudencia, y si atiende á las necesidades de lo presente, no olvida las que pueden sobrevenir más tarde, y procura prevenirlas. Tengo para mí, y de seguro estoy en lo cierto, que el juicio de Dios favorable al alma ha de fundarse más en el mérito del puntual cumplimiento de los deberes de su estado, que en la profusión de rezos, obra las más veces del labio á ellos acostumbrado, que no del corazón piadoso.

IX

COSAS Y COSITAS

Sé cómo empiezo este artículo, mas no cómo le terminaré. Vas á decir, lector mío, que te voy dando una serie de baturrillos. No me defiendo; pero confiésame que no me desvío de mi objeto: todo lo que he dicho, todo lo que voy diciendo ¿no es tomado de la *Escuela doméstica*, y á ella devuelto en lecciones, si no amoldadas á pedagógica forma, sí bastante claras y bien intencionadas? Entiéndame lo que digo la gente á quien se lo digo, y basta.

—Vení, Marica, cómo estáis; cómo está la Tilli.

—Buena está. ¿Y vos Fillica? ¿y tu mama?

—Así así no más. Pero no te estéis parada: sentáte. ¿Por qué no le trujiste á la Dulu?

—¡Ay callá, cholita! ¿no sabís que la pobre

Dulu está con la planta de la mano hecha una lástima?

—¿Deverás?

—Devéras; se pringó al hacer las melcochas.

—¡Ay no sé, pobrecita! Por que no le curáis con ucalicto.

—Cómo tan será de hacer eso: enseñáme.

Ayer oí este diálogo... ¿A qué no adivinas á quiénes? No pienses que á personas del vulgo; si así hubiese sido, es claro que yo no hubiera parado mientes en él: le oí á personas decentes, á personas que se llaman de calidad y que dicen que hablan español.

En materia de lenguaje, así en lo privado como en lo público, vamos de mal en peor. Especialmente dentro de casa, en el trato íntimo, somos bárbaros, y hay quienes hasta se ufanen de ello so pretexto de familiar llaneza. Creemos que no hay por qué respetar los fueros de la lengua, y allá van sobre ella garrotazos y bofetadas en forma de barbarismos, de solecismos, de galicismos, de *quichuismos*... en todas las formas que la ignorancia, el descuido y hasta la moda han inventado para hacer del infeliz castellano el *hecce-homo* de los idiomas. Los padres de familia damos el ejemplo, y nos siguen nuestros hijos, que emplean, por cierto, más crueldad que nosotros, seguros de su total impunidad.

Al escribir, al hablar en público, ó al tratar

con personas extrañas, ponemos algún cuidado en la gramática y en la propiedad de las voces; mas como el hábito es tan poderoso, se nos escapan, las más de las veces sin que lo advirtamos, muchas de las faltas que cometemos á sabiendas en los círculos familiares ó entre amigos de confianza. Los vicios del lenguaje como los del corazón, todos hijos de la educación descuidada, trascienden de igual modo fuera del hogar.

Hay muchas personas que siguen carreras profesionales y se ufanan de sus títulos universitarios, y sin embargo hablan y escriben de manera que causa lástima y disgusto. Conozco médicos que no ponen una receta de dos renglones sin dar cuatro puñaladas á la lengua. Conozco abogados que no sólo tuercen el derecho y rompen los códigos, sino que le tuercen bárbaramente las narices al español y le desgarran las entrañas. Eclesiásticos hay para quienes sería conveniente el rigor de la inquisición á causa de sus enormes herejías lingüísticas. Senadores y diputados hemos visto que así han dicho y hecho necedades en las Cámaras, como han mostrado su ignorancia en el arte de bien hablar.

Dícese que los griegos ponían tal cuidado en conservar la pureza de su lengua, que á par de la buena leche que buscaban para sus hijos,

exigían también de las nodrizas la condición de que supiesen hablar correcto lenguaje.

Y tenían razón. El habla es cosa grande, noble y magnífica: al fin don divino, por medio del cual el hombre, expresando las ideas que concibe y labra el alma, muestra que es hombre.

Hablar mal es menospreciar el tesoro de las ideas, injuriar al alma y ser racional á medias ó no serlo. Con el mal lenguaje faltamos muchas veces á la consideración debida á las personas á quienes nos dirigimos. La razón expuesta en lenguaje chavacano pierde su fuerza y no convence; por lo contrario, en el hablar y escribir correcto y elegante van muchas condiciones excelentes para vencer y alcanzar lo que deseamos.

El lenguaje bárbaro y desconcertado se tolera á más no poder en el populacho, en esa gente desdichada que parece mirar con indiferencia el ser ó no racional, con tal que posea un trapo que la cubra y que no le falte un bocado de pan; mas entre personas siquiera medianamente educadas, que han trabado con la buena sociedad relaciones más ó menos numerosas que las alejan de las condiciones del vulgo y acercan á la civilización, cuya luz pone en evidencia tanto las buenas prendas como las viciadas; entre esas personas, digo, la prescindencia del lenguaje culto y correcto, del lenguaje digno del hombre, y la adopción y uso de palabras tabernarias y

hasta indecentes, y de frases y giros reñidos con la gramática y ortografía, no se puede perdonar, ni siquiera disimular.

En un arriero de mulas no causa extrañeza el oir gritar, al acercarse á la posada:—¡Casero! tenís aljualjua? Pero se le corta á uno la sangre, se le erizan los cabellos y las barbas y se le revuelve el estómago, cuando un caballero de no mala catadura, de ojos azules y bigotes retorcidos, que lleva quizás título de doctor, y quizás también ha sido electo diputado, dice á la puerta de la misma posada ó de cualquier tabaquería:—Oíte, muchacha, ¿todavía tenís los cigarros que hubieron aquí el otro día? Vendéme medio.

Es común el confundir el sonido de algunas letras; no distinguimos, por ejenplo, las de la *z*; tan común es, que, habituados á la falta, no nos agrada que otros quieran enmendarla, y aun les tachamos de pedantes. Mas no es esto lo que sobremanera repugna: la locución y hasta el tono de la voz son viciados en la mayor parte de las personas. Si en la costa desagrada la frecuente supresión de algunas consonantes, y lo mal que se pronuncian otras: *paqué*, *até*, *Mercees*, *cabayo*, etc., harto más insoportable es la manera como en las poblaciones serraniegas se pronuncian la *ll*, la *r* y la *s*, y aquél sonsonete peculiar que aquende los Andes se da á la emisión de la voz.

Pudieran ser corregidos estos defectos, y los han enmendado, en efecto, algunas personas en sí y en sus familias, sin más que haber puesto cuidado en no dejarlos desadvertidos; pero las más no solamente los dejan sin corrección, sino que los fomentan y arraigan con su ejemplo. No falta quienes hablen bastante bien; pero dejan á sus hijos que usen lenguaje incorrecto y chavacano, esperando que, pues estudian gramática, ésta y el trato posterior con gente ilustrada los limpiarán de todo resabio; esperanza que las más veces no se realiza, pues conozco unos cuantos jóvenes que han acabado el estudio de la gramática y han entrado en la buena sociedad, trayendo á ésta los vicios de lenguaje que sus padres no quisieron corregir, y continuándolos *sicut erat in principio*, sin esperanza de enmienda.

El cuidado de los padres y maestros á este respecto debe ser tanto más activo y constante cuanto nuestras familias son servidas, no por criados que, como antiguamente en Grecia y Roma, y como en la actualidad en muchos otros pueblos de Europa, usan idioma correcto y culto, sino por quienes, indios de pura raza ó mestizos, no hablan ni quichua ni castellano, mas una como jerga compuesta de los dos, que á las veces nos cuesta dificultad entenderla hasta á los que la estamos oyendo todos los días.

Los niños tienen invencible inclinación á la familiaridad con los criados; de éstos aprenden no sólo el mal lenguaje y la locución aplebeyada que hemos censurado, sino otros defectos y vicios más graves, y los padres de familia, con bien raras excepciones, no toman precaución ninguna contra esos contagios, cuyos deplorables resultados es difícil reparar más tarde.

Padres y madres hay también (y á fe que para contarlos no bastan los dedos de manos y pies), que en los trasportes de cariño para con sus hijitos, no contentos con la multitud de vocablos y frases que para explicarle nos presta nuestra lengua, inventan voces estrambóticas y hasta ridículas, que nada significan y que, sin embargo, se las prodigan á aquellos objetos de su tierna y justísima pasión. No paran en esto: esas voces, que si pertenecen á algún idioma será tal vez al de los pájaros ó al de los monos, requieren maneras y gestos especiales: ¿no has visto al compadre don Ermeguncio? cuando toma en sus rodillas al último de sus hijos, precioso botón de azahar que cual ninguno de los anteriores le tiene deschavetado de amor, mientras se deja manosear los largos mostachos con las trémulas manecitas, le habla aquel lenguaje que tan lejos está de ser racional; y para hacerlo (¡qué bonita cosa!) arquea las cejas, medio cierra los ojos, contrae las narices y aguza los la-

bios poniéndolos que ni hocico de raposo. Es preciso comprender la grandeza y santidad del amor paternal, amor de los amores, para respetarle cual es debido y refrenar la risa que provocan las extravagantes manifestaciones de los Ermeguncios.

Después de haber escrito un pliego acerca de los papirotes y puntillazos que dan y damos á la lengua, especialmente en el trato familiar, bien quisiera yo dárselos á los que, sin dejar de maltratarla, piensan hablar con elegancia porque usan palabras retumbantes ó tejen frases de insufrible pedantería. Viéneseme á la memoria aquel que nombraba las despabiladeras *instrumento cortante de la ígnea lengua de la espelma*, y también aquel otro que escribía á su querida: *La movediza entraña de la pectoral concavidad de mi persona vive por tí envuelta en las flamígeras redes del amor*. Pero quédense sin censura los tales majaderos, que el censurarlos fuera ponerles en altura qué no merecen.

«¡Cuidado con los gastos pequeños!» decía Franklin; y añadía: «De muchas gotas de cera se forma un cirio pascual.»

¡Cuidado con los pequeños defectos y las pequeñas faltas! digo á los padres de familias.

Muchos pequeños defectos pueden constituir una deformidad. Muchas pequeñas faltas pueden hacer un crimen.

Es preciso no descuidarse de corregir esas pequeñeces. Por ellas comienzan los niños; á ellas se habitúan los adultos; los viejos bajan con ellas á la tumba. Aun cuando no haya temor de que se eleven á cosas mayores, ¿no vale más que no las tengamos? ¿no es mucho más conveniente que aspiremos en todo á la perfección de nuestro ser moral? ¿no son mucho más estimables la urbanidad y la virtud mientras menos contrariadas y más libres en su acción?

Si la corrección fuera imposible, habríamos de conformarnos mal grado con nuestras imperfecciones; pero no lo es en ningún caso, menos tratándose de defectillos y no de defectos, de faltillas que no de faltas.

No recuerdo si he citado en otro artículo el pensamiento de Mme. Geoffroy: «Vivimos con nuestros defectos como con nuestros perfumes: ya ni siquiera los sentimos, y sólo molestan á los demás.» Y es la pura verdad. Reflexionemos, pues, que nuestros defectillos pueden fastidiar á otras personas, y que si es indudable que ellas tienen derecho de exigir de nosotros urbanidad hasta en las cosas nímias, nosotros tenemos deber de satisfacer esa exigencia.

Sigamos algunos momentos más hablando de aquella tontuna, que dizque es hija del cariño que nos tenemos, y con la cual nos le hacemos patente unos á otros; quiero decir de la extraña

y repugnante manera con que solemos desfigurar y afear los nombres bautismales.

En el diálogo del comienzo del mal pergeñado artículo que vas recorriendo, lector benévolo, diálogo cuyo lenguaje te supo, á buen seguro, á pan bazo amasado con melaza y salitre, ¿pudiste adivinar que, además de una *Marica*, especie de caricatura del bellísimo nombre de María, entraban una Teresa, una Felicidad, una Dolores? ¿No? pues sabe que *Tillí* es Teresa, *Filli* es Felicidad, y *Dulu* es Dolores.

Conozco una larga familia en la cual no ha quedado ni un solo nombre ileso: la madre, que en el bautismo fué Gregoria, es *mama Goya*, el padre á quien llamaron Modesto, es *taita Moqueco*; y entre los hijos, Emilio es *Emico*, Juan es *Juancho*, Magdalena es *Madacu*, Isabel es *Chabi*, Concepción es *Cunchi*. Carolina, la rubia y vivaracha se lisonjeaba de que su nombre era indestructible; ¡chica inocente! no contaba con una tía de edición del siglo pasado, que en un rapto de cariño la llamó *Carucha*.

El uso ha dado título de legitimidad al desfiguramiento de algunos nombres; pero no obstante su tiránico poder no ha invadido del todo los dominios del buen gusto en la sociedad culta. *Concha*, *Lola*, *Paco*, *Pepe*,... no son muchos los nombres de esta clase en ella admitidos ó tolerados. Los demás, como los que dejo atildados

y otros cuya lista es infinita, puesto que el sacarlos á luz depende de la voluntad de la gente de broza, entre esta gente se quedan. Causa, pues, extrañeza, por lo mismo, que se los emplee entre nosotros por personas que no respiran ambiente de chozas y boardillas. ¿No temen la vulgaridad? Tal vez no saben que el parentesco de ésta con la ridiculez está dentro del cuarto grado de consanguinidad; hay quien dice que son primas hermanas. ¿Cierto que no lo sabían? pues sépanlo ahora, y déjense de *Viches*, de *Miches*, de *Manucos*, de *Luchos* y de otras salvajerías; ni anden muy pródigos asimismo de esotros diminutivos acabados en *ita é ito*, porque no siempre convienen á la clase y edad de las personas á quienes se aplican, ni á las de aquellas en cuyos labios suenan.

¿Y qué diré de los apodos? Hay gente que gusta de ponerlos y de sustituir con ellos los nombres propios, ó de añadirles esos como *ripios* feos y repugnantes. Traslúcese las más de las veces malignidad en quien los inventa, y en quien, una vez inventados, usa y abusa de ellos: hay deseo de bajar algún tanto el valor personal de los individuos á quienes se los aplicá; trátase de ridiculizarlos, de provocar risa que los lastime sacando á barrera sus defectos morales ó físicos. El *Mudo* fulano, el *Cabro* zutano, el *Panzudo* tal, la *Pichón sin pico*, la *Carisucia*... Abundan estos

sobrenombres cuanto escasea la delicadeza de la virtud y la urbanidad.

El prurito de los apodos se desarrolla principalmente en las escuelas y los colegios; pero entre gente adulta y vieja hay también quienes se alaben de la *admirable gracia* en inventarlos y acomodarlos á las condiciones particulares de las personas. Ni faltan escritores que se han hecho notables por su *habilidad*. En los tiempos de efervescencia política, como quien dice en la canícula de los partidos, tenemos lluvia de apodos, y esta es una de las muestras de la miseria y ruindad de las pasiones que entonces señorean nuestra sociedad.

Pero los que tienen privilegio de larga vida son los sobrenombres nacidos en los bancos del colegio; los hay que no se borran ni después de la muerte de quienes los llevan y que pasan cual herencia á sus hijos y nietos.

Los maestros deberían cuidar de que sus discípulos no se llamen nunca sino con sus nombres propios; mas bien sé que esto es difícil, en especial tratándose de colegiales. Los maestros poco alcanzarían si no contasen con el apoyo de los padres de familia: corrijan éstos el vicio en casa, y cuando quiera levantar cabeza en la escuela ó el colegio, los maestros le aplastarán sin mucha dificultad. Y la corrección de parte de aquéllos no demanda gran trabajo: cuiden de

que los hijos se penetren bien, desde muy niños, de todo cuanto exige la buena crianza, no aquella que consiste solamente en fórmulas exteriores, sino la que es vivo reflejo del alma noble y del corazón amoldado á las máximas evangélicas, y ya verán cual se habitúan al miramiento y respeto debidos á los demás, y se destierran los exóticos y ofensivos apodos. Mas, por desgracia, la mayor parte de los padres no solamente no reprueban la inclinación de los hijos á inventarlos y ofender con ellos, sino que los aplauden. Los apodos y los remedos suelen ser adornos de las conversaciones familiares, y arrancan ¡bravos! y desternillan de risa á la gente pobre de espíritu y no muy sana de corazón.

Un salto, y á otra cosa.

¿Ves ese pobre idiota? contrahecho, rechoncho, la cara deforme, el habla apenas humana, el andar no muy de gente, todo indica en él un alma aprisionada y oprimida bajo el fardo de la materia basta y mal organizada. La naturaleza le ha hecho un ser digno de lástima; pero el carácter pueril de muchos *racionales* y su propensión á divertirse con la desgracia ajena, le han convertido en objeto de risa y mofa. El idiota ha entrado en casa del señor X; jóvenes y señoritas, y aun el mismo señor X le reciben con gran contento. Quien le dirige una burla, quien le da un

papirote, éste de una fuerte palmada en el sombrero se le encaja hasta las narices, el otro le punza con el bastón el abultado vientre. El semianimal se irrita y gruñe. Para amansarle dícenle que su matrimonio está arreglado con Fulanita.

—Yo soy tu padrino.

—Yo tu madrina.

—Yo pago los derechos al señor cura.

—Yo costeo los confites y los licores.

—Mañana te casas, hijo; ¡vivan los novios!

El *novio* despliega la enorme boca, bríllanle los ojillos de granates hundidos una pulgada en las cuencas y, en medio de gestos de lascivo sátiro, deja escapar tarda y difícilmente cuatro tonterías. Esto querían los jovencitos y las niñas: el gusto que se les escapa de lo íntimo del corazón les rebosa en el semblante, y los labios, no obstante que se dilatan más de lo que permite su natural elasticidad, no alcanzan á dar salida al bullicioso torrente de risa.

Contémplolos y escúcholos en silencio, y digo para mi sayo con pena y disgusto: ¡Cosa increíble! hay quienes, para divertirse, descienden al idiotismo: ¡qué lástima! Yo había creído siempre que la inteligencia humana buscaba para recrearse solamente objetos dignos de ella: me he engañado.

Otro salto, y ¡adelante!

Pero ¿qué tomamos ahora del abundante almacén de *Cosas* y *Cositas?* En cuanto á mí, á fe que me veo como chiquillo á cuya disposición se ha puesto gran número de juguetes: no sé cuál he de tomar para romperle entre mis dedos. ¿Daremos un par de coscorrones á los que pretenden alcanzar fama de chistosos, cuando Dios no les ha dado agudeza, y por ende son más romos de ingenio que cabeza de taco? ¿Se los daremos á los que los celebran, fomentando así la malignidad ó simpleza del pretendido chistoso? No sé si estuvo en lo cierto el filósofo griego que dijo ser el chiste prueba de mal genio; pero sí es indudable que hay tonterías que pasan por chistes, que es rarísimo el hombre verdaderamente chistoso, y que son más raros todavía los chistes inofensivos.

¿Daremos algunos alfilerazos á cierta gente que tiene la extraña costumbre de pedir á vecinos y amigos cosas que no devuelve, ó que devuelve sucias, rotas ó viejas? Creo que no hay cosa más natural y sencilla que prestarse servicios entre sí, amigos y compadres, vecinos y conocidos, etc.; pero es muy sensible que para muchas personas haya llegado á ser sencilla y natural cosa también el tener por abolido el séptimo mandamiento, para los objetos que tienen prestados. La solicitud de una cosa, aun cuando vaya dirigida á la amistad más fina y de

más confianza, merece censura, si no va justificada por una necesidad inevitable; así como por otra parte no merece perdón quien no remedia las necesidades del amigo, del pariente, de cualquiera, cuando los medios de hacerlo están en sus manos.

Hay quien juzga que los objetos de poco valor, una vez pedidos y obtenidos, no importa mucho que no tornen á mano de su dueño; al que tal piensa conviene enseñarle que la delicadeza de la urbanidad no distingue cosas grandes y pequeñas, de grande ó de corto precio: la falta está en la acción, en el hecho de quedarse con lo que no es propio, en el abuso de la amistad ó de la generosidad, á las cuales se priva de un objeto.

—Vecinita, hágame el favor de prestarme su paraguas mientras pasa este aguacerito.

—Con mucho gusto: aquí lo tiene usted.

—Dice mi señorita, que es mi hijita de mi corazón, que tenga la amabilidad de prestarme su sombrero, porque deseo verlo para comprar otro igual.

—Dí á tu señorita, que es mi hijita de mi alma, que allá va el sombrero.

—Manda á decir mi ama á su merced, que es mi comadrita que como tengo tanta confianza con usted, le pido tenga la bondad de prestarme su sartén por una horita no más.

—Dí á mi comadrita que allá va la sartén y que la ocupe cuanto tiempo quiera.

—Amigo don Fulano, sé que tiene usted tal libro; deseo leerle, y le agradecería que me le prestase por un par de días.

—No hay inconveniente: tómele usted.

—Primo don Zutano, usted es suscrito á *El Fénix;* présteme por un cuarto de hora el número tantos.

—Aquí lo tiene usted.

Ninguno de los que prestan quiere lastimar la delicadeza del que pide (y hace perfectamente) con la advertencia de que la cosa le sea devuelta pronto y sin menoscabo; supone estas condiciones forzosas para la buena crianza de quien recibe el favor.

Pero ha transcurrido un año, y me entran ganas de hacer unas preguntas.

—Vecinita, ¿y su paraguas?

—Calle, vecino: la alhajita de Fulana se quedó con él.

—Amiguita, ¿y el lindo sombrero de usted?

—¿Mi lindo sombrero? no me lo pregunte, porque.... ¡Ave María! N. tuvo bastante *pechuga* para devolvérmele *hecho una lástima.*

—Comadrita, ¿y su sartén?

—¿Mi sartén? ni si le hubiese costado á J. su plata: no ha vuelto más por acá.

—Don Fulano, ¿y su libro?

—Ya no es mío: mi voluntad ha sido y es que lo sea, y por eso lo compré; pero la voluntad de quien me lo pidió ha sido muy diversa.

—Don Zutano ¿y su *Fénix?*

—Hace meses que lo ví de cometa del hijo de mi primo: nunca el pájaro milagroso ha volado más ni mejor.

¡Vamos! es preciso convenir que para esa gente no son bastante castigo los alfilerazos: añádase una frotación de ají en las pinchaduras.

En la buena sociedad, las leyes de la delicadeza, de aquella finura de la urbanidad que hace tan agradable el trato humano, deben ser fielmente cumplidas: conviene, pues, que evitemos á nuestros semejantes, y en especial á nuestros amigos, y muy particularmente á las mujeres, para con las cuales nunca sobra lo comedido, decente y pulcro, todo motivo de disgusto y murmuración.

Evitemos hacer visitas eternas ó en horas inoportunas, y contener con tenaz porfía al visitante obligándole á emplear en ese acto de atención más tiempo del que le conviene.

No detengamos en la calle al amigo y al conocido, descargándole una andanada de preguntas por todos los de la casa, desde la señora hasta el gato de la cocinera.

No imitemos al tonto afectuoso que acompaña la salutación con tal apretón de manos

cual si lo hiciese con las tenazas de Vulcano. ¿Dónde aprendió aquel bendito á mostrar su cariño causando dolor?

No demos señal de menosprecio á nadie retardando ú omitiendo del todo, sin motivo justificable, la contestación á las cartas que nos dirige, y seamos exactos en hacer las visitas que exige la buena educación, y en devolver las que recibimos.

No pensemos que tratando con amigos, por íntimos que sean, estamos exentos de las prescripciones de la urbanidad; la mala crianza no deja de serlo porque ofenda á un amigo.

Si es muy conveniente que seamos tolerantes con los defectos y faltas de otros, mucho más conveniente es que no abusemos de la tolerancia ajena, y que hablemos y obremos cual si ésta no existiese para nosotros.

En las muestas de atención y cariño que nos damos debe reflejarse la sinceridad de nuestro corazón y conservarse á par cierta dignidad que se hermana muy bien con lo delicado y afectuoso de las maneras y las frases. He notado que va introduciéndose entre las señoras, y en especial entre las jóvenes, la manía de los abrazos, y aun hay quienes gustan de hacer canje de besos. Que se abracen al saludarse y al despedirse las amigas, santo y bueno; que una señora ó una señorita, que no tenga dientes ne-

gros ni labios agrietados, estampe alguna vez un par de besos en la frente ó la mejilla fresca y sonrosada de una niña, tolerable cosa; pero ¿hay algo más chocante que los abrazos intempestivos, mentiras en acción, que se prodigan dos mujeres que se han visto por primera vez, ó que jamás han tenido conexión ninguna? ¿Hay para nosotros cosa más fuera de propósito y adversa á la gravedad y decencia de las costumbres españolas, que aquellos besos *á la francesa* que algunas damas van introduciendo como parte integrante de su salutación? La casualidad pone frente á frente en una visita ó un paseo á dos señoras que apenas se conocen de nombre.

—Señora mía, mucho me alegro de conocerla.

—Y yo mucho más; deseo servir á usted, mi señora.

Y zás, allá va un abrazo, cual si hubieran sido amigas de veinte años atrás.

Esas otras señoras que vienen por ahí son efectivamente amigas, pero no han llegado á aquel punto que raya en la fraternidad. Encuéntranse; estréchanse con diez abrazos por cada parte, y tras cada ajustón pecho con pecho y pescuezo con pescuezo, zás, zás, allá van los besos en frentes, mejillas, narices y bocas, con sus *vidas mías* y *amores míos*, y hasta *cholitas mías*, que son la costra azucarada de un afecto que de suyo es bastante insípido.

¡Oh! todas estas *cositas* no constituyen aun el diezmo de las que tengo delante y quisiera romper entre mis dedos para provecho de mis lectores de ambos sexos.

Pero no me he de quedar sin pasar revista, siquiera brevemente, á las del bonachón de Don Veremundo. Tipo bastante peregrino, quizás habría merecido de Labruyère que le colocase junto al de Menalcas.

Es el tal don *Alreves*
Un hombre tan singular,
Que es milagro verle andar,
Como todos, con los pies.

Don Veremundo nunca ve el principio de las cosas, sino su fin; en consecuencia obra frecuentemente como el *don Alreves* de la cuarteta citada, y todo le sale mal. Se ha propuesto muchas veces edificar su casa, y antes de construir los cimientos ha preparado puertas y ventanas, ha comprado tripe para el suelo, arañas para el cielo, sofás, mesas, etc.; al dejar la cama, antes de enfundarse en los pantalones se ata la corbata; cuando se pone á leer un libro, extraño fuera que no se impusiese primero del capítulo final ó del epílogo; dicen que él inventó la moda de las cartas que llevan la fecha al pie de la firma, y es mucho que no garabatee su rúbrica antes del *Muy señor mío.* Llevó tan mala costumbre hasta al matrimonio, pues antes de ser esposo no fal-

taba quien le llamase *papacito*. En lo doméstico todo está en armonía con el carácter y costumbres personales de don Veremundo; en lo público, á muchos consta que de un salto quiso ponerse bajo el dosel presidencial, sin haber pasado antes por los grados de empleos subalternos, ó de haber labrado méritos que supliesen por esos escalones. Hoy dice que está satisfecho de nuestra política y del estado de la República; y ¿cómo no lo ha de estar don Veremundo?... Pero no nos fijemos en el *don Alreves* político; basta y aun sobra para nuestro propósito estudiarlo en el hogar. El bueno del hombre se acuesta á las cuatro de la mañana y levanta á las dos de la tarde. Mientras duerme, la anarquía más completa, que ni en república en época de elecciones, es la señora y reina de su casa. La esposa, á quien el esposo ha contagiado bastante su pereza y extravagancias, es... una buena señora, que lo único malo que ha hecho en su vida, es haberse metido en el delicado oficio del matrimonio. El cabello publicando las frecuentes invasiones de las uñas á la cabeza y su exención de los peines, el busto no menos libre de corsé y de chaqueta, arrebozada de su pañolón de abrigo aun en días de asentado verano, da vueltas la señora por los corredores de la casa, barriendo con la cola del traje las basuras que en ellos abundan; ó bien pasa largas horas de codos en el antepecho de

un balcón, ó baja á la puerta de calle so pretexto de aguardar á la *chola* á quien envió á casa de Fulanita con un recado, y allí se pasa, como la estatua en pie del *dolce farniente*, mirando sin objeto á cuantos vienen y van y bostezando como una trasnochada. La familia de don Veremundo almuerza muchas veces en el salón y merienda en el dormitorio; no es extraño ver reemplazado el mantel por una sábana y las fuentes por las cacerolas; sírvese el chocolate en platos, se corta el queso con la cuchara y se bebe agua en escudilla. El comedor ha sido violentado en su vocación y sirve de cuarto de guardar monturas y trastos viejos y rotos. En la *ordenada* y *agradable* mesa de *don Alrevés*, el *Padre nuestro* que solían echar de sobremesa los chochos de nuestros abuelos, ha sido felizmente sustituído por una diversión muy culta: niños y niñas se tiran bolitas de pan, alguna de las cuales acierta á dar en un ojo de la mamá, y el papá fuma que es una gloria y envuelve á sus comensales en una atmósfera de humo hediondo y atosigador. Todo esto ¿no es muy hermoso y digno de gente civilizada? Pero no he concluído: en tiempo de atraso y entre personas inclinadas á vulgaridades como eso que se llama orden, y esotro que denominamos economía, y lo de más allá que hemos bautizado con el nombre de buen gusto, suele decirse que es preciso que en las casas haya un lugar para

cada cosa, y que cada cosa ocupe su lugar; que cada objeto tenga su oficio, y que no se trastruequen los oficios de los objetos; pero en la progresista casa de don Veremundo, donde parece que se ha querido establecer una especie de comunismo entre los muebles, ropa y trastos del servicio doméstico, amén de cuanto ya hemos visto en la mesa, obsérvase también que las perchas se hallan desiertas, y que los pantalones y levitas del señor, y los pañolones y enaguas de la señora, y los pañales deteriorados del chicuelo se andan por su cuenta pendientes de los catres y de los espaldares de las silletas; las mesas son despensas y reposterías; las botellas han usurpado el empleo de los candeleros; se despabila con las tijeras; los sofás son costureros y en sus espaldares brillan guerrillas de alfileres y agujas; trapos é hilo en permanente insurrección, junto con alguna calceta viuda ó un guante declarado en quiebra, pues no hay un hijo de Dios que le preste la mano, ruedan por el pavimento, y, en fin, es un encanto oir todos los días, de la mañana á la noche, los gritos y rabietas del papá, y la mamá y los chiquillos, por las llaves perdidas, y la tabaquera confundida, y las tijeras que no parecen, y el dedal que se cayó no sé dónde, y el pañuelo de nariz que se robaron, y etc., etcétera, etc.

X

ESCUELAS Y COLEGIOS

La naturaleza humana viciada y corrompida produce á las veces obras tan deformes en lo moral, que se resisten á todos los esfuerzos que se hacen para corregirlas. Errado va quien se propone juzgar de las cosas de este mundo echando en olvido las excepciones que se atraviesan en el camino de las reglas. No siempre los malos hijos provienen de los malos padres, que, en vez de educarlos convenientemente, los aleccionan en el vicio con su ejemplo. Hay padres, aunque muy raros, á quienes en rigor de justicia se debe exonerar de toda responsabilidad y á quienes, por lo mismo, Dios no pide cuenta de sus hijos perdidos, en tanto que deja caer sobre éstos su terrible brazo.

Pedro Francisco Lacenaire tuvo padres honrados, que pusieron en acción cuantos medios

estuvieron en sus manos y les inspiró el amor paternal, para darle buena educación y buena instrucción. Todo cuanto hicieron fué inútil; desde el vientre de la madre el desdichado había sido presa de algún demonio que quiso hacer de él una celebridad por los vicios y los crímenes. Después de haber llenado de espanto y escándalo la Francia, Lacenaire, muy joven aún, murió en el cadalso, cumpliendo la profecía que hizo su padre cuando, viéndole dominado por la perversidad á los siete años de edad, exclamó: «¡Pobre hijo mío! has nacido para el patíbulo.» Pocas veces he visto escrita ni he oído frase que pinte mejor la amargura y desolación del alma de un padre que mira la perdición temporal y eterna de su hijo, á quien desea vivamente salvar y no puede.

Este ejemplo fuera más terrible á no ser tan excepcional.

En uno de mis artículos anteriores creo haber indicado ya que también se observa en algunas familias el fenómeno de hijos buenos á pesar de la depravada conducta de los padres.

Este ejemplo fuera más consolador á no ser tan raro.

Hallo aquí uno como misterio cuya clave no debemos buscar en lo humano: hay algún especial influjo de la Providencia que quiere expresamente salvar á esos hijos: ya es la madre, cuya

virtud obra con más eficacia que el vicio ó el error de su esposo; ya es el padre cuyo buen juicio y prudencia se interponen entre los hijos y las malas costumbres de la esposa; ya la piadosa intervención de un virtuoso sacerdote y sus fervorosas plegarias; ya las caritativas diligencias de un amigo generoso; ya, en fin, la atinada enseñanza y las correcciones de un buen maestro; y maestro, y amigo, y sacerdote, y padre y madre son la voluntad y el brazo de Dios obrando contra el torrente del mal y triunfando de él.

La escuela y el colegio son á veces lodazales en que se atollan la inocencia y virtud que los niños y jóvenes sacaron del santuario del hogar doméstico. Otras veces es el hogar cuya atmósfera viciada impide que germinen y se desarrollen las simientes de virtud que la escuela y el colegio sembraron en aquellos tiernos corazones.

Sabido es que estos establecimientos son de instrucción y no de educación. En ellos debe formarse la inteligencia, mas el corazón en la casa paterna. Sin embargo, aquéllos deben ser auxiliares de ésta, y ésta cooperadora de aquéllos; porque la buena educación y la buena instruccción han de ir juntas y concurrir acordes á la formación del sér moral, cuyo destino, si está ligado por muchos lazos á las necesidades de la vida doméstica y social, no es menos cierto que se corona sólo en la eternidad.

La escuela debe suplir particularmente la falta de enseñanza moral y de cultura en los niños del pueblo. En las clases bajas, en esas familias de frente siempre inclinada sobre la material labor y de manos encallecidas, la educación es generalmente descuidada ó nula. Poseen algunas estimables prendas, mas también vicios y defectos que las impiden brillar; su piedad misma, tan recomendable por la sinceridad y el fervor, va casi siempre de bracero con el repulsivo duende de la superstición.

La escuela es esencialmente útil para los niños de estas familias. Tratándose de hijos de familias distinguidas, en especial si lo son por el buen arreglo de las costumbres, un maestro puede dar por cumplido su deber con sólo darles buena instrucción; pero no así con los hijos del pueblo; su corazón é inteligencia están del todo á merced del maestro; éste tiene ineludible obligación de formarlos, y si no lo hace, deje de llamarse maestro.

Esos pobrecillos, y muchos que sin haber nacido en humilde cuna han tenido la desgracia de desarrollarse en el seno de familias que encubren bajo pliegues de lino y seda las úlceras de costumbres desarregladas, llevan á escuelas y colegios peste de vicios en germen y de defectos que contagia á los demás niños y jóvenes, por más que vayan enriquecidos de sanos prin-

cipios de moral y urbanidad. Los maestros y directores deberían trabajar en el doble objeto de corregir á los primeros y preservar á los segundos; laboriosa y delicada tarea, no hay duda, pero que no por serlo debe acobardar á quienes Dios, la sociedad y la propia conciencia han empeñado en ella. Conviene, entre otros medios, emplear sumo cuidado en impedir las familiaridades y demasiado contacto de los niños que han conservado la inocencia y la delicadeza de los afectos, con aquellos muchachitos en cuyo corazón bulle la prematura malicia, de cuyos labios manan la grosería y la indecencia, y cuyas maneras insolentes revelan lo material de sus instintos y lo rastrero de sus ideas.

Cuéntase que el padre de Montaigne le crió en unión de unos muchachos de aldea, para que aprendiese á no despreciar al pueblo. Laudable fin; pero ¡cuántas malas cosas aprendería de ellos! ¿Y no provendrá de ese contacto el carácter medio material y la rudeza que frecuentemente se nota en el filósofo de los *Ensayos?*

Yo también me crié jugando todos los días con chicos del campo, ó del pueblo de la ciudad. Bien me acuerdo lo que eran: en aquéllos había bastante inocencia, pero no escasos defectos; en éstos la malicia era mayor, y los defectos, por ella auxiliados, de más bulto y más contagiosos. Si me piqué de ellos, no hay que preguntarlo.

Creo que el baño de educación, muy atinada especialmente en la parte moral, gracias á Dios y á mi madre, me devolvió la salud. Mas ¿quien se conoce bastante á sí mismo? lo que creo de mí es acaso muy diverso de lo que ven ajenos ojos; y éstos, ¡Dios mío! éstos ven sin duda mucho mejor: deben de hallar en mí restos del polvo de la aldea y pelusas de la bayeta con que me juntaba y estrechaba en mis inocentes y peligrosas travesuras de ahora cuarenta años.

Despreciar al pueblo es injusticia y necio orgullo; exponer á nuestros hijos al contagio de los defectos de los hijos del pueblo, es reprensible imprudencia. Moralicemos, ilustremos al pueblo; tendámosle la mano para subirle hasta nosotros; pero guardémonos de descender hasta él. Elevado por el mérito de la virtud y de la ilustración un hijo del pueblo se ennoblece; mas ¿qué es un hijo de lo que se llama alta sociedad si se aplebeya por sus vicios? «Mi familia empieza en mí y la tuya concluye en tí», dijo un gran romano nacido de padres plebeyos á un noble degenerado por sus malas costumbres. No es raro entre nosotros ver familias que *empiezan* por troncos populares, y otras que *acaban* porque sus ramas se marchitan y caen azotadas por el soplo de la depravación.

Volvamos á las escuelas y colegios.

¡Qué consuelo cuando en ellos, á par de ins-

truir, se educa! pero ¡qué triste cosa ver que muchas veces lo bueno aprendido en esos establecimientos se desvanece bajo la influencia de los vicios y defectos de la familia! El maestro de la escuela ó del colegio labra su obra; el maestro del hogar, que puede mucho más, la desbarata. Padres, ¿habéis confiado vuestros hijos á tal escuela bien acreditada, á tal excelente colegio? Os aplaudo; pero, por Dios, mientras los corazones de vuestros hijos están sometidos á esa como incubación de la moral y la ciencia, que deben darles la forma que exige su condición de seres racionales y sociables, abrid las puertas y ventanas de vuestras casas y dejad escaparse el ambiente dañado que las hincha y os rodea; sustituidle con el saludable de la virtud, de la armonía, de la paz. Aprended á respetar el tesoro que dais por ajena mano á vuestros hijos: no, no se le arrebatéis con el maldito ejemplo de vuestros desórdenes, de vuestras disensiones frecuentes, de vuestras irracionales iras, de vuestro lenguaje inculto, de vuestra abominable ociosidad, de vuestro insensato lujo, de vuestro orgullo, más insensato aún, de vuestra falta de caridad, de vuestra indiferencia religiosa, de vuestro necio desdén por las cosas santas. ¿Qué extraña contradicción es la vuestra? os empeñáis en que vuestros hijos sean buenos, y luego hacéis de manera que vuestro contacto

los torne malos. ¿Para qué queréis perlas, si las habéis de envolver en lodo? ¿para qué deseáis alas de ángel en vuestros hijos, si las habéis de cortar luego, obligándolos á no levantar el vuelo ni huir de las miserias del mundo?

Una de las relevantes prendas de D. G. García Moreno, entre las muchas excelentes que poseía (dicho sea con la venia de cierta gente que padece de cataratas en los ojos del alma) era el vivísimo interés por la educación y la instrucción de todas las clases sociales. «Si queremos república, solía decir, es menester que difundamos la moral y la instrucción.» Y no se paraba á deleitarse en las flores y la luz de la teoría, como lo hacen inteligencias menos claras y caracteres menos vigorosos: pocas veces produce la naturaleza hombre más práctico ni más exento de ilusiones. Sembró de escuelas hasta las más miserables aldeas, y púsolas en las cárceles y los cuarteles; dotó clases especiales en la Casa de los Hermanos Cristianos en Quito, para formar institutores indios que enseñasen á los de su raza, y las niñas le deben los excelentes colegios de los *Sagrados Corazones* y de la *Providencia*. La ocupación en que hallaba más agrado consistía en visitar esos establecimientos, en estimular y alentar á maestros y discípulos, en llenar con activo celo todas las necesidades de la enseñanza, sin detenerse ante ningún obs-

táculo ni sujetar los gastos á estéril economía. Gustaba de que las rentas del Ecuador se empleasen de preferencia en buscar tesoros de moral y saber para los ecuatorianos.

Examen en la escuela de la cárcel ¿Quién le preside? El Presidente de la República. ¿Quién es aquel hombre que se le acerca con el *Silabario* en la mano, y entre tímido y animado, avergonzado y risueño, silabea en su presencia? Es un criminal de treinta años de edad, condenado por los Tribunales. Se le enseña á leer para instruirle, se le instruye para moralizarle. La justicia le puso en la cárcel, García Moreno le ha puesto en la escuela; la justicia ha suprimido un ciudadano por medio de la ley, García Moreno quiere devolvérsele á la sociedad por medio de la ilustración; la primera le inflige un castigo estéril para él, sí necesario y útil para la sociedad, el segundo emplea la caridad ilustrada, porque quiere el bien, así para el infeliz delincuente como para el pueblo á cuyo seno volverá.

Examen en el cuartel. ¿Quién le preside? El Presidente de la República. ¿Quién es el soldado que se le acerca? Es un veterano que quizás ha combatido junto á él en el *Salado* ó en *Jambelí*. No sabía leer, ni escribir, ni contar; ahora lee, enseña ufano las líneas que ha trazado en el papel, escribe varias cantidades en su piza-

rra. Ese soldado, ese esclavo de la disciplina militar, no será de hoy más un ciego autómata, una simple máquina de matar hombres: será ciudadano, conocerá sus derechos y deberes, sabrá por qué obedece y por qué dispara su arma y mata; será el hijo de la patria dispuesto á sacrificarse por ella, no instrumento vil de la ambición que busca su granjería en la patria.

¿A dónde va por ahí García Moreno? Va á visitar la escuela de los *Hermanos Cristianos*. No hay semana que no dedique algunas horas á esta visita; se complace en ver progresar ese plantel de ciudadanos: esos niños, á quienes examina, estimula y alienta, encierran verdadera esperanza para la Nación.

¿A dónde va García Moreno? ¿No le véis? Acaba de visitar la *Providencia* y se dirige á los *Sagrados Corazones*. Por graves que sean sus ocupaciones como Presidente, siempre halla algún tiempo de que disponer para visitar, cual pudiera amoroso padre, esos establecimientos donde gran número de niñas se educan é ilustran, y recogen en sus corazones y en sus inteligencias los principios santificadores de la familia y regeneradores de la sociedad.

Permítaseme un recuerdo personal. Al hacerlo me siento conmovido y una ráfaga de tristeza pasa rozando mi alma. Encontróme García Moreno un día en la calle y me llevó consigo á

los *Sagrados Corazones*. Todo el colegio se puso en movimiento; á una señal de la Superiora las niñas dejaron sus clases y pasaron al salón de exámenes. Todas mostraban en el semblante la inocente alegría que rebosaba el alma y el afecto al magistrado que las visitaba: parecía que cada cual corría á encontrar al papá, á quien no habían visto muchos días. El alma radiosa de contento le asoma al grande hombre en ojos, en labios, en todo el rostro; á esta niña, que está algo pálida, la pregunta por su salud, mostrando en sus palabras el más vivo interés; á esotra, en cuya frente brilla la inteligencia, dirige una frase lisongera; á la de más allá, cabizbaja y tímida, le habla lenguaje animador y da oportunos consejos; no le falta para alguna de ojuelos chispeantes y maliciosos delicadas chanzas; con muchas conversa en francés y las felicita por su adelanto en este idioma. No hay niña á quien no tenga que decir algo bueno. Por una hora ó más hubo examen de varias materias en que las alumnas se adiestraban actualmente. Una niña de catorce años, hoy señorita elevada á distinguido puesto, ejecutó en el piano una overtura de Bellini, y luego acompañada de otras dos nos encantó con la admirable melodía de su voz, arrancándonos vivos aplausos. Al fin, antes de despedirse de las monjas y sus discípulas, García Moreno se impuso por medio de la Superiora

del estado material y moral del establecimiento, ofreciéndole llenar sus necesidades, emprender en tal mejora, allanar tal obstáculo, facilitar tal proyecto benéfico á la enseñanza, etc.

Y lo que hacía en los *Sagrados Corazones*, lo hacía también en la *Providencia*, colegio por el cual parecía que mostraba especial predilección, y lo repetía en *San Carlos*, esta casa debida á la caridad y munificencia de una señora, cuyo nombre debo escribir aquí con gratitud y respeto, *doña Virginia Klinger de Aguirre;*—esta casa, en donde unos ángeles cubiertos de tosco sayal y cuyo nombre me place poner aquí con amor y veneración—*Hermanas de la Caridad*, cuidan con maternal esmero de otros ángeles á quienes la desgracia ó el delito condenaron á la orfandad.

Tal era García Moreno con las escuelas, los colegios, las casas de beneficencia. ¡Qué mal hombre! ¡qué enemigo del progreso y la ilustración! ¡qué monstruo! ¿No sobró razón á los Brutos y Armodios que emplearon contra él el *puñal de la salud?*...

No debo pasar adelante sin conmemorar un par de circunstancias que, á mi juicio, no deben ser olvidadas: acababa de asistir á un examen de niñas cuando fué asesinado; ese día llevaba consigo el Mensaje que debía presentar al Congreso próximo á reunirse, y su sangre manchó precisamente la página en que hablaba de los

progresos de la instrucción pública y de los proyectos para darla mayor impulso. La sangre de García el Grande derramada por infames asesinos, borrando esas líneas consagradas á la ilustración de su patria, me parece una profecía y una protesta á cual más terribles.

Los colegios de niñas de los *Córazones* y de la *Providencia* son excelentes. Hoy aún las *Hermanas del buen Pastor* admiten pensionistas externas, y en su retirado establecimiento, sin aparato ni ruido ninguno, dan á muchas niñas acertada enseñanza. También estas Hermanas fueron traidas por García Moreno.

Comprendía éste que la educación é instrucción que se empeñaba en hacer dar á jóvenes y señoritas, tendrían lento desarrollo ó se anularían con el influjo de las malas costumbres privadas y públicas, y de ahí provenía su infatigable celo y su rigor en perseguir el vicio y el crimen, y su empeño de amontonar, digámoslo así, elementos de corrección y de moralidad por todas partes: de ahí la manopla de acero con que aplastaba la embriaguez, los juegos corruptores, el concubinato, el robo, el perjurio, etc.; de ahí su protección á los institutos religiosos, especialmente á los consagrados á la educación y enseñanza; de ahí el constante y vigoroso impulso á la piedad, en el cual no era pequeña parte su personal ejemplo.

Tenía razón: dad á un pueblo buenos jueces, buenos maestros, buenos sacerdotes, y no temáis por su moralidad; y si es moral, no os inquiete su suerte.

Para ahuyentar vicios y reprimir delitos y crímenes, vengan sabias leyes, rectos jueces, y sacerdotes.

Para convertir á la señorita en matrona y hacer del joven ciudadano honrado y útil á la patria, escuelas, colegios y sacerdotes.

Para moralizar las costumbres domésticas, sacerdotes.

Para morigerar las públicas, sacerdotes.

Para que los padres de familias coadyuven á la obra de los maestros y de los libros, ó sean verdaderos maestros ellos mismos, vengan las prácticas religiosas y los sacerdotes que las enseñen y propaguen. Es preciso que lo comprendan los ilustrados sin fe y los regeneradores á la moda: sólo el sacerdote católico, que por misión divina penetra en el corazón y la conciencia del hombre, puede arrancar los vicios y defectos de la familia, y colocarla en el punto que conviene para que llene su destino social. En el interior del hogar poco ó nada influyen las leyes, los magistrados y las enseñanzas públicas, si no hay quien arregle la conciencia de los que lo dirigen y de los que á esa dirección viven sujetos. El hogar es escuela, repitiéndolo vengo; pero ¡des-

graciada la familia si esa *escuela doméstica* no tiene por alma la fe religiosa, y la moral no la asea, ordena y metodiza! ¡Desdichado hogar si el sacerdocio de la paternidad no obra en él bajo la influencia del sacerdocio de la Iglesia!

Grandes beneficios debe la sociedad á los institutos religiosos consagrados á la educación y enseñanza de la niñez y la juventud. Nuestras hijas tienen mucho que agradecerles.

Hermanas de los *Corazones*, de la *Providencia*, del *Buen Pastor*, ¡cuánto bien os debemos!

¿Qué joven deja con pecho tranquilo y ojos enjutos la *Providencia?* ¿Quién no conserva largo tiempo recuerdos gratísimos de este excelente colegio? ¿Qué padre ha visto formarse ó pulirse en él la inteligencia y el corazón de su hija, y no mantiene en el suyo, cual prenda inestimable, el dulce y santo afecto del reconocimiento?

Hija mía, ¿por qué suspiras y lloras? ¡Ah! lo sé: deseabas coronar tu educación en la *Providencia*, y fuiste expulsada de su seno por una fuerza despótica—la fuerza de tu mala salud. ¡Con qué tierno amor te trataban las virtuosas é ilustradas madres! ¡cuánta afección y cuántos solícitos cuidados debiste al sabio Director (1) del establecimiento! ¡qué vivo empeño en tu enseñanza y en prepararte para el porvenir! En la

(1) El señor doctor Menten.

Providencia hallaste nuevo hogar, donde no te faltaron amor paternal ni amor de hermanos: cada una de tus condiscípulas ¿no fué hermana tuya? Tus lágrimas y mi gratitud expresada en estas líneas sean retribución, aunque harto mezquina, de tantos beneficios.

Siempre que se presenta ocasión y puedo aprovecharla, aconsejo á los padres de familias que confíen la educación de sus niñas á esos colegios tan justamente acreditados. Cuando nuestra sociedad respiraba el aire de la colonia, ó cuando el influjo de ésta obraba todavía con vigor aún después de la independencia, podíamos contentarnos con los estrechos límites en que encerrábamos la educación é instrucción de la mujer: al fin nuestras necesidades, más domésticas que sociales, no eran ni muy grandes ni muy urgentes y se satisfacían con poco; mas hoy todo ha cambiado: la mano de la revolución que nos arrancó de la dependencia de España, ha cambiado radicalmente nuestra manera de ser: ni hogar ni patria ni necesidades ni aspiraciones son semejantes á los de ahora sesenta años, y en la inmensa trasformación que viene operándose en la vida de nuestra sociedad, la mujer, que tiene decisiva influencia en ella, no puede quedar relegada al antiguo sistema de educación sin que esa influencia sea opuesta á los intereses morales y materiales de la familia y la sociedad.

Ya no basta que nuestras mujeres sean virtuosas, es preciso que también sean ilustradas; no basta que sean sencillas y modestas, se necesita, además, que su sencillez no se asemeje en nada á la vulgaridad y que su modestia reine en íntima unión con la dignidad; no basta que sepan tocar algún instrumento, coser sus trajes y sazonar cuatro potajes; es necesario que agraden por la cultura y delicadeza de su trato y sean útiles á la familia por un conocimiento más profundo y una práctica más extensa de la economía doméstica. Y nada de esto, ciertamente, aprende la mujer por intuición; su educación no cambia con el simple curso del tiempo: enseñanza atinada, ejemplo vivo ha menester. Bueno sería que el colegio buscase á la niña y se apoderase de ella junto á la madre; mas ya que esto no es fácil, muchas veces ni aún para las familias pudientes, es preciso que la niña busque el colegio y se aleje del dulce calor maternal.

Pero la mayoría de los padres y madres que escuchan mis consejos, abren al punto la talega de las excusas, siempre repleta cuando no hay voluntad de hacer una cosa, por buena que sea. No digo que no hay excusas razonables: padres conozco que verdaderamente *no pueden*; mas cuénteme usted en los dedos los que *pueden y no quieren.*

—Don Fulano, doña Fulana, sus hijas están

en edad y buenas condiciones para el colegio: á la *Providencia* con ellas.

El marido se sonríe, echa vistazos á la mujer, y ésta exclama en tono tragi-cómico.—¿Mis hijas? ¡vidas mías! Dios me libre de separarlas de mi lado. Las niñas que se educan en el colegio, se vuelven precisamente desafectas á sus padres. Que las mías no aprendan nada, pero que me quieran bien.

—Don Mengano, qué inteligente es su chica, en un buen colegio se educaría admirablemente.

—Hombre de Dios, para qué colegio. D. Gabriel nos trajo colegios para que en ellos se afrancesen nuestras hijas y se vuelvan unas bachilleras insoportables. A la mía, que en la escuela aprendió á leer y escribir, se le enseñan en casa algunas cosillas mujeriles, y con ellas, sin necesidad de colegio ni de monjas, ya verá usted que se hace mujer completa.

—¡Oh! qué niñas tan preciosas tiene usted, don Perencejo; complete usted el mérito de su belleza con una educación esmerada: el colegio.....

—He pensado en ello, me interrumpe don Perencejo; pero mi esposa.....

La señora esposa, que nos ha estado escuchando, se presenta un si es no es caricolorada y altiva, y en voz de tiple algo atorado dice:—La verdad, señor mío, yo no soy partidaria del colegio: no veo qué adelantan las niñas en él,

las mías aprenden mucho más en casa conmigo y la tía Benedicta: leen, escriben, tocan regularmente el piano, cantan bonito, bailan con elegancia, hacen *croché*. Ya ve usted que con esto nada pueden envidiar á una colegiala.

—Y usted, don Fabriciano, ¿no se resuelve á enviar á Filibertita á la *Providencia* ó los *Corazones*?

—¡Calle! yo que soy pobretón ¿he de mandar á la *ñata* á un colegio en que es preciso dinero y más dinero?

Duro se me hace llamar embustero á don Fabriciano; pero ¡si tiene dinero para cuatro pensionistas!

Y ¡qué tema la mía! ¡qué porfiado soy! Ayer ví á don Panmaquio y su mujer para ver de reducirlos á educar á sus lindas chicas en la *Providencia*. Ambos me dieron la misma excusa que don Fabriciano, y enumeraron, además, á los doce hijos que cunsumían toda su renta. Este pudo haber sido argumento de peso en corroboración de su pobreza; pero ¿cómo se entiende ésta, cuando vemos que forran de exquisito tripe el pavimento del salón, que le visten de muebles nada baratos, que gastan lujo en los vestidos, que no hay economía en almuerzos y meriendas, que pagan al profesor de piano y á la modista?.... ¡Sólo hay pobreza, sólo hay miseria cuando se trata de gastar en la educación é ins-

trucción de las hijas! No omiten sacrificio ninguno, no tanto para procurarse comodidad y holganza, sino para ostentar vanidad, y á cambio de que su fausto y brillo sean notados por el público, no hacen gran caso de que sus hijas carezcan de los ornatos del corazón y la inteligencia. Parece que esa gente hace de sus hijas el mismo aprecio que de sus muebles: estén bien charoladas y forradas de seda y á la moda, y basta. Y luego ¡pobres de esos *muebles* vivientes cuando el matrimonio, la muerte de los padres ó cualesquiera otras circunstancias les traigan á nuevas condiciones de vida! ¡cuando la verdadera pobreza los rodee, cuando los trabajos los abrumen, cuando el dolor los hiera! Padres descuidados, padres negligentes que no tratáis de educar á vuestros hijos, ¿no habéis pensado nunca en que para soportar los males de la vida, para no sucumbir bajo su peso, de nada sirve el lujo de los muebles, de los vestidos y las meriendas, sino el de la virtud y la instrucción? ¡Verdad trivial, y sin embargo tan poco conocida! Virtud, lujo del alma; saber, lujo de la inteligencia; palabras y maneras cultas y delicadas, lujo de la urbanidad, eso es lo que habéis de dar á vuestros hijos, y lo que vosotros y ellos han de lucir en la sociedad.

IX

MATRIMONIOS

Rasgos sueltos que pudieran servir para muchos artículos.

El matrimonio agrada inocentemente á los niños, es manantial de ilusiones para los jóvenes, causa recelo y miedo á los que han pasado de esta edad y, cuando no son unos necios, los obliga á meditar.

A los viejos agrada el matrimonio como á los niños; pero en éstos la inocencia de ese agrado tiene cierta poesía, en tanto que en los viejos la malicia lo satura de ridiculez.

Los niños, y en especial las niñas, gustan de que sus muñecas se casen; á veces entre ellos mismos simulan alegres bodas. En todo esto hay sin duda deseo de imitación, á la cual es tan propensa la niñez; mas tal deseo no se despertara si no hubiese en el corazón humano aquella

poderosa ley de atracción mutua de los dos sexos, base principal del matrimonio.

En la creación de la humanidad, ni el hombre ni la mujer aisladamente representan la obra completa y perfecta de Dios, sino los dos juntos—el matrimonio.

Desear casarse es, pues, desear completarse y perfeccionarse; de aquí nace que el matrimonio agrada y atrae naturalmente. El miedo al matrimonio proviene de las desgracias que los vicios han introducido en él; vicios siempre de educación, vicios que siempre tienen editor responsable.

Como los vicios abundan, es lógico que abundan también los malos matrimonios. En esta materia, como en todo, los vicios son la rémora que la humanidad halla en el camino de su des arrollo y perfección.

Hablad de matrimonio á un joven ó una joven, y será gran maravilla que no se muestren contentos y rían ó sonrían cuando menos.

Hablad de él á un hombre que ha madurado libre de sus coyundas, ó á una señorita de treinta años, también de ellas exenta, y veréis como entrambos sonríen asimismo; pero la sonrisa del primero revelará sospecha y desconfianza, y la de la señorita amor y melancolía; la palabra matrimonio hace asomar á los labios de ésta una gota de la miel de la ilusión, que al punto

es evaporada por el calor de un suspiro escapado de lo íntimo del corazón. El suspiro podrá ser de esperanza ó de despecho, podrá escaparse libremente y volar hacia fuera, ó bien será forzado á tornarse adentro; mas en ningún caso faltará; porque es de derecho legítimo y de uso infalible en la soltería forzada de la mujer, así como el mal humor es solariego en el soltero pasado de sazón.

¿Por qué, tratándose del matrimonio, recela y teme el hombre? Porque no le agrada perder la libertad, de la cual abusa frecuentemente. ¿Por qué agrada el matrimonio más á la mujer que al hombre? Porque teme los peligros de la libertad que éste adora. En esta contrariedad de afectos y temores, el buen juicio, hablando en oro, está de parte de la mujer.

Los malos enlaces entre jóvenes de iguales condiciones, provienen casi siempre de excesos de pasión y falta de prudencia. Es muy sensible que rara vez estén juntos el amor juicioso y la prudencia previsora en la edad en que más conviene se verifique el matrimonio.

En la edad madura suele haber juicio y se obra con prudencia, pero escasea el amor y se hacen los matrimonios por puro cálculo.

El bribonzuelo del amor, tan bello, tan seductor, tan adorable, llena el corazón de la juventud hasta enloquecerlo, y deja á su hermana la amistad todo el dominio del corazón entrado en años, si es virtuoso; si no lo es, le abandona á la concupiscencia, semillero de tedio y dolores.

La vejez es la menos á propósito para el matrimonio, por no decir del todo inadecuada. El amor no sólo abaṇdona el corazón del viejo, sino que le tiene asco y miedo. Si una onza de oro fuese sensible, se horrorizaría de que se la encerrase en el saco remendado y sucio de un por diosero: imaginad que la onza es el amor y e saco el corazón estrujado y gastado por los años.....

La amistad suele hacer su nido en estos corazones, pero se desvirtúa mucho su dulcedumbre, cuando es afecto nacido ó alimentado por la fuerza de la necesidad. Amistad que carece de completo desinterés, de noble abnegación, de aquella delicadeza de sentimiento que lleva los corazones á una asimilación recíproca sin esfuerzo ninguno, no es nada á propósito para reemplazo del amor.

Si el corazón de un joven se enloquece de amor, la locura del corazón de un viejo sólo nace de impulso material y lascivo. En el primer caso, y únicamente en él la locura no excluye la virtud y la nobleza.

Cuando un joven habla de amistad á una joven, es casi seguro que el amor *hace retórica por mano ajena*: ¡pardiez, que éste se oculta muy mal á espaldas de aquélla!

Cuando un viejo habla de amor á una mujer, sea joven ó madura, miente ó trata de engañarse á sí mismo; es un mendigo que encierra en las manos unas monedas de cobre, y jura y perjura que son *condores* de oro aquilatado; empero, si es creído, no es de él toda la culpa.

Previas ciertas condiciones, el matrimonio entre jóvenes es excelente, y bueno entre solterones. Entre viejos se lo puede tolerar á más no poder; entre niños es una barbaridad.

Matrimonio de solterón con joven, repugnante cosa.

De jamona con pollo, malo.

De viejo con jamona, pase.

De vieja con solterón... No sé que decir.

De viejo con joven, malísimo.

De joven con vieja ¡qué monstruosidad! ¡qué abominación!

Acaba de suicidarse en Buenos Aires una joven, á quien se violentaba para que diese la mano á un viejo. Si alguna vez mereciese disculpa el suicidio, sería ésta.

No tengo noticia de mozo que se hubiese matado por no enlazarse con *vieja; esto quiere decir* que siempre el hombre es más valiente que la mujer.

El matrimonio en que concurren la armonía de las edades, la igualdad de los bienes de fortuna y otras condiciones sociales, amén, se entiende, de la común virtud y mutuo amor, que para el caso son dotes de que no se puede prescindir, lleva noventa y nueve probabilidades de ser feliz. Sin embargo, ¡qué diablura! la falta de una sola probabilidad en pró suele ocasionar algunos Waterloos domésticos.

La felicidad en el matrimonio, como en todas las cosas de este mundo, no está en la absoluta ausencia de los sinsabores y penas, sino en que sepamos disminuir su número, y en que por la fuerza moral, nos hagamos superiores á aquellos que no podemos evitar.

Esa fuerza moral no tiene otra fuente que la virtud, el amor y el honor; cegad esa fuente y nacerá el despecho.

Hablando del amor conyugal decía Plutarco: «Vale mucho más amar que ser amado.» Y en efecto, el que ama lleva gran ventaja sobre el

que tiene la desgracia de no haber introducido al matrimonio el caudal de tan noble afecto.

Cuando hay desigualdad de bienes de fortuna, es muy común la preponderancia del cónyuge acaudalado y la humillación del pobre, y entonces el amor ó vive enfermo ó muere: ¡pobrecillo, cuando le cae encima el peso de las talegas!

El amor no suele gustar mucho de sentarse en trono de oro, ni de cubrirse de púrpura y rica pedrería; teme, y con razón, que el atractivo de la riqueza, le usurpe el imperio de los corazones.

Los corazones de los ricos, en verdad, piensan menos en amarse que en gozar los materiales deleites que les facilita el oro. Los deleites del verdadero amor les son generalmente extraños.

Cuando hay desigualdad de linaje sucede cosa parecida, ó acaso peor, que cuando hay desigualdad de bienes de fortuna: el amor vive en inminente peligro de ser aplastado por el peso del orgullo aristocrático, mucho más abrumador que el del oro.

Sin embargo, la aplicación de estas reglas no puede ser absoluta: la educación moral bien en-

tendida y dirigida, sirve de excelente contrapeso al orgullo de la riqueza y de la sangre. Lo malo está en que esa educación no es patrimonio muy común que digamos: en *La Escuela Doméstica* vengo arguyendo por demostrarlo.

Joven, ¿tratas de casarte con rica? Está bien; mas examina primero si el corazón de tu novia es superior á sus riquezas; si no lo es, rechazalo, por doloroso que te sea, porque esas riquezas serán tu esclavitud, serán la muerte de tu honra y de tu dicha.

La mujer rica sin educación ni virtudes, es tormento infernal del marido pobre. Si éste es inteligente, el mal es más grave, en tanto que para algunos la tontería es cota de malla contra los golpes de las reinas de oro que han elegido para esposas. Un tonto no es marido, como no es hombre; fácil sería probarlo.

Joven ¿no perteneces á la clase de sangre azul, y quieres casarte con quien la tiene color de cielo meridional? Está bien; pero examina antes si la novia tiene corazón superior á las preocupaciones de raza, é inteligencia capaz de comprender tus méritos, si los posees; si está destituída de estas prendas, aléjate de ella y deja que la sangre azul se junte con la sangre azul. La nobleza en alianza con el orgullo y la necedad, es difícil que no haga de la mujer una máquina de tormento para el marido.

¿Eres noble y te inclinas á cónyuge de clase inferior? busca inteligencia, educación, virtud; pero consulta al mismo tiempo tu propio corazón; mira si eres capaz de sobreponerte á tu orgullo, de afrontar el disgusto de tu familia y la murmuración de tu círculo social, y de emplear tal tino, una vez casado, que en vez de descender tú, ayudes á tu compañera á levantarse hasta tí y conquistar con sus méritos el puesto de que la alejó la sangre. No te dejes alucinar por el amor. En el matrimonio, al siguiente día de los *síes* y de la bendición sacramental, la ilusión huye y la verdad asoma, y si el amor no ha tenido estrechas conexiones con ésta, el lugar de aquélla es ocupado muy pronto por el desabrimiento y el fastidio, precursores de inevitables y ruidosos rompimientos y hondas desgracias.

Más de un ejemplar pudiera citarte de cónyuges arrepentidos al otro día de las bodas, cuando á la luz de una reflexión tardía han descubierto los inconvenientes que les ocultó un amor desatinado, ó quizás el velo de un capricho momentáneo.

Siempre, mas en especial cuando ocurren las desigualdades en que vengo ocupándome, una de las cosas en que debe meditarse detenidamente antes de entrar en el matrimonio, es la indisolubilidad de sus lazos. Si es grave eso de exponerse á un enlace en que no sean seguros

la paz y el bienestar de la familia, es terrible verse asediado por el arrepentimiento y el despecho, sin más salidas que la muerte ó un rompimiento deshonroso.

También suele suceder que quien no nació noble y con noble se enlaza, llega á dejarse imbuir de cierto orgullo, y se complace, no tanto de haber subido, cuanto de haber hecho descender á su compañero: lastima entonces el amor propio de éste, de suyo tan delicado, y de la llaga mana el veneno que pone fin á la paz y armonía del hogar.

El interés suele ser casi siempre quien teje los lazos desiguales é inarmónicos: hacéos preceder de una corriente de dinero, y ya veréis si la pretendida pobre, por noble que sea, repara en los bajos quilates de vuestra sangre, ni en vuestros vicios, ni en vuestros defectos, ni en los borrones de vuestra honra. La nobleza desnuda y con hambre es regularmente conquistada por la plebe, y lo que es mucho peor, aun por el vicio despreciable, hasta por la corrupción infame, con tal que á los juramentos de un amor mentiroso acompañen las tentaciones de la abundancia y del lujo.

Habiendo, no obstante, prendas morales y

verdadero amor, no hay duda que el desnivel de raza, de riqueza, de posición social suele llegar á desaparecer; pero es asimismo el interés quien da á la achacosa y repugnante vejez mujeres jóvenes, robustas y bonitas: viejo arrugado y feo; viejo de alma quizás entenebrecida por los recuerdos de un pasado nada limpio; viejo de corazón marchito y estrujado por mil pasiones que han atravesado por él como legiones infernales; viejo cuya inteligencia ha llegado á ser semejante á la higuera maldecida por Jesucristo, cubre de oro tu lascivia, preséntate á la belleza pobre y no temas que no se corone la iniquidad de tu matrimonio. Esta especie de consorcios violentos entre la vida que se hunde al peso de los años y los achaques, y la vida que se alza fresca y lozana, pero teniendo delante un porvenir desierto, nebuloso y frío, hace comprender al hombre reflexivo lo terrible de las exigencias de la miseria. Esta, sólo ésta puede hacer que una joven acepte aunque sea el apoyo de un viejo cascado y nada simpático para atravesar siquiera parte de ese desierto.

Es más frecuente el matrimonio de viejo con joven, que al contrario; pero es verdad también que al dios Himeneo le repugna menos, relati-

vamente, la vejez masculina que la femenina. El joven que se casa con quien pudiera ser su madre ó abuela, merece mayor pena que la muchacha que acepta por marido á un abuelito.

Cierto pollo que, atraído por el ruido de las onzas, se casó con una venerable setentona, tenía por seguro que muy pronto le vendría la viudez, y con ella la libertad y la absoluta posesión de las tentadoras amarillas; pero se engañó, pues la anciana de Judas había sido de naturaleza *matusalémica*, y le vivió ¡¡treinta años!! La viudez, la libertad y el oro le vinieron cuando sólo éste, que no el amor, podía conquistarle novia joven y bonita: el pollo había sido trasformado, por los malditos treinta años de contacto con la vieja, en gallo viejo también, y feo y achacoso.

Entre nosotros, seamos francos, riesgo mayor de hacer mal matrimonio se lleva la mujer que el hombre: con más facilidad se da con una buena esposa que con un buen marido. Y sin embargo, es la mujer en quien domina con mayor insistencia el deseo de casarse.

De esto no se saca ningún argumento en favor del hombre ni contra la mujer: á aquél retrae el

egoísmo, á ésta impele la necesidad; ya lo he dicho.

Pero, eso sí, cuando una esposa resulta mala hace más daño que un mal marido. Y la razón se explica sin mucho esfuerzo: los vicios del hombre obran más de puertas afuera del hogar y los de la mujer de puertas adentro: es decir, causan daño en el corazón mismo de la familia.

Es preciso no olvidar tampoco otra circunstancia: si la mujer corre mayor peligro de ser infortunada en el matrimonio, el hombre, cuando elige esposa, se expone á mayor riesgo de ser víctima de funesto chasco. He aquí cómo: la vida del hombre es más pública, sus virtudes y sus vicios son más fáciles de conocerse, su carácter es más franco, y una mujer, con tal que sea un tanto experta, puede estudiar bastante bien á su pretendiente antes de contraer ningún compromiso. La vida de la mujer es privada; su carácter, hábitos, conocimientos, inclinaciones, todo está encerrado en el círculo doméstico y alumbrado sólo por la media luz de su tocador y su gabinete de costura, y no es fácil que se descubran en ella las buenas ó malas cualidades para la vida conyugal.

La hipocresía del hombre engaña menos que la de la mujer; ésta con más destreza afeita su alma que su rostro.

Prendóse un joven muy estimable de la belle-

za, y más que todo, de la modestia, dulzura de carácter y otras encantadoras cualidades de una señorita; pidió su mano y la obtuvo; no había quien no dijese que el venturoso joven había ganado un tesoro en esa fisonomía de Venus y alma de Serafín; pero al día siguiente del casamiento huyó el Serafín y quedó la Venus animada por una Harpía. Pocas veces se habrá visto más rápida y violentamente desgarrado el velo de la hipocresía, ni desengaño más cruel. El marido, mártir desde la que debió ser luna de miel y fué de acíbar, abandonó á la perversa esposa y fué á morir lejos de la patria; ella, entregada á su mal genio, que ya no podía ni quería disimular, vivió largo tiempo casi en la miseria y ocupada en atormentarse á sí propia.

San Clemente Alejandrino cita en *El Pedagogo* este trozo de un poeta griego: «Oh mujeres, cuán grande es vuestra influencia sobre nuestra felicidad. Ni el poder, ni el oro, ni las más grandes riquezas dan tantas fuerzas ni proporcionan mayor placer que la inteligencia entre una mujer casta y un hombre de bien, cuya unión está cimentada en un tierno y sincero amor.»

Esta es la verdad: una buena mujer es un tesoro inapreciable. ¿Con qué compensaremos este

beneficio del Cielo? Con la hombría de bien, con el amor puro, con el sacrificio de nuestras *libertades callejeras* en aras de la familia.

En el buen matrimonio se gana en dicha verdadera y sólida cuanto se pierde en libertad turbulenta y peligrosa.

En el mal matrimonio se cambia esta libertad por la peor de las esclavitudes, puesto que un marido despótico ó viciado, ó una mujer necia, caprichosa y de mal genio, son los más crueles de los amos.

«En un mundo en que todo se mueve, escribía con verdad M. Michelet, es necesario tener un punto fijo en que poder apoyarse, y este punto es el hogar. El hogar no es una piedra, como frecuentemente se dice, sino un corazón: el corazón de una mujer.»

En torno de este *hogar*, á su dulcísimo y vivificante calor, se agrupan esposo, hijos y domésticos en busca de una felicidad que no les es posible hallar entre las heladas ráfagas de la publicidad.

Cuando ese *hogar* se enfría, todo muere en contorno; cuando se petrifica, la discordia hace de él su parapeto para combatir contra la unión y el bienestar de la familia.

Casarse, llevando al matrimonio las buenas disposiciones que exige este acto solemne y decisivo de la vida, es buscar ese *hogar*.

Casarse á tontas y á locas, sin llevar virtudes al matrimonio ni buscarlas en el cónyuge, no es procurarse ese *hogar* sino tenderse en el lecho de Procusto ó meterse en el toro de Phálaris.

Al tratar de ciertas desigualdades que traen funestas consecuencias al matrimonio, he indicado la cordura con que es necesario proceder; pero no he dicho lo bastante y quiero añadir algo, que no será por demás en tan arduo asunto. ¡Ea jóvenes, abrid los oídos!

¿Queréis casaros? aplaudo vuestro propósito: soy entusiasta partidario del matrimonio, de aquella atracción de las almas, de aquella armonía de los corazones, de aquella unión de las voluntades fecunda para el bien, que labra el hogar, y crea y establece la familia y es garantía de prosperidad para la patria. ¡Casaos! ¡casaos!

Pero cuenta, joven, con que te dejes cegar por la pasión cuando quieras llevar tu ofrenda al altar de Himeneo; para ningún acto de la vida se necesita tener ojos más libres de vendas, que para la elección de la mujer á quien se ha de entregar corazón, mano, vida y suerte futura. Observa, pues, con cuidado quiénes son los padres de tu novia, cual su familia y qué educación ha recibido. Hija de padres que no cultivan

virtudes domésticas, en quienes la religión es descuidada y la honradez problemática, que no hacen gran caso de la honra propia ni respetan la ajena; joven criada en el seno de familia donde reinan la ociosidad, el desorden y el desaseo; joven por extremo mimada, habituada al lujo y la vanidad, aficionada á bailes y espectáculos; joven que gusta mucho de la publicidad, y que no teme aceptar en el paseo el brazo de cualquier tunante ni que le eche puñados de flores rociadas de malicia, es difícil, es casi imposible que llegue á ser buena casada: en esa joven no puede haber corazón capaz de formar el núcleo de la familia, de ser *hogar*, de ser santuario de los tiernos y nobles afectos que constituyen la felicidad doméstica. Deséchala, olvídala.

Señorita, cuenta con que te dejes alucinar por el amor. ¡Oh cuán fácilmente se alucina la mujer en tu edad! Las advertencias anteriores son también para tí. La edad florida, la gallarda apostura, la amabilidad del trato de un joven son prendas que seducen, pero pueden ocultar un áspid. Tampoco te fíes de los caudales de tu pretendiente, ni de su bonita quinta, ni de su lujosa casa: esas propiedades pueden ser las de un monstruo. No te deslumbre su posición social: á ésta no siempre se sube por los escalones de la virtud y de la inteligencia bien cultivada; especialmente en nuestras repúblicas democráti-

cas, que más bien deberían llamarse demagógicas, el hervor de las revoluciones levanta todos los días á la superficie de la sociedad su vil escoria á que brille un momento dorada por las circunstancias, en tanto que el oro del verdadero mérito desciende al fondo y aguarda que la mano de la opinión ilustrada y justa le saque á la luz del sol. ¡Oh, niña! mira que es absurdo apreciar á un novio sólo por su posición social, y juzgar de ésta por las apariencias. Pide á Dios que te dé claro entendimiento y rectitud de juicio, y ve de examinar y avalorar al hombre que quiere hacer de tí el complemento de su ser moral y social: averigua si tiene el corazón labrado por la virtud y capaz de amor casto y firme, la mente ilustrada por el estudio, las manos dispuestas para el trabajo, el ánimo fuerte para las contrariedades y amarguras de la vida conyugal; pues necesario es tener en cuenta que amarguras y contrariedades son obligado contrapeso de las dulces afecciones y de los placeres del matrimonio. Si resulta que tu novio posee tan buenas cualidades, acéptale; si no las tiene, deséchale sin piedad, olvídale para siempre.

Los malos suegros y cuñados son como el Cotopaxi: cuando menos se les teme hacen su erupción y se llevan por delante, envueltos en la lava de la maledicencia, la paz, el orden, la economía: todo el bienestar de una familia.

Para neutralizar la funesta acción de esa plaga, nunca sobra prudencia. Cuando resultan suegros y cuñados de mala ley, conviene huir de su trato íntimo y sobre todo, no entrar jamás en ningún negocio con ellos.

La pobreza, no hay duda, es grave inconveniente para el matrimonio. Cuando no existe sino aquella dualidad de personas formada por el amor y santificada por la bendición de Dios, las necesidades son cortas y se satisfacen sin dificultad; pero van viniendo los hijos, va ensanchándose la familia, y las necesidades crecen á par de ese incontenible ensanche, y si los medios de subsistencia no se aumentan en proporción, llega un día en que la pobreza desciende á ser miseria, y en que la miseria engendra mil males que no se previeron en los momentos del enlace irreflexivo y desatentado.

«Él sin capa y yo sin manto, matrimonio santo,» solían decir nuestros abuelos; y los amartelados del día suelen repetir entre las efusiones de su poética pasión, esta ó semejantes frases: «Contigo y tu amor seré feliz en una choza.» Pero desgraciadamente el idilio va danzando alegre delante de los novios sólo hasta el pie del altar, y la bendición nupcial es como la piedra con que la verdad austera é intolerante lo espanta y ahuyenta para siempre. El matrimonio y la familia tienen también su poesía; pero ésta no se

contenta con lo verosímil, y exige la verdad absoluta. Es poesía mixta entre filosófica, didascálica y elegiaca. Cuando hay desconcierto en el matrimonio, degenera en cómica, que es la poesía menos poética inventada por Apolo.

Es preciso, pues, que antes de casarse los novios aseguren algún patrimonio, en su defecto una profesión ó industria honrada y lucrativa, y en todo caso hábitos de trabajo y economía. Es preciso desterrar del ajuste matrimonial, como muy perniciosos para el futuro establecimiento del hogar, el idilio y el sentimentalismo con todas sus flores, almíbares, tiernos suspiros y celestiales deliquios. El amor que trae la felicidad al matrimonio, no es ciego ni alocado, es todo lo contrario, y no sacrifica á deleites momentáneos, la ventura del porvenir.

Quisiera también inculcar á los jóvenes invencible aversión á los enlaces entre parientes inmediatos, abuso pernicioso que se ha hecho harto común entre nosotros. La Iglesia, sabia en todo, los ha prohibido, y las observaciones de la ciencia han venido á justificar esa prohibición. La naturaleza, que gusta de la renovación y alternación hasta en las simientes que se confían á su acción fecundante, muestra repugnancia á la procreación humana proveniente de elementos que tienen un mismo origen. Un célebre médico europeo observó, no ha muchos años, que en el

establecimiento de sordo-mudos que tenía á su cargo, más de la mitad de estos infelices eran hijos de parientes dentro del cuarto grado de consanguinidad. De los matrimonios de primos hermanos, de tíos con sobrinas, de sobrinos con tías, nacen hijos física é intelectualmente degenerados: naturalezas raquíticas, enfermizas y hasta deformes, corazones pusilánimes, cabezas ésteriles. Pudiera citárseme ejemplares en contrario; mas yo también señalaría con el dedo gran número de argumentos vivos que confirmasen mi aseveración. Para nosotros los católicos bastaría la prohibición de la Iglesia para que nos abstuviésemos de esa especie de enlaces, y para que, en vez de solicitar frecuentemente dispensas de parentesco, nos esforzásemos en evitar las ocasiones que las hacen necesarias.

Para terminar este párrafo debo consignar una observación de M. Spruce, viajero inglés nada común, que pasó largos años en las regiones amazónicas. Referíame, pues, aquel amigo, que había dado con una tribu indígena bastante numerosa, cuyos individuos eran notables por la robustez y belleza de las formas, así como por una inteligencia más clara y viva respecto de la de los demás salvajes. Estudiando sus costumbres é inclinaciones, halló que tenían aversión profunda al matrimonio entre parientes, y

que para evitarlo averiguaban escrupulosamente la ascendencia y ramificaciones genealógicas de los novios, prefiriendo muchas veces buscarlos en tribus lejanas y extrañas.

***

El matrimonio de los viudos rara vez, quizás nunca, se funda en un amor casto y desinteresado. Si el primer matrimonio ha sido bueno, el verdadero amor ha bajado al sepulcro con el difunto cónyuge; si ha sido malo, los desengaños y las reyertas y penas lo han asesinado en el corazón de ambos, y no tengo noticia de que la viudez posea el filtro que le haga resucitar. Un hoyo en la tierra esconde el cadáver del esposo ó esposa que ha sucumbido; el corazón del que sobrevive esconde el cadáver del amor.

Con todo, no repugna el matrimonio del viudo joven y sin hijos. La segunda soltería puede muy bien obtener algunas sonrisas de Himeneo, á pesar de los recuerdos del primer amor que partió á la eternidad. Pero si estos recuerdos son los hijos, los hijos que ocupan por la fuerza de una ley natural gran parte del corazón del padre, y no obstante son expuestos por éste al riesgo de la mala voluntad ó del odio de una persona extraña que va á partir con él casa, mesa, lecho, dominio del hogar, afectos y todo;

los hijos que van á tener hermanos á quienes tal vez no amarán, y de quienes probablemente no serán amados; los hijos que á la desgracia de ser huérfanos van quizás á ver añadida la de ser aborrecidos, menospreciados y maltratados, ¡oh! entonces es imposible que el númen tutelar del matrimonio sonría una sola vez al viudo que le pide sus favores, y lleva ante él una nueva compañera.

***

Hay personas que han gastado los mejores años de su vida en matar el amor y profanar el corazón entre el pecado y el escándalo. Los frutos de esa vida son los hijos ilegítimos. A veces la necesidad de legitimarlos oblígalos á aceptar enlaces que en otras circunstancias los avergonzarían ante la sociedad; pero frecuentemente sucede también que buscan mejor partido, y abandonando á los cómplices de su delito, se casan con mujeres honradas; es decir, en lo que llaman *mejor partido*, que nunca puede serlo cuando los precedentes han sido malos y vergonzosos, consuman su propia desgracia y labran la de sus cónyuges. Esos matrimonios nunca pueden ser felices: entre las relaciones rotas y las nuevas se cruzan elementos de discordia y malestar constantes; entre la familia legítima y la

ilegítima jamás puede establecerse la unión fraternal; suele suceder que en los miembros de ésta se engendran ciertos celos mezclados de despecho, que tarde ó temprano obran contra los hijos de bendición. Menos pernicioso y censurable es quien por corrupción ó necedad, ó por ambas cosas juntas, ha creado una familia fuera de las leyes del honor y la decencia, se casa con la compañera de sus extravíos, que no que abandonando á ésta llena de celos y odio mortal, busque otra para convertirla en víctima más que en esposa, y forje la desgracia de dos familias.

***

Acontece frecuentemente en las familias aristocráticas que cuando hay en ellas un miembro calavera y disoluto, se busca su salvación en el matrimonio. Dícese que á veces esta pócima ha producido buenos resultados, y que no faltan quienes, habiendo sido truhanes y perdidos cuando solteros, el matrimonio los ha transformado en hombres de bien y excelentes padres de familias; pero es infinitamente mayor el número de los que llevan el saco de sus vicios al hogar, y cargados de él descienden á la tumba. Pasma, á fe mía, la heroica imprudencia de las mujeres que aceptan enlaces con esos seres degradados,

apoyadas en la vaga esperanza de que serán ellas quienes reorganicen, por decirlo así, unas máquinas desbaratadas por el demonio de la concupiscencia y el libertinaje. ¡Pobrecitas! en vez de ser obreras de conversiones tan difíciles, preparan con sus propias manos su infortunio y el de su familia, sin que nadie haga por ellas el sacrificio que ellas hicieron por ver de regenerar á los hombres á quienes entregaron su corazón y destino.

***

Es natural en los padres buscar la felicidad de sus hijos: por ellos y para ellos viven, trabajan, sudan y se desvelan incesantemente. Creen muchos conquistar esa felicidad por medio del matrimonio, y á veces lo consiguen. Para esto es preciso, además de una educación esmerada y de haberlos acostumbrado á la virtud, el trabajo y el honor, guiarlos con suma prudencia cuando el amor los atrae al matrimonio. Rara vez sucede que los hijos vean este grave asunto con más claridad que los padres calmados y cuerdos: aquéllos lo ven por la lente mágica y seductora de una pasión que los domina, y éstos con la mirada limpia de su larga experiencia puesta al servicio de esos pedazos de su corazón. Hacen muy bien los padres que intervienen activamente en el matrimonio de sus hijos, y le favorecen

cuando se presenta con probabilidades de ser feliz, y se oponen á él y lo impiden con todas sus fuerzas cuando las probabilidades en contra lo están mostrando con todos sus inconvenientes y peligros. Mas para tal intervención es preciso que los padres llamen en su ayuda toda su calma, toda su prudencia, todo el tesoro de su experiencia, toda la diplomacia del corazón, diré-lo así, en connivencia con el poder del buen juicio. Con tino y bondadosa maña han de contribuir á estrechar el nudo, si conviene; con tino y sin precipitación ni vulgares habladurías lo han de deshacer, ó más bien impedir que se forme, cuando no conviene.

Una de las vulgaridades más comunes y repugnantes en estos asuntos de familia, es la de entenderse en averiguar y comentar chismecillos y mentiras, que á las veces, á causa de la importancia que se les presta, llegan á producir desagradables consecuencias. Cuando suena el proyecto de un matrimonio, se dispierta en algunas personas de carácter bajo é indigno la comezón de mezclarse en él, como si en ello estuviese empeñada su propia suerte, y allá van los cuchicheos, las averiguaciones imprudentes, las noticias oficiosas, los comentos maliciosos, las palabritas sueltas con sus infames reticencias. Si en estos dimes y diretes en que tan de relieve se pone la falta de cultura de nuestras

costumbres, no entra de por medio la cordura de los novios y de sus padres, en vez de bodas hay batallas domésticas, cuyos resultados son el rompimiento y el odio entre familias que acaso antes fueron amigas y unidas.

Hay padres cuyo deseo de casar á sus hijos raya en una cuasi locura. Tengo para mí que no hay en ellos tanto anhelo de asegurar su felicidad, cuanto de darles estado bueno ó malo, y de aliviar por este medio la carga de la familia, con la cual no están muy conformes. Son las hijas especialmente las víctimas de ese tonto y criminal anhelo, y las madres (¡cosa increíble!) quienes se muestran más decididas por entregarlas á los primeros que solicitan su mano, sean quienes fueren. Causa indignación ver como algunas madres, á quienes no se injuriaría calificándolas de brutales, obligan á niñas de doce ó trece años á dejar las muñecas y los infantiles juegos, y aceptar un estado para el cual se necesita cuerpo completamente desarrollado, alma con sus facultades en plena sazón y corazón capaz de comprender y sentir verdadero amor. Esas criaturas que comienzan á ser por fuerza mujeres antes de haber dejado de ser niñas, comienzan también á ser desgraciadas en la única edad en que la ignorancia de las cosas del mundo y la limpieza de la conciencia proporcionan verdadera felicidad.

Esa precipitación incalificable, ó el interés de loca ambición ó vil codicia, ó un amor desatentado, hacen asimismo que padres y novios acepten á ciegas, no pocas veces, enlaces en que corre manifiesto peligro la fe religiosa y las sanas ideas de las familias. Nunca admiraré bastante la incomprensible conducta de los padres que se precian de católicos y ufanan de la rectitud de sus principios políticos y sociales, y no obstante consienten que sus hijas se casen con hombres de impiedad conocida y de ideas opuestas de todo en todo á la enseñanza católica. ¿Cómo no temen que una rama desgajada de su familia,—de su familia regada por el rocío de la fe y alimentada por el ejemplo de abuelos ortodoxos,—cómo no temen, digo, que esa rama bendita forme parte de un árbol que naturalmente ha de llevar frutos de maldición? Los hijos de un impío, de un enemigo de la Iglesia, de un demagogo, ¿no han de ser también gente perdida para Dios y dañosa á la sociedad? ¿No es tristísima cosa que de una madre católica (si ya no es que también se ha pervertido con el influjo del mal esposo) nazca esa generación-proterva, broten esas almas desdichadas que se corrompen temprano, y cuya influencia lleva la muerte á su vez á otras y otras almas? Católico soy, como católico hablo y á padres católicos me dirijo: deseo que las conciencias de éstos no se duerman so-

bre tan delicado asunto, en que no ya la suerte temporal de las almas, sino la interna está expuesta. ¿Hay cosa que más deba interesar á una conciencia sinceramente católica?

Terminemos.

La religión, la patria, la sociedad. la moral, la civilización tienen interés vital en el matrimonio. Todas ellas ganan, si es bueno; todas pierden, si es malo. En el buen matrimonio tiene su origen la verdadera familia, esta agrupación de corazones puros y de almas generosas que se encaminan al cielo derramando toda especie de bienes en su tránsito por la tiera. De esa familia nace el patriotismo, de ella el progreso social, de ella la luz que se difunde por los pueblos bautizada con el nombre de civilización.

Pero del matrimonio descabellado, del matrimonio que acaso tiene origen criminal, de la unión de un hombre irreligioso, ó demagogo, ó tuno y corrompido con una mujerzuela desjuiciada y frívola; de esos pactos del interés con el interés, de la riqueza tiránica con la hambrienta miseria, de la ambición que á trueque de ser satisfecha no teme juntarse con la deshonra; de la conjunción de la lubricidad con la coquetería, del despilfarro con la ociosidad, del vicio con la desvergüenza; de un nido de ignorancia y costumbres aplebeyadas y viciadas, ¿qué bien

podrá nacer jamás? ¿qué luz podrá brotar? ¿qué cooperación civilizadora podrá esperarse? Al contrario, allí está la inmunda fuente de toda inmoralidad, de todo retroceso al salvajismo, de toda deshonra; de allí, de ese *Mar muerto* de la sociedad arrancan las olas de la barbarie que nos amenazan por todas partes. Cada mal matrimonio es un triunfo de Satanás sobre la civilización cristiana.

XII

MAESTROS Y MAESTRAS (1)

El hombre civilizado es obra de la educación y la instrucción. La primera se apodera de su corazón y la segunda de su inteligencia, y acordes ambas trabajan en formar un ser perfecto, en cuanto lo consiente la débil naturaleza humana.

El hombre educado, pero sin luces, es hombre incompleto; el hombre ilustrado, pero de corazón zahareño y sin virtudes, lo es igualmente.

Las raíces y el núcleo de la educación están en el hogar doméstico; los maestros de ella son

---

(1) Este capítulo no formó parte de la primera edición de *La Escuela Doméstica*, pues se publicó algunos años más tarde en el *Semanario Popular*. Lo incluímos, sin embargo, en esta edición, pues esa fué la voluntad del autor.—*N. de la R.*

los padres. Las escuelas, los colegios, las universidades, etc., son los laboratorios de la instrucción.

Pero en estos establecimientos se educa también. Si así no fuera, en ellos vendrían á escollar los esfuerzos que hacen los padres de familias que se empeñan en educar á sus hijos.

Hay más: infinidad de padres de familias descuidan este sagrado deber, y entonces los maestros tienen que hacerlo todo.

¡Ay! ¡y cuántas veces los niños y los jóvenes pierden en sus casas y junto á sus padres las virtudes que aprendieron en las escuelas y los colegios!

Esto sucede, sobre todo, entre la gente del pueblo y del campo: corazones que asean y adornan las diligentes manos del maestro, vueltos á la casa paterna se ensucian y desarreglan de manera lastimosa.

La falta de armonía entre los elementos morales de que se rodea al niño, y en la dirección que se le da, produce pésimos resultados.

Alto, noble y transcendental es el cargo de maestro, y sobre él pesa inmensa responsabilidad. Bajo cierto respecto, puede decirse que en manos de los maestros está el porvenir de la patria.

No basta que un maestro sea ilustrado y sepa cuanto conviene en materia de pedagogía; no

basta que sea de conducta intachable; es preciso, además, que sepa aplicar y utilizar en beneficio del discípulo sus conocimientos y sus virudes, y que tenga sumo tino y prudencia para conocer las inclinaciones buenas y malas del tierno corazón que se le ha confiado, para fomentar las primeras y extirpar las segundas; es preciso que sepa cuándo ha de castigar, cuándo ha de premiar, cuándo conviene el disimulo, cuándo la prontitud de un acto de reprensión ó de estímulo, cuándo la paciente labor que dé el apetecido fruto.

Por desgracia no abundan entre nosotros los buenos maestros. ¿Y qué importa que se multipliquen las escuelas y colegios, si el personal docente no satisface? ¡Qué maestros los que vemos comunmente, sobre todo en las escuelas de los campos y aldeas! Es verdad que enseñan á leer, escribir, contar, etc.; pero ¿y lo demás? Quiero decir, ¿dónde, con pocas excepciones, está el buen ejemplo, el tino en la corrección, el estímulo prudente, el estudio moral que debe hacerse del niño para formarlo y dirigirlo?

La patria no ha menester simplemente de hombres que puedan depositar su voto en las elecciones, llevados de grado ó fuerza por quien se interesa en ellas; y éstos son los hombres que salen de nuestras escuelas, especialmente de las de los campos: la patria necesita ciudadanos

que comprendan sus derechos y deberes y sepan lo que han de hacer y lo que no han de hacer,—que respeten su conciencia, que sean virtuosos, que amen su honra; y estos ciudadanos deben formarse en los establecimientos destinados á la educación y la instrucción.

Soy partidario decidido de los institutos religiosos docentes, y esta decisión me viene, prescindiendo de mis ideas sobre moral y civilización, de los buenos resultados que se observan de la enseñanza de esos institutos, cuya historia es tan gloriosa. No niego que entre los maestros seculares los hay excelentes; pero examinando en general las condiciones de unos y otros, resultan mayores ventajas de parte de los primeros. Para convencerse de esta verdad, basta fijarse en que las personas que han abrazado la vida religiosa con el fin de enseñar, cumplen un deber que se han impuesto voluntariamente, en tanto que las demás que se han dedicado á la enseñanza, puede decirse que desempeñan un deber de encargo. En los unos hay el móvil del interés de la niñez y la juventud; en los otros, aun cuando exista este interés, está mezclado con el personal. En los unos hay abnegación, en los otros necesidad; y si en éstos hay también aquella virtud, es adquirida y sustentada por fuerza.

Pero es casi imposible, ó más bien es imposible

absolutamente, hacer que todas las escuelas y colegios estén dirigidos por maestros no seculares: ¿cómo, por ejemplo, multiplicar las escuelas de los Hermanos Cristianos poniéndolas hasta en nuestras aldeas? ¿cómo poner colegios de la Providencia y de los Sagrados Corazones en todos nuestros pueblos? Esta dificultad pudiera vencerse en gran parte por medio de las escuelas normales dirigidas por esos institutos. Es preciso hacer del magisterio una verdadera profesión: es preciso formar maestros. Una vez persuadidos éstos de que su *profesión* es la enseñanza, de que se han cargado voluntariamente de un deber sagrado, de que tienen sobre sí una responsabilidad inmensa de moral y patriotismo, no sería tan sensible la diferencia entre los maestros religiosos y los seglares, y la educación é instrucción corresponderían á su elevadísimo fin. Entonces llegaríamos á tener maestros de conducta intachable, que no escandalizaran á sus discípulos con el ocio, la embriaguez y otros vicios, y maestras que no dañasen el alma candorosa de las niñas con el ejemplo de su propia coquetería, sus afeites, y copetes, y polisones y hasta su aficción á diversiones nada á propósito para abrir á sus educandas el camino de la virtud y el honor. Maestros y maestras enseñarían y educarían bien, y contribuirían á la regeneración de nuestros pueblos: pondrían los funda-

mentos del verdadero progreso, que no consiste tan sólo, como parece entenderlo cierta clase de gente, en los adelantos de las artes, ciencias, etc., encaminados á hacer más cómoda y agradable la vida material, sino también y principalmente en hacer más apto al hombre para que llene el destino moral que Dios le ha señalado como á su criatura predilecta.

***

El deber cumplido por fuerza y no por interés de los maestros de que aprovechen sus discípulos, se nota en el poco ó ningún empeño que suelen poner muchos en la enseñanza en los primeros meses del año escolar; á veces dejan sus afanes para los últimos días. Al principio esos maestros asisten poco á las escuelas y se ocupan en otros asuntos personales, y cuanto enseñan parece que lo hacen sujetándose más á la voluntad de los niños, casi siempre adversa al trabajo, que á la necesidad de su aprovechamiento. Es común que el maestro deje la escuela durante largas horas al cuidado de un niño á quien tiene por más aprovechado; éste ó no enseña nada porque prefiere divertirse y ociar con sus compañeros, ó infatuado por la confianza que le ha hecho el superior, se convierte en tiranuelo de los chicos y desvalidos. En todo caso hay desor-

den en el establecimiento y nadie estudia. Pero se aproxima el tiempo de los exámenes, y ahí vienen el apuro, y la angustia, y el festinarlo todo. Auméntanse las horas de trabajo, se recargan las lecciones, se violenta la memoria y el entendimiento de los niños á costa de su voluntad dejada hasta entonces sin ejercicio ni estímulo; y ¿cuál es el resultado? un estudio superficial, incompleto y que dura tan sólo el tiempo necesario en que se rinden los exámenes. Pasados éstos, se borra de la memoria de los alumnos cuanto forzadamente aprendieron, como se borran de la pizarra los guarismos que trazaron en el momento de la prueba. Quienes de tal manera enseñan, no son maestros; esas no son escuelas; los niños pierden tristemente su tiempo.

Pero es preciso que el maestro *se luzca* para que pueda conservar su empleo; y aunque no le ha importado un ardite el verdadero aprovechamiento de sus discípulos, sí le importa mucho que los exámenes sean aparatosos para que los padres de familias queden satisfechos y las autoridades no vacilen en dar brillantes informes. Para esto es buen expediente, y ya generalmente aceptado, el hacer que los niños aprendan de memoria discursos en prosa y muchas poesías, que recitan en lo que podría llamarse los entreactos del examen. ¡Y qué recitaciones! ¡cómo declaman esos pobres niños! Con frecuencia alter-

na la música; y las vocecitas chillonas, y los bracitos que se mueven desacordes con las palabras, y los clarinetes y el bombo, halagan á los concurrentes que juzgan una maravilla el *acto público* y al maestro un portento en el arte de enseñar.

No desapruebo la costumbre de amenizar los exámenes de la manera dicha; es útil, además, que los niños aprendan la declamación, que enriquezcan su memoria con escogidas piezas poéticas, que se desnuden, con acostumbrarse á hablar en público, de la excesiva timidez que andando el tiempo les sería perjudicial, que, en fin, se toque buena música así para animarlos como para gusto y placer de la concurrencia; pero ¿quién podrá tomar por bueno todo eso cuando raya en abuso? ¿quién aprobará que gran parte del tiempo de un examen se consuma en declamaciones y músicas, porque así lo ha querido el maestro que se empeña en tapar de ese modo la ignorancia de sus discípulos, de la cual es responsable? Puede tenerse como regla segura lo siguiente: maestro que toma vivo interés en que haya en el examen mucho discurso, mucho verso y gran ruido, es porque tiene conciencia de que ha enseñado mal.

En la distribución de premios es más natural todo aquello cuyo abuso acabo de censurar: entonces ya no se trata de saber si los discípulos,

han aprovechado ó no las lecciones que han recibido durante el año escolar, sino de estimular con justo galardón al niño talentoso, aplicado, de buena conducta, etc., y es bueno, muy bueno que el acto rebose de alegría. Allí la orquesta, allí el canto, los discursos, la declamación de trozos poéticos, todo viene de molde más que en los exámenes. Con todo, prescindiendo de las injusticias que suelen cometerse coronando de preferencia á los niños de familias influyentes, aunque sean unos pillastres poco ó nada aprovechados, con perjuicio de otros pobrecillos que lo merecen más por sus buenas prendas y buenos estudios, hay algo que, á mi juicio, no es conveniente y trae malos resultados: hablo de las representaciones escénicas con que á los mencionados actos suele darse amenidad en escuelas y colegios. Designados los niños ó niñas que han de desempeñar los diversos papeles en el drama ó la comedia, sus padres quieren lucirlos, nace la rivalidad, de aquí el lujo, y éste requiere gastos que no todos ellos están en posibilidad de hacer. Nadie quiere que su hijo se presente menos bien que otro por su traje. Los ricos se empeñan en ostentarse ricos y los pobres se empeñan en probar que pueden competir con ellos, y hacen desembolsos que no deben. Fácil es comprender que en esto obra un orgullo de mala ley, y este orgullo contamina el corazón de los

niños. Si son niñas, el mal es más grave: al través de su inocencia comienzan entonces á traslucir la vanidad mundana que tantos estragos causa en las familias y en la sociedad. He ahí un acto que parece muy sencillo y muy inocente, y que sin embargo lleva en sí el germen de un vicio. Las piezas dramáticas que se eligen son siempre morales y edificantes; pero ¿lo son el lujo con que se viste á los niños, la rivalidad que se crea entre ellos, la vanidad que se les infunde? ¿Se cree que estos principios del mal obrarán en sus tiernos corazones con menos eficacia que la moral del drama? Yo no lo creo. Por otra parte, digan lo que dijeren los partidarios de estas representaciones infantiles, la moralidad de las piezas, y la inocencia de los que actúan en ellas, y la gracia con que á veces se desempeñan, no alcanzan á encubrir cierta ridiculez en tales actos: esas barbas canas en rostros de diez años, esos heroísmos en muñequillos de escuela, esas matronas, esas damas de á vara de alto y de caritas de ninfas de porcelana; y todos ellos representando escenas y hablando en tiple un lenguaje del todo impropio de la niñez, me han hecho muy mal efecto siempre que he asistido á los teatros de escuela. Y muchas personas serias y juiciosas me han dicho que en esta materia piensan como yo.

¿Y qué diré cuando esas representaciones, sa-

cadas de las escuelas, adquieren condiciones de mayor publicidad y toman un carácter verdaderamente profano? Hace poco en una ciudad cuyo nombre conviene ocultar, la Directora de una escuela dió una función con sus alumnas como la da cualquier compañía dramática por especulación: se cobró una cuota de entrada, y bien puede decirse que se pusieron en venta el pudor y la inocencia de unas cuantas niñas tiernas y delicadas. No es de admirar tanto que los padres de familias se hubiesen resuelto á gastar buenos pesos en los vestuarios de escena de sus hijas, cuanto que no hubiesen penetrado lo mal que hacían con prestarlas para un acto tan repugnante. ¿Qué bien esperaban para ellas? alguna lección útil para su inteligencia? ¿alguna semilla de virtud para su corazón? ¿Creen que la frivolidad, la coquetería, el desenvolvimiento mundano en que se inicia á las niñas en actos semejantes, sirven para formar buenas hijas, buenas esposas, buenas madres de familias? Si tal creen, á fe que tienen peregrina idea de la educación de la mujer, de la organización cristiana de la familia y del progreso social! Sigan con esa idea, continúen obrando acordes con ella, y dentro de pocos años cosecharán los frutos de lo que hoy siembran.

Antes de terminar este artículo, séame permitido demostrar mi juicio acerca de otro punto

relacionado también con las escuelas. Y lo haré muy brevemente. De algunos años acá, en algunas ciudades, incluso esta capital, se ha introducido la costumbre de hacer tomar parte en las principales fiestas religiosas á los niños de diversa manera que lo hacían en otros tiempos; entonces se presentaba en ellas á los más tiernos, ayunos todavía de lecciones de escuela, vestidos de ángeles y pastorcillos; se los ve aún en las fiestas de las aldeas; en el día se saca á los escolares, pero con distinto disfraz. Nada más tierno y bello que la participación de la inocencia en el culto divino; todos sabemos cuánto amaba Jesús á los pequeñuelos y cómo los atraía á sí y los bendecía; tengo, pues, por cierto, en vista de lo que nos refiere el Evangelio, que Dios se agrada de verse rodeado de esos seres cuyos corazones conservan la pureza de los ángeles. ¡Qué hermosas son aquellas hileras de niños y niñas sencillamente vestidos, llevando en las procesiones emblemáticos estandartes y ramos de flores! ¡qué encantadores son esos grupos de chicos que van delante del Santísimo cantándole tiernos himnos! Todo esto está bien, perfectamente bien; pero ¿debe alabarse de igual modo el remedo del Papa, de los Cardenales, de los zuavos pontificios? No; porque de la sencillez y la naturalidad se ha pasado á lo pueril y caricaturesco. El Papa y los Cardenales tienen un ca-

rácter religioso demasiado grave y alto, sus personas son por extremo venerables, y es inocentada que pasa de raya eso de contrahacerlos en las personas de los niños. ¿Cómo no se cae en la cuenta de la ridiculez de un muchachito de cara de manzana, vestido de pontifical y muy orondo, en medio de su *Sacro Colegio* de otros chicos, en quienes sientan pésimamente el bonete cardenalicio y la forzada seriedad del rostro? ¿Y no es igualmente risible el remedo de los zuavos? ¿Qué es ver esos chicuelos con un vestuario que no les es propio, con armas de fuego y marchando á un paso que disuena de su edad y de su porte? Yo desearía, y, sin duda, desearían conmigo todas las personas que ven en las funciones religiosas actos muy serios y de significación muy elevada, que desapareciesen esas puerilidades, con las cuales ni se honra á la divinidad ni se satisface el gusto de las personas que las miran, á menos que haya descendido al nivel del gusto del populacho.

A MIS HIJOS

El 23 de Junio de 1872

Acercaos á mí, tiernos amores;
Formad un grupo en la presencia mía...
¡Oh qué bien! semejáis grupo de flores,
Emblema de inocencia y de alegría!
Hijos míos, me véis con unos ojos
En que el alma feliz toda se muestra,
Y es capaz de volver un mar de enojos
En mar de dichas la sonrisa vuestra.
La ingrata suerte á veces en mi pecho
Ha derramado matador acíbar,
Y el milagro vosotros habéis hecho
De lo acerbo trocar en grato almíbar.
¡Cuánto podéis, alegres geniecillos,
Luz de mi hogar, y animación y vida!
Si á la paterna libertad sois grillos,

¿Hay prisión más gustosa y más querida?
Vosotros sois mi gozo y mi riqueza,
Vosotros sois los ídolos de mi alma,
Dios, de mi único amor por la pureza,
En vosotros me ha dado insigne palma.
Quien paternal terneza no ha sentido,
De haber amado bien jamás se alabe;
Quien no ha besado á un ser de sí nacido,
Lo que es dulzura celestial no sabe;
Quien de un hijo adorado en la existencia
No contempla brillar la suya propia,
De su destino ignora la excelencia
Y la gloria de ser de Dios la copia.
Mas no siempre tranquilo está el océano
Ni sin nube ominosa el firmamento,
Ni en medio del placer el pecho humano
De amargas pesadumbres late exento.
Hoy me siento feliz; pero en el fondo
Del corazón de goces inebriado
Un no sé qué sombrío y triste escondo
Que al labio mío descifrar no es dado.
Pienso en vosotros, como nunca, ahora,
Y vuestra suerte averiguar procuro;
Mas ¡ay! en vano el pensamiento explora
Las cerradas tinieblas del futuro!
¿Qué os guardarán los misteriosos hados?
¿Qué será de vosotros? Venturosos,
¿Aumentaréis mi dicha? Infortunados,
¿Haréis mis días tristes y angustiosos?

¿Vendrá la senectud á helar mi vida
Sobre el sepulcro vuestro? ¿ó bien acaso
Entre las sombras fúnebres hundida
La lloraréis de inesperado ocaso?
Cuarenta veces Junio ha transcurrido
Desde que estoy del mundo en la posada;
Cuarenta, sí, recuerdo que he vivido.
¿Viviré un día más?... ¡Yo no sé nada!

* * *

Hijos míos, nada sé
De lo que está por venir;
Mas si yo no he de vivir,
Vivan mis consejos que
Os pueden mucho servir.
Mis palabras son de vida,
Os lo aseguro, pues son
Palabras de religión
Y de honra no desmentida.
Hijos míos ¡atención!
De la fe que ha iluminado
Los días de mi existencia
No os apartéis: es la herencia
Que os doy de más encumbrado

Precio y de más excelencia.
  Llama eterna de verdad,
Consuelo á toda amargura,
Mina inmensa de ventura,
Que la divina Bondad
Dió á la humana criatura.
  A quien de veras cristiano
Fía en Dios, no agobian males,
Pues éstos son terrenales,
Y él inmune ciudadano
De los reinos celestiales.
  Y si alguna vez caído
Le véis, caído estará
Su cuerpo, mas no rendido
Su espíritu, que nutrido
De heroica virtud está.
  Cuando hablar mal escuchéis
De la cristiana doctrina
(Si tal desgracia tenéis)
Engañaros no dejéis
Del lenguaje que fascina.
  Huid del que así, perverso
O ciego infeliz, se emplea
En la espantosa tarea
De aplicar al universo
De los infiernos la tea;
  O bien si sabiduría
Os da Dios y fácil pluma,
O el don de dulce armonía,

O de guerreros, en suma,
La indomable valentía.
  Ciencia, pluma, estro ó acero
A la causa consagrad
De Dios y la humanidad,
Y noble, firme y severo
Siempre el ánimo ostentad.
  Después de Dios, hijos míos,
La Patria. ¡Oh! yo dificulto
(Y aún pensarlo fuera insulto)
Que ingratos podáis ó fríos
No rendirla amor y culto.
  Para ella es la inteligencia
Y el corazón generoso;
Para ella toda obediencia:
Por su honor ó su existencia
Sacrificarse es glorioso.
  A gentes propias y extrañas
Vuestra bondad pertenezca:
No indaguéis quien la merezca,
Ni nunca en vuestras entrañas,
El rencor salvaje crezca.
  Si la venganza os provoca,
Sea vuestra arma el perdón;
Jamás la murmuración
Os tiente, ni en vuestra boca
Suene voz de maldición.
  No clame en vano el mendigo
Ni el huérfano á vuestro umbral,

Y prestad alivio al mal
Así del constante amigo
Como del fiero rival.
  Calmar de un amigo el duelo
Es obra en extremo buena;
Pero es delicia del cielo
Dar generoso consuelo
De un enemigo á la pena.
  Pedid á Dios mucho juicio,
Aunque talento os dé poco,
Pues éste causa perjuicio,
Sirviendo al error y al vicio,
Cuando es tesoro de un loco.
  Gustad mucho de leer,
Estudiad y buscad luz;
Mas no tratéis de esconder
Para otros vuestro saber
Bajo egoísta capuz.
  Sed parcos y puros; sed
Dechados en la templanza;
No en todos ciega confianza
Depositéis, y tened
Puesta en lo alto la esperanza.
  A cuerpo y alma salud
Da el trabajo, trabajad;
Si podéis, atesorad;
Mas la acción de la virtud
Con la riqueza ensanchad.
  Si el bien con el oro obráis,

Mil veces bendito el oro;
Si no, ¡maldito tesoro!
Quiero que pobres viváis,
Mas con virtud y decoro.
  Nunca en vuestra alma se vea
De la avaricia el orín;
Nunca el vicio de Caín
La emponzoñe, nunca sea
Sierva de pasión ruín.
  Jamás al mérito de otros
Neguéis la justa alabanza:
Mas si el vuestro no la alcanza,
Nunca procedáis vosotros
A su forzosa cobranza;
  Y antes sufrid el agravio
De la injusta indiferencia
Que dar en el vil resabio
De elogiar con propio labio
La propia virtud ó ciencia.
  Con el orgullo reñida
Siempre la modestia vive,
Y en alma de orgullo henchida
A fe que no se concibe
Que algún mérito resida.
  Mas ¡cuidado! no es modestia
De dignidad negación,
No es rastrera humillación,
Que no es condición de bestia
Del hombre la condición.

Sed dignos: mi limpio nombre
Como os doy lo conservéis;
Nunca á las plantas de un hombre,
Aunque su alteza os asombre,
La noble frente postréis.

ÍNDICE

	Páginas
I.—Ideas preliminares.	1
II.—La familia católica.	13
III.—Dentro de casa.—Caracteres opuestos.	25
IV.—Sigamos dentro de casa.—Otros caracteres.	39
V. —Todavía dentro de casa. —Más caracteres.	57
VI.—Niños y jóvenes.	70
VII.—Fuera de casa.—Varios grupos. . . .	90
VIII.—Sigamos fuera de casa.—Otros grupos.	105
IX.—Cosas y cositas.	127
X.—Escuelas y Colegios.	151
XI. Matrimonios.	171
XII.—Maestros y maestras.	203
Á mis hijos.	217

OBRAS DEL AUTOR

Cumandá.

La Virgen del Sol.—Melodías indígenas.

Poesías.

Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana.

Cantares del pueblo ecuatoriano.

Tijeretazos y plumadas.

Mazorra y otras leyendas.

Fábulas.

Novelitas ecuatorianas. (Entre dos tías y un tío. Porque soy cristiano, y otras).

Estudios biográficos.

Opúsculos varios.

García Moreno.

Historia de la Restauración en el Ecuador.